

El JEFE PAPA
DE MI BEBÉ

ALEXIS LEE

El Jefe Papá de Mi Bebé

Un Romance de Segunda Oportunidad con un Bebé Secreto

(Bebés y papás alfasexy)

Alexis Lee

Copyright © 2024 by Alexis Lee

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law

Contents

[Capítulo 1: Deseos](#)
[Capítulo 2: Eléctrico](#)
[Capítulo 3: Detente](#)
[Capítulo 4: Solo tú](#)
[Capítulo 5: De vuelta](#)
[Capítulo 6: Nuevos comienzos](#)
[Capítulo 7: Juntos de nuevo](#)
[Capítulo 8: Cerca](#)
[Capítulo 9: Tiempo](#)
[Capítulo 10: Un encuentro de mentes](#)
[Capítulo 11: Confesiones](#)
[Capítulo 12: Los ojos bien abiertos](#)
[Capítulo 13: Íntimo](#)
[Capítulo 14: En profundidad](#)
[Capítulo 15: El otro lado](#)
[Capítulo 16: Secretos](#)
[Capítulo 17: Distancia](#)
[Capítulo 18: Honestidad](#)
[Capítulo 19: Entre nosotros](#)
[Capítulo 20: Reavivado](#)
[Capítulo 21: Más cerca](#)
[Capítulo 22: Pequeños secretos sucios](#)
[Capítulo 23: Atrapada](#)
[Capítulo 24: Confrontación](#)
[Capítulo 25: Desaparecer](#)
[Capítulo 26: Lejos](#)
[Capítulo 27: Regreso](#)
[Capítulo 28: Todo está bien](#)

Capítulo 1: Deseos

Rachel

—Feliz cumpleaños a ti —me miré en el espejo, me recogí el pelo y giré la cabeza hacia un lado. Con un suspiro, dejé que mi cabello rubio volviera a caer sobre mis hombros e hice una mueca. Alguien golpeó la puerta del baño antes de que se abriera bruscamente, y otra de las camareras, una morena menuda de ojos oscuros, entró tambaleándose, sujetando su camisa lejos del pecho.

—Deberías tener cuidado ahí fuera —advirtió Maddie con una mueca. Se detuvo frente al lavabo y frunció el ceño ante su camisa blanca abotonada—. Está como loco ahí fuera esta noche.

—Gracias —le di una rápida sonrisa antes de dar unos pasos atrás y pasar mis manos por el frente de mi camisa y a lo largo de mi falda negra hasta la rodilla—. Tengo una camisa de repuesto en mi casillero. ¿Quieres que te la preste?

—Eres mi salvadora —respondió Maddie, encontrando mi mirada en el espejo y sonriendo—. Será mejor que te des prisa, porque Ander te está buscando.

Exhalé. —¿No lo hace siempre?

Con un ligero movimiento de cabeza, salí apresuradamente del baño y entré en el vestuario. Pasé rápidamente por las filas de casilleros a ambos lados y me detuve en el extremo derecho. En unos pocos clics, había abierto mi casillero y estaba rebuscando la camisa. Maddie salió del baño y entró en el vestuario, con su sencillo sujetador de algodón a la vista. Le lancé la camisa y ella la atrapó en el aire.

—Gracias, Rach. Te debo una.

—No te preocupes.

Tan pronto como salí, el olor a especias me golpeó primero, seguido por el sonido de ollas y sartenes chocando entre sí. De fondo, las conversaciones subían y bajaban, puntuadas por el ocasional siseo y chirrido de los zapatos contra el suelo de baldosas. Bajé la cabeza, pasé rápidamente por la cocina y empujé la puerta que conducía al restaurante principal.

Los ojos de Ander se clavaron en mí desde el otro lado de la sala, llenos de desaprobación. Me

hizo señas para que me acercara, y yo junté las manos detrás de la espalda mientras me abría paso entre los otros camareros. A unos pasos del atril, Ander me miró y sus ojos oscuros se entrecerraron.

—¿Dónde estabas?

—Se me derramó algo en la camisa —respondí, levantando la barbilla—. Sé lo importante que es mantener las apariencias, así que fui a arreglarla.

Ander gruñó y se irguió. —Esta noche vas a ser camarera.

—¿Y el bar?

—Otra persona estará detrás de la barra —respondió Ander, con una breve mirada al portapapeles que tenía delante—. Date prisa y arréglate el pelo.

Instintivamente, mis manos fueron a mi pelo y lo alisaron, pero no pude encontrar nada fuera de lugar. Me aclaré la garganta y giré sobre mis talones. Me dirigí a la parte trasera del restaurante, donde estaba el bar, y me incliné sobre la barra. Ben terminó de servir un vaso de whisky y me entregó una bandeja, junto con una sonrisa comprensiva.

—Gracias.

—Buena suerte —ofreció Ben con otra sonrisa. Volvió su mirada hacia la pelirroja que se inclinaba sobre la barra, mostrando su escote, y sonrió—. ¿Qué te sirvo esta noche?

—Un Manhattan —respondió ella tras una larga pausa—. ¿Sabes cómo se hace?

—Marchando —Ben colocó una copa de vino en mi bandeja antes de hacerme un gesto hacia los reservados—. Tienes que llevársela al de Wall Street de allí.

Asentí y cogí la bandeja. —Gracias de nuevo.

Ben me guiñó un ojo rápidamente antes de volver su atención a la pelirroja. Enderecé la espalda, cogí la bandeja y la sostuve cerca de mi pecho. Mientras me abría paso entre los otros camareros y clientes, fijé mi mirada en el hombre del reservado; teléfono pegado a la cara y barba de varios días salpicando su barbilla.

Tiró de la corbata alrededor de su cuello hasta que se desató.

A unos pasos de distancia, perdí el equilibrio y me incliné hacia adelante. La copa de vino se tambaleó y cayó hacia adelante, escurriéndose de mi alcance antes de que pudiera cogerla. Cayó al suelo con un estruendo, y mis ojos se abrieron de par en par al ver que enviaba chorros de vino tinto en todas direcciones, incluida la camisa del cliente. Furioso, se puso en pie de un salto, se apartó la camisa del pecho y frunció el ceño.

—Lo siento muchísimo —Ander se materializó de la nada, impecable en su conjunto blanco y negro, sin un solo pelo fuera de lugar—. Por favor, acepte mis más sinceras disculpas. La cena corre por cuenta de la casa, señor Monroe.

—Nunca voy a poder sacar esta mancha de la camisa —gruñó sombríamente.

—También pagaremos la tintorería —ofreció Ander sin perder el ritmo—. Por favor, envíenos la factura.

El señor Monroe se irguió y me lanzó una mirada fulminante. —Deberían entrenar mejor a su personal.

—Por supuesto, señor.

Me arrodillé para recoger los trozos de cristal del suelo, usando una servilleta, con el corazón latiéndome con fuerza contra el pecho. Tan pronto como terminé, balbuceé una disculpa, y Ander me puso una mano en el codo y me apartó. Una vez que atravesamos las puertas dobles de la cocina, retiró su mano y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No cometemos errores como este en La Mesa.

—Lo siento mucho, señor Ander. Yo...

Ander levantó una mano y sus ojos oscuros se entrecerraron. —No quiero oír las excusas que me vas a dar. Que no vuelva a ocurrir.

Tragué saliva. —Por supuesto que no, señor.

—No se te pagará por el día de hoy, claro está. Habrá que pagar los daños —continuó Ander, recorriéndome con la mirada—. No puedes vivir solo de tu buena apariencia, Rachel.

—Yo...

—Eres una empleada a tiempo parcial —interrumpió Ander, con los ojos aún más entrecerrados—. Lo que significa que eres prescindible. No lo olvides. Límpiate.

Con una última mirada fulminante, giró sobre sus talones y salió apresuradamente de la cocina. Un nudo se formó en mi garganta mientras me apresuraba a pasar por la cocina y entrar en el vestuario. Allí, apoyé la cabeza contra la fría pared y apreté los puños a los costados.

No valía la pena estar aquí.

Durante años, me había estado partiendo el lomo, intentando triunfar en Los Ángeles, y hasta ahora, lo más cerca que había llegado era quedarme atrapada en un pequeño pueblo en las afueras, lo suficientemente cerca para alcanzarlo pero nunca para tocarlo. Habiéndome visto obligada a tomar trabajos de camarera aquí y allá, había sido empleada a tiempo parcial en La Mesa durante los últimos dos años.

Y no estaba más cerca de salir por esa puerta para siempre.

Estas cosas llevan tiempo, Rachel. ¿Qué esperabas?

Las lágrimas se agolparon en mis ojos, pero las contuve. Lentamente, me aparté de la pared y miré la parte delantera de mi camisa. Las manchas rojas ya estaban filtrándose a través de la tela barata. Como en trance, me tambaleé hasta mi casillero y encontré una camisa en el fondo.

Mis dedos temblaban mientras me quitaba la camisa manchada y alcanzaba la otra.

Cuando terminé de abrochar el último botón, mi teléfono vibró en mi bolsillo. Lo saqué y sonreí al ver el nombre que parpadeaba en la pantalla.

—Hola, señora Gina.

—Cariño, ya no tienes que llamarme señora Gina. Solo Gina. Ya no estás en el orfanato, ¿recuerdas?

Mis labios se curvaron en una media sonrisa.

—Lo sé.

—No sueñas bien.

Me aclaré la garganta.

—Solo estoy teniendo un día difícil en el trabajo.

—¿Tu jefe no sabe que es tu cumpleaños?

—No creo que le importara.

Especialmente porque había dejado claro que me consideraba nada más que un punto en su radar. Para Ander, yo era una espina en su costado, y se esforzaba mucho por castigarme por ello. Por mucho que apreciara que la directora del orfanato me llamara cada mes para ver cómo estaba, nunca dejaba de recordarme lo bajo que había caído.

Me iba mucho mejor cuando estaba en el orfanato, incluso siendo una niña flacucha con una boca grande y sin familia que la acogiera. Afortunadamente, había tenido la suerte de acabar en un lugar donde los empleados se preocupaban por los niños, y la señora Gina, en particular, como directora, daba ejemplo y se esforzaba por hacer que todos se sintieran bienvenidos y seguros.

Especialmente yo.

Incluso había llegado al punto de asignar cumpleaños según el día de llegada. Aunque nunca había entendido la lógica detrás de su razonamiento, dado que una búsqueda rápida podría revelar fácilmente nuestras fechas de nacimiento reales, nunca me había molestado en corregirla. No cuando significaba tanto para ella.

Y con los años, se convirtió en algo que también me importaba.

No tenía idea de quiénes eran mis padres o de dónde venía, pero sí sabía que la señora Gina me apoyaba.

Aunque habían pasado cuatro años desde que superé la edad del sistema y me vi obligada a irme para dejar espacio a otros niños, el orfanato aún ocupaba un lugar especial en mi corazón.

Siempre supiste que te ibas a ir. Además, el orfanato te enseñaba lo que significa estar por tu cuenta y depender de ti misma.

Y era algo por lo que siempre estaré agradecida.

La vida me había decepcionado demasiadas veces.

Yo era la única que me apoyaba.

—Deberíamos celebrarlo. Te prepararé la cena más adelante en la semana —ofreció la señora Gina en voz más baja—. Te dejaré volver al trabajo, querida.

—Gracias.

—Todo va a estar bien —añadió la señora Gina en un tono más alegre—. Mantén la frente en alto, Rachel.

Tan pronto como la línea se cortó, volví a guardar el teléfono en mi bolsillo y enderecé la espalda.

Podía hacer esto.

Tenía que hacerlo.

Porque tenía pocas opciones en el asunto.

Yo me cuidaba las espaldas, siempre lo había hecho, y era lo único que importaba.

Durante la siguiente hora, corrí de un lado a otro entre la mesa del señor Monroe y la cocina, tratando de mantener el ritmo de sus exigencias mientras él me fulminaba con la mirada. Cada vez me enviaba de vuelta, exigiendo algo más hasta que me tenía corriendo como una gallina sin cabeza. Ander observaba desde su podio y no decía nada.

Un dolor de cabeza comenzó a formarse detrás de mis párpados.

Al final de la hora, tenía marcas en forma de media luna en las palmas de mis manos y bilis en la garganta. El señor Monroe se había acomodado en su mesa y estaba comiendo un plato de sopa cuando otro hombre entró en mi sección. Por el rabillo del ojo, lo vi sentarse, eligiendo una mesa a dos asientos de la del señor Monroe, y tomar el menú.

Me dirigí hacia el otro cliente en mi sección, un hombre alto de cabello rubio con traje, con el estómago hecho un nudo. Saqué mi libreta del delantal y me aclaré la garganta. Me miró por encima del menú, con sus ojos marrones oscuros llenos de calidez y humor.

Bajó el menú y me prestó toda su atención.

Los pelos de la nuca se me erizaron y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Buenas noches. ¿Qué puedo ofrecerle?

—Buenas noches —respondió con una sonrisa—. ¿Qué hay de bueno en el menú?

Parpadeé.

—Depende de sus preferencias, señor.

—¿Las tapas son buenas?

Hice una pausa y cambié el peso de un pie al otro.

—Sí, son muy buenas.

—¿Cómo está su sal?

—¿Sal?

Se recostó contra el asiento y puso un brazo sobre el respaldo.

—El tipo de allá parece que no puede decidirse sobre la sal. Podría simplemente pedir que no le pongan sal en absoluto, y tú podrías traerle un salero.

Mis labios se crisparon.

—Podría.

—Parece que te ha estado volviendo loca toda la noche —añadió, sacudiendo la cabeza—. No te preocupes. Tipos como él suelen recibir lo que se merecen.

Levanté una ceja.

—¿Eres una especie de ángel vengador o algo así?

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Ni de cerca. Solo conozco a gente como él. Trato mucho con ellos en mi línea de trabajo.

—Tu trabajo debe ser un asco.

Volvió a reír y se pasó una mano por la cara.

—A veces lo es, pero eso pasa con muchos trabajos, incluso con los que te gustan.

—Supongo.

—No eres muy fan de tu trabajo, ¿eh?

—Está bien. Paga las cuentas, así que estoy agradecida por eso.

Dejó caer la mano a su lado y se sentó más derecho.

—Lamento oír eso.

—Te lo agradezco.

Lentamente, asintió, y su expresión cambió.

—Por supuesto. Soy Bernard, por cierto. Bernard Shaw.

Extendí mi mano libre y él la estrechó.

—Soy Rachel. Rachel Booth.

—Un placer conocerte, Rachel. —Su mano se demoró, enviando descargas de electricidad por todo mi cuerpo.

—Debería volver al trabajo.

—Tienes que lidiar con todos los problemas de sal del mundo —bromeó con una sonrisa—. Tomaré la ensalada de la casa y un té helado.

Cuando regresé, me miró e hizo algo de charla mientras colocaba el plato y la taza y organizaba los cubiertos.

—¿Desea algo más?

—Sí, ¿a qué hora sales del trabajo?

—A las siete —respondí, con un rubor subiendo por mis mejillas.

—Me encantaría invitarte a salir cuando termines.

—Te veré en la puerta principal a las siete y cuarto —respondí tras una breve pausa.

Capítulo 2: Eléctrico

Bernard

Ella entrelazó sus dedos con los míos y alzó la voz para hacerse oír por encima del ruido.

—¿Estás seguro de que esto está bien?

La miré por encima del hombro y sonreí.

—Te ves bien, no te preocupes.

En silencio, la guíé entre los cuerpos apretados que se contoneaban unos contra otros. El olor a alcohol y sudor se elevaba en el aire mientras nos abríamos paso entre la multitud, muchos de ellos reunidos en el centro de la pista de baile, iluminados por luces de neón brillantes. Sus zapatos chirriaban contra el suelo de baldosas mientras la llevaba detrás de mí, dirigiéndonos directamente hacia el fondo.

El hombre alto y musculoso, con el pelo corto y ojos oscuros alertas, me reconoció al instante. Sin decir palabra, desenganchó el cordón y nos dejó pasar. Tan pronto como cruzamos, lo volvió a enganchar y se irguió. Acerqué a Rachel a mi costado y la conduje a una mesa en el fondo, en un rincón apartado, con una sola luz que proyectaba largas sombras en las paredes.

La música bombeaba constantemente a través de los altavoces del techo.

Rachel retiró su mano y se sentó, cruzando un tobillo sobre el otro.

—Esto es muy agradable.

Me encogí de hombros y me senté frente a ella, dejando la mesa circular entre nosotros.

—Normalmente no está tan ruidoso.

Los ojos azules de Rachel se fijaron en mí.

—¿Vienes aquí a menudo?

—Me hospedo mucho en este hotel, y el club tiene buena comida —respondí, haciendo una

pausa para mirar la habitación semi iluminada. Hice una seña a una camarera con uniforme rojo y negro—. Pide lo que quieras. Va por mi cuenta.

Rachel se sonrojó.

—No podría.

—Insisto —le dije con una sonrisa—. Después de la noche que has tenido, parece que lo necesitas.

La camarera se detuvo junto a mí y me ofreció una amplia sonrisa.

—¿Qué puedo traerle, señor Shaw?

—¿Qué te apetece tomar?

Rachel hizo una pausa y echó un rápido vistazo al menú.

—Tomaré un martini, por favor.

—Que sean dos, una cerveza y algo de su ensalada de la casa.

Tan pronto como la camarera desapareció, me recliné en el reservado y observé a Rachel mientras ella estudiaba su entorno. Considerando que había pasado las últimas dos horas mirándola de reojo desde el otro lado del restaurante, incapaz de apartar la vista, esperaba haber perdido el interés a estas alturas.

Usualmente lo hacía.

En cambio, estaba tan intrigado por Rachel como cuando la vi por primera vez, de pie rígidamente y permitiendo que aquel hombre la insultara. Lo había manejado con tanta gracia y compostura que supe que quería conocerla y hablar con ella. Acostumbrado a personas que sabían utilizar todas las armas de su arsenal para poner a otros en su lugar, era refrescante ver a alguien mostrar algo de contención.

En el mundo de los negocios, Rachel no llegaría lejos.

Pero parecía que eso no me importaba.

No cuando su rostro estaba iluminado por la emoción y la curiosidad, haciendo imposible que

apartara la mirada. No tenía idea de qué era lo que había en ella o por qué no podía dejar de mirarla, pero en el segundo en que esos ojos azules me miraron, supe que estaba en problemas.

Y aun así la perseguí.

Ya sabía que nunca había conocido a nadie como ella.

Rachel era el tipo de mujer que confiaba en su fuerza para superar la adversidad y que enfrentaba cada crueldad con amabilidad y humildad. No solo me hacía querer conocerla mejor, sino que también me hacía sentir extrañamente protector con ella. Tres horas después de nuestro encuentro, y sentía que quería tenerla a mi lado para siempre y protegerla del mundo exterior.

Contrólate, Bernie. Acabas de conocerla.

Y no había forma de que fuera tan agradable como aparentaba ser.

No podía serlo.

Rachel volvió su mirada hacia mí, sus ojos nadando en emociones.

—Pareces conocer bastante bien el hotel.

—Vengo aquí a menudo por motivos de trabajo.

Rachel se recostó en el reservado, una visión en sus jeans oscuros y suéter negro de manga larga, su cabello cayendo en ondas sueltas alrededor de su rostro.

—Trabajas para una empresa.

Asentí.

—Déjame adivinar, ¿finanzas?

Me reí.

—¿Soy tan obvio?

—Cuando trabajas en el negocio de restaurantes, aprendes a leer a la gente —respondió Rachel, desviando su mirada a un punto por encima de mis hombros—. No siempre me gusta lo que descubro, pero puede ser útil.

Crucé una pierna sobre la otra y entrelacé mis dedos.

—¿Trabajas en el restaurante a tiempo completo?

Rachel negó con la cabeza.

—No, solo trabajo allí a tiempo parcial.

—¿Qué más haces?

—Un poco de esto, un poco de aquello —dijo Rachel, haciendo una pausa para tucarse el cabello detrás de las orejas—. Honestamente, lo que sea que pague las cuentas.

La camarera se materializó para dejar nuestras bebidas antes de desaparecer de nuevo. Rachel tomó su bebida, y yo la observé por encima del borde de mi vaso, con el estómago apretándose en nudos.

Ella no tenía idea de lo seductora que era.

Ni de cuánto quería llegar al otro lado de la mesa, bajar su bebida y tocar sus labios con los míos.

Me preguntaba a qué sabría.

—¿Qué harías si pudieras?

Rachel tomó unos sorbos de su bebida e hizo una mueca.

—Esto es más fuerte de lo que pensaba. Mmm, creo que me habría gustado ser profesora.

—No creo que hubiera podido concentrarme si tuviera una profesora como tú.

El color subió por su cuello y tiñó sus mejillas.

—Gracias.

—De nada.

Rachel levantó la mirada para encontrarse con la mía, y tragó saliva.

—Entonces, ¿cómo es que te quedas en un hotel cuando estás aquí?

—No tengo familia cerca excepto mi padre, y él rara vez está en casa.

En las raras ocasiones en que lo estaba, no le gustaba que me quedara en su apartamento. Me había llevado años de hombros fríos e indiferencia darme cuenta de cuánto le gustaba a ese hombre su privacidad y su rutina.

Incluso más de lo que le gustaba que su hijo lo visitara.

Y yo no tenía espacio en mi vida para alguien que quería que me quedara en su sombra.

—Eso debe ser difícil.

Negué ligeramente con la cabeza y aparté todos los pensamientos sobre él.

—Lo superé y aprendí a lidiar con ello. ¿Qué hay de ti?

Rachel se aclaró la garganta, y su expresión se tornó dolida.

—No sé quién es mi familia ni dónde está. Me dejaron en un orfanato cuando tenía nueve años.

La sangre rugió en mis oídos.

—Lo siento.

Rachel me dio una pequeña sonrisa.

—Gracias.

Le hice una señal a la camarera, y ella trajo dos cócteles más. Rachel se bebió todo el suyo de un trago y cambió de tema. Con cada cóctel, se acercaba más y más a mí hasta que estuvimos sentados uno al lado del otro, con nuestras rodillas tocándose.

Necesité toda mi fuerza de voluntad para no besarla.

Especialmente cuando seguía lanzándome miradas furtivas, con el rostro sonrojado y la sonrisa en sus labios haciendo cosas extrañas en mi interior.

—¿Y tú? ¿Qué harías si pudieras?

—Detective.

—Detective Shaw —bromeó Rachel, arrastrando la última sílaba. Se giró para mirarme y cerró los ojos con fuerza—. Definitivamente he bebido demasiado.

—¿Quieres subir y descansar un poco?

Rachel entreabrió un ojo y me miró fijamente. —¿Subir a tu habitación?

Asentí y levanté ambas manos. —No intentaré nada, lo prometo.

A menos que ella quisiera.

Poco después, Rachel estaba apoyada en mí, y yo tenía mi chaqueta sobre sus hombros. Las puertas del ascensor se abrieron con un pitido, y ella tropezó hacia adelante, recuperando el equilibrio en el último segundo.

—Ups. ¿Cómo llegó el suelo ahí?

—Siempre ha estado ahí —bromeé, negando con la cabeza—. Vamos, con cuidado.

—¿Sabías que los tacones fueron inventados para los hombres?

Giré la cabeza para mirarla. —No lo sabía.

Rachel me sonrió. —Sí, y ahora son usados como instrumentos de tortura para las mujeres.

Pasé un brazo alrededor de sus hombros y la guíé hacia la habitación. —Creo que las mujeres deberían usar lo que quieran.

Rachel soltó una risita. —Yo también lo creo.

Tan pronto como usé la tarjeta para abrir la puerta, ella se quitó los tacones y los dejó junto a la entrada. Sin decir palabra, Rachel se dirigió al sofá y se desplomó sobre él.

—Tu sofá es muy cómodo.

—Yo también lo creo.

Sonreí y cerré la puerta con la parte trasera de la pierna. Cuando le entregué un vaso de agua, se lo bebió todo antes de estirarse en el sofá y cerrar los ojos con fuerza.

—Solo voy a cerrar los ojos un momento.

La dejé en el sofá y fui a mi habitación.

Cuando salí de la ducha, con una fina neblina siguiéndome, Rachel estaba en mi cama, con las piernas recogidas debajo de ella. Me hizo una señal con el dedo, invitándome a acercarme. Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho mientras cubría la distancia entre nosotros y la besaba. Sabía a vino dulce y menta, y no podía tener suficiente de ella.

Sus manos se clavaron en mis hombros, y gruñí en su boca.

Inclinó la cabeza hacia un lado y mordisqueó mi labio inferior. —Sabes mejor de lo que pensaba.

—Tú también.

Forcejeé con su suéter hasta que ella se echó hacia atrás, permitiéndome quitárselo por la cabeza. Alcanzó la toalla alrededor de mi cintura y la arrancó. Sus dedos estaban cálidos y ágiles mientras se movían por mi piel desnuda, dejando un rastro de calor a su paso. Mi corazón latía con fuerza en mis oídos.

Su respiración se entrecortó cuando mis dedos se movieron hacia el botón de sus vaqueros. — ¿Estás segura de que estás bien con esto?

Rachel sostuvo mi mirada y me dio una sonrisa lenta y seductora. —Nunca he estado más segura de nada en mi vida.

—Bien.

Se puso de pie, y la ayudé a quitarse los vaqueros, dejándola en un sencillo sujetador y bragas de algodón. Se me secó la boca cuando se arrodilló de nuevo en la cama y cubrió mi boca con la suya. Me moví para que cayera de espaldas sobre el colchón, y me subí encima de ella.

—Dios, eres tan hermosa, Rachel.

Tenía que estar dentro de ella.

Lo necesitaba.

Con un gruñido, enganche el pulgar bajo la cintura de sus bragas y las bajé por sus piernas. Ella

hizo una pausa para quitárselas del todo antes de pasar sus dedos por mi espalda desnuda, dejando piel de gallina por donde tocaba.

—Me encanta cómo se siente —dijo Rachel en mi oído—. No puedo esperar a sentirte dentro de mí, Bernard.

Entonces se incorporó, y yo forcejeé con el broche de su sujetador, dejando besos húmedos y ardientes por el lado de su cuello mientras lo hacía. —Eres tan suave, y hueles tan bien. —Tan pronto como sus pechos quedaron libres, enterré mi cara entre ellos. Ella cayó hacia atrás con un gemido cuando tomé un pezón en mi boca y tiré de él. Cuando me moví al otro pezón, ella cerró las piernas detrás de mí y se movió para que quedara entre sus piernas.

Iba a explotar. —Realmente sabes lo que estás haciendo.

—Apenas estoy empezando —dije con voz ronca.

Pasó sus dedos por toda la longitud de mi espalda y de vuelta a mis hombros antes de hundir sus dedos en mi cabello. —Bernard, por favor.

Hundí mis dientes en su cuello y una mano jugaba con sus pechos mientras la otra se deslizaba entre nosotros. Cuando llegué a su centro, la acaricié, lentamente al principio, luego empujé dos dedos entre sus húmedos pliegues. Ya estaba empapada y se movía contra mí.

Rachel me observó mientras lamía mis dedos antes de volver a colocarlos dentro de ella. Se sacudió y retorció, su respiración saliendo en cortas bocanadas de aire. Cuando comenzó a temblar, retiré mis dedos, y en un movimiento rápido, estaba dentro de ella.

Llenando cada centímetro de ella.

Clavó sus uñas en mis hombros y arqueó la espalda. —Eres tan grande.

—Estás tan apretada —dije contra su piel—. Se siente tan bien, Rachel.

La cama se hundía y crujía mientras nos movíamos el uno contra el otro, embistiendo y retorciéndonos de placer. Ola tras ola de deseo se acumulaba dentro de mí hasta que mi sangre se volvió lava, y no podía ver nada más.

Todo lo que importaba era la mujer que se retorció debajo de mí, mi perdición.

Coloqué mis manos a ambos lados del cabecero, encerrándola. —Me estás poniendo tan duro, Rachel.

Rachel echó la cabeza hacia atrás y gimió. —No pares, Bernard. Por favor.

Me hundí en ella y gemí. —No lo haré.

El sonido de sus gemidos reverberaba dentro de mi cabeza mientras ella se retorció y se removía debajo de mí. Bajé la mirada hacia ella, hacia el cabello rubio esparcido sobre mi almohada, y mi estómago se tensó. Cuando fijó su mirada en mí, mi corazón latió con más fuerza en mis oídos.

¿Por qué era capaz de volverme tan loco con una sola mirada?

¿Un solo toque?

Cubierta de una fina capa de sudor, se sacudía con un abandono salvaje y animal hasta que llegó mi propio clímax, y exploté dentro de ella. Se estremeció y retorció mientras me sujetaba contra ella, mi nombre convertido en un cántico en sus labios. Una vez que mi respiración se normalizó, ella desenlazó sus piernas, y me tumbé en la cama a su lado, mirando al techo.

Rachel exhaló y se cubrió con la sábana hasta la barbilla.

—Eso fue increíble.

—Lo fue.

Cuando su respiración se volvió regular y supe que estaba dormida, me giré para mirarla.

Quería a Rachel Booth en mi vida.

La necesitaba en ella.

Capítulo 3: Detente

Bernard

En algún lugar de la habitación, se escuchaba un fuerte zumbido. Gemí y tanteé en la oscuridad, con un dolor de cabeza palpitando en la parte posterior de mi cráneo. De repente, me senté, me quité las sábanas y escudriñé en la oscuridad. Cuando el zumbido se detuvo, suspiré aliviado y me pasé una mano por la cara.

Luego comenzó de nuevo, y salté de la cama.

Me arrastré por la habitación hasta que encontré mis pantalones en la entrada. Con el ceño fruncido, saqué mi teléfono del bolsillo y entrecerré los ojos para ver el nombre que parpadeaba en la pantalla. Después de lanzar una rápida mirada por encima del hombro a la forma dormida de Rachel, tomé mi teléfono y salí de la habitación.

La sala de estar estaba bañada por la luz de la luna.

Me froté los ojos y me llevé el teléfono al oído.

—Más vale que sea importante. ¿Tienes idea de qué hora es?

—Lo siento mucho, señor Shaw. Sé que es tarde, pero ha habido una emergencia.

—¿Qué tipo de emergencia?

—Ha habido un incendio en el sótano de la empresa —respondió Mary tras una breve pausa—. Ya se ha contactado con el director general y el director financiero, junto con los jefes de departamento. Me indicaron que lo llamara a usted.

Cerré los puños a mis costados.

—¿Qué tan grave es el daño?

—Los bomberos están tratando de contener el daño, señor —respondió Mary, mi asistente—. No tengo un informe exacto, pero puedo intentar averiguarlo para usted.

—Por favor, hazlo. —Solté un suspiro y me enderecé—. También necesitaré que envíen un coche al hotel Regent's.

—Tendré un coche para usted en menos de una hora, señor. ¿Necesita algo más?

—Por favor, avisa a todos los demás que estaré allí en breve. Gracias.

—Sí, señor. —Mary colgó y aparté el teléfono de mi oreja. Cerré los puños y volví al dormitorio. La respiración tranquila de Rachel llenaba la habitación mientras se giraba sobre su espalda, con su cabello rubio esparcido detrás de ella. La luz plateada de la luna se filtraba por las rendijas de la cortina, dándole un suave resplandor etéreo.

Era la mujer más hermosa que había visto jamás.

No quería dejarla, pero tenía que hacerlo.

Con un leve movimiento de cabeza, me apresuré al baño y me cambié. Mientras esperaba el coche, envié una serie de mensajes a la junta directiva. Luego me escabullí de vuelta a la habitación, metiendo mi ropa en la maleta.

Rachel hizo un suave ruido en la garganta y se acurrucó de lado.

Dudé.

Una vez que la maleta estaba junto a la puerta, rebusqué en el cajón de la mesita de noche y encontré un trozo de papel. Usé la linterna de mi teléfono para encontrar un lápiz y sonreí triunfante. Rápidamente, garabateé mi nombre y número y coloqué la nota en mi mesita de noche, de cara a Rachel.

Miré mi teléfono y vi el mensaje en la pantalla. A regañadientes, me acerqué de puntillas a donde dormía Rachel y le aparté el cabello de los ojos. Sus labios se curvaron en una media sonrisa y suspiró en sueños. Mi corazón dio un extraño vuelco cuando me incliné y le di un beso en la frente. Me detuve, inhalando el dulce aroma de su piel.

Luego di dos pasos atrás y salí apresuradamente de la habitación, con la maleta a cuestas.

En el pasillo alfombrado, dejé que la puerta se cerrara suavemente detrás de mí y me apresuré en dirección al ascensor. Mientras esperaba que llegara, marqué el número de mi director general y esperé. Su voz entraba y salía de foco cuando entré en el ascensor y golpeé el suelo con

impaciencia. Momentos después, las puertas se abrieron con un tintineo, dando paso al vestíbulo vacío. Recogí mi maleta y avancé a paso ligero, dirigiéndome directamente hacia las puertas de cristal.

Un hombre uniformado con la cabeza calva y ojos verde brillante me esperaba apoyado en un coche negro. Se apartó del coche cuando me vio y dio un paso adelante. Sin decir palabra, tomó la maleta de mi mano y me abrió la puerta trasera. Tan pronto como me acomodé, escuché el maletero cerrarse de golpe y el conductor se apresuró de vuelta al frente.

Poco después, se alejó de la acera, con los neumáticos chirriando contra el asfalto.

Presioné el botón para asegurarme de que la partición subiera y me recosté en los asientos de cuero. Afuera, el mundo aún estaba oscuro y solo unos pocos coches pasaban junto a nosotros en ambas direcciones. Después de que el director general me diera una actualización de la situación, colgué y crucé las manos en mi regazo.

Cuando entramos en la ciudad, vi la espesa columna de humo desde la distancia. El conductor pisó el acelerador y el coche atravesó las calles vacías de Los Ángeles, tomando calles laterales y atajos hasta que nos detuvimos frente a la empresa, un extenso conjunto de edificios metálicos ubicado en el centro. Salí apresuradamente del coche antes de que se detuviera por completo y divisé al director general y al director financiero al otro lado de la calle, estudiando las llamas con atención.

—¿Alguien sabe qué pasó?

—Tenemos un equipo revisando las grabaciones de video y los informes, pero llevará un tiempo —me dijo Raymond sin mirarme. Compartió una rápida mirada con Robert, mi director financiero, antes de volverse hacia mí—. No sabemos el alcance del daño.

—Una vez que tengan el fuego bajo control, veremos. El jefe me dijo que el daño está contenido en los niveles inferiores, donde se almacenan los archivos.

Robert enderezó la espalda.

—Es bueno que estemos asegurados.

Asentí y me crucé de brazos.

—Sí, lo es.

La nube negra aún colgaba sobre el edificio mientras los bomberos trabajaban, corriendo de un lado a otro para apagar las llamas. Las llamas naranja y rojas saltaban y bailaban, lamiendo el exterior con una extraña intensidad. Algunos coches se detuvieron en seco para observar. Para cuando el fuego estuvo bajo control, los primeros parches de luz gris habían iluminado el horizonte. Lentamente, el sol salió, bañando el mundo en tonos de rojo y naranja.

Se nos permitió volver a entrar en el edificio poco después.

Dado que el incendio se había contenido en la planta baja, mientras el resto del edificio permanecía intacto, la junta directiva y los jefes de departamento se reunieron en la sala de conferencias para examinar los daños. Poco a poco, la ciudad de Los Ángeles cobró vida, con coches tocando el claxon y perros ladrando a lo lejos.

No dejaba de mirar mi teléfono, esperando que ella llamara.

Cuando el sol del atardecer se puso, estaba revisando el papeleo después de mi tercera taza de café cuando algo llamó mi atención. Me enderecé y le hice señas a Raymond y Robert, quienes se acercaron y se pararon detrás del escritorio para mirar la pantalla.

—¿Vieron eso? Parece que el incendio comenzó porque los servidores se sobrecalentaron.

Raymond exhaló profundamente.

—Tendremos que trabajar en un nuevo sistema de refrigeración.

Me puse de pie y me giré para mirarlos.

—Así es, pero lo haremos mañana. Todos han estado aquí todo el día y estoy seguro de que estamos cansados. Necesito que alguien coordine con el equipo de construcción para que vengan a reparar los daños a partir de mañana.

Mary apareció de la nada, luciendo impecable con su falda hasta la rodilla y camisa abotonada. Sostenía una tableta en sus manos y asintió.

—Sí, señor. Me pondré en contacto con ellos personalmente.

—También necesito que envíes un correo electrónico a la compañía de seguros y les pidas que se comuniquen conmigo. Tendrán que inspeccionar el área antes de que podamos hacer cualquier otra cosa.

—Por supuesto, señor. El conductor lo está esperando afuera.

Me aclaré la garganta.

—Gracias, Mary. Hiciste un buen trabajo hoy.

Después de dar un breve informe a todos los demás, los despedí y salieron del edificio uno por uno. Cuando fui el único que quedaba, bajé las escaleras y me detuve en el último escalón. Las paredes a ambos lados eran de un gris oscuro, y el olor a humo y ceniza aún persistía en el aire, haciéndome toser. Presioné mi boca en el pliegue de mi codo y avancé sigilosamente.

No quedaba nada más que los restos carbonizados de servidores y escombros.

Cuando terminé de examinar el área, subí rápidamente las escaleras y salí a la acera. Afuera, incliné la cabeza hacia atrás e inhalé profundamente. A lo lejos, escuché el aullido de una ambulancia, que me devolvió al presente de golpe.

La reconstrucción nos costaría meses de trabajo, y era un contratiempo que no me gustaba, pero estaba agradecido de que nadie hubiera estado en el edificio en ese momento. Considerando que era un fin de semana largo, incluso había insistido en que los guardias de seguridad se tomaran el tiempo libre y había activado los sistemas de alarma de alta seguridad en su lugar. En la parte trasera del coche, revisé el metraje nuevamente, estudiando cada fotograma detenidamente y frunciendo el ceño ante el incendio.

Tan pronto como el coche se detuvo, miré hacia el edificio de apartamentos y parpadeé. El conductor mantuvo la puerta abierta para mí y esperó hasta que salí antes de dejar que la puerta se cerrara con un clic. Juntó las manos detrás de la espalda y mantuvo la cabeza en alto. Bajé mi teléfono y lo miré directamente.

—¿Necesitará algo más, señor Shaw?

—Gracias, Jonathan —respondí con una pequeña sonrisa—. Lamento que hayas tenido que venir en tu día libre.

—No es problema en absoluto, señor.

—Que tengas un buen resto del día —le ofrecí antes de alejarme de él. Subí las escaleras de dos en dos. Un portero con un uniforme negro y rojo se apresuró a abrir la puerta para mí. Incliné la cabeza en su dirección mientras entraba en el edificio, con los zapatos chirriando contra los pisos

de madera. En el ascensor, pasé las manos por mi cara y me detuve en el cuello de mi camisa.

En el reflejo del cristal, vi las oscuras ojeras bajo mis ojos y una línea de hollín en el costado de mi cara, y fruncí el ceño. Usando el dorso de mi mano, me lo limpié de la cara y sacudí la cabeza. Las puertas del ascensor se abrieron con un timbre y salí al pasillo alfombrado de azul. Al final del pasillo, saqué las llaves de mis bolsillos y abrí la puerta.

El olor a desinfectante me golpeó primero.

Seguido por el olor a huevos y papas fritas.

La señora Montgomery dobló la esquina con su uniforme negro y blanco, con un delantal atado a la cintura, y me dio una sonrisa sombría.

—Bienvenido, señor Shaw. Mary llamó y me pidió que limpiara la casa y preparara algo para que usted comiera.

Dejé mis zapatos junto a la puerta y exhalé.

—Gracias, señora Montgomery.

—Cambié las sábanas, señor, y toda la ropa está guardada —añadió la señora Montgomery, sus ojos oscuros examinando mi rostro atentamente—. ¿Quiere que llame al doctor Bailey para que venga a examinarlo, señor?

Desestimé su comentario con un gesto.

—No, solo necesito descansar. Por favor, cierre con llave cuando se vaya, señora Montgomery.

—Por supuesto, señor.

En silencio, se alejó de mí y se apresuró a volver a la cocina. Aturdido, me dirigí por el pasillo color crema hacia el dormitorio. Allí, dejé que la puerta se cerrara y saqué mi teléfono del bolsillo. Lo giré una y otra vez en mis manos y comprobé el volumen.

Aun así, permanecía en silencio.

¿Por qué Rachel no me había llamado todavía?

Con un gruñido, arrojé mi teléfono sobre la cama y me apresuré a quitarme la ropa. Después de

una ducha caliente, me metí entre las sábanas y miré fijamente al techo. Una vez que terminé de responder algunos correos electrónicos de trabajo, apagué la computadora portátil y me fui a dormir.

Dos días después, ella todavía no había llamado.

Durante las siguientes semanas, me mantuve ocupado con la reconstrucción de la planta baja y un desfile interminable de reuniones para asegurarme de que todo funcionara sin problemas. Cada noche, mientras estaba acostado en la cama, miraba de reojo mi teléfono y me preguntaba por qué no llamaba. Seguía reproduciendo nuestra noche juntos en mi mente, y eso me llenaba de un extraño anhelo.

Pero tenía que dejarla ir, ya que ella había dejado bastante claro que no quería ponerse en contacto conmigo, o lo habría hecho para entonces.

No podía obligarla a estar en mi vida si ella no lo deseaba.

Sin embargo, a pesar de mis mejores intentos por olvidarla, Rachel Booth nunca estaba lejos de mis pensamientos.

Capítulo 4: Solo tú

Rachel

—¿Me estás escuchando siquiera?

Parpadeé y cambié el teléfono a mi otra oreja. —Sí, lo siento. Me distraje por unos segundos. ¿Qué decías?

Taylor exhaló. —Has estado haciendo eso mucho últimamente. ¿Sigues pensando en el financiero?

—No —respondí demasiado rápido—. Es solo que he tenido que cubrir algunos turnos extra en el restaurante, y Ander ha estado molestándome últimamente.

Desde la noche que conocí a Bernard, no he podido dejar de pensar en él. Desafortunadamente, entre los turnos extra que tenía que trabajar en La Mesa bajo la mirada vigilante y crítica de Ander, quien aún guardaba rencor por el incidente de la copa de vino rota, y despertar sola en mi cama todos los días, no había podido hacer mucho al respecto.

Bernard y nuestra noche juntos nunca estaban lejos de mis pensamientos.

Lamentablemente, él había dejado bastante claro que yo no significaba nada para él al escabullirse en medio de la noche sin siquiera dejar una nota para decirme adónde había ido.

Despertar en la habitación del hotel en la gran cama vacía y sola aquella fatídica noche hace unas semanas había sido difícil. Seguía repitiéndolo en mi mente y me veía a mí misma deambulando por la habitación del hotel con una sábana cubriéndome el cuerpo. Había recorrido toda la habitación dos veces antes de meterme en la ducha e intentar olvidarme por completo de él.

Incluso me había frotado todo el cuerpo dos veces como si pudiera deshacerme de su aroma.

Pero aún podía olerlo en mi piel y todavía podía sentir sus manos por todo mi cuerpo semanas después.

Y cada noche, soñaba con él, su cuerpo esbelto y musculoso acostado junto al mío y sus ojos brillantes llenos de calidez y risa. En mis sueños, me veía a mí misma alcanzándolo y

atrayéndolo más cerca. Cada vez que abría la boca para decir algo, sonaba mi alarma y me despertaba en mi pequeño apartamento vacío, con el corazón martilleando en mi pecho y cubierta de un sudor frío.

¿Por qué no podía sacarlo de mi mente?

Después de solo una noche juntos, estaba perdiendo la cabeza y no sabía qué hacer. Dado que solo sabía su nombre y el hecho de que trabajaba en Los Ángeles, no tenía mucho más en qué basarme. Incluso una búsqueda exhaustiva en internet no había revelado nada útil, lo que empeoraba el dolor vacío en mi corazón.

Ni siquiera sabía por qué seguía buscándolo.

Considerando que se fue en medio de la noche sin siquiera despedirse.

Estaba mejor sin él.

O al menos eso intentaba decirme a mí misma.

—¿Estás segura de que no puedes recordar nada más sobre él? Todavía no puedo creer que se haya ido sin decir una palabra.

Suspiré y miré por encima del hombro hacia las puertas de la cocina. —Sí, yo tampoco.

Las puertas dobles se abrieron y cerraron mientras varios camareros pasaban apresurados, llevando bandejas y con aspecto agobiado. Me senté en la mesa de la esquina y moví la comida en mi plato, incapaz de disfrutar mi descanso para almorzar. En la cocina frente a mí, el vapor silbaba y se elevaba en el aire. De vez en cuando, vislumbraba al personal de cocina en sus impecables uniformes blancos y me detenía.

Parecían felices, como si tuvieran un propósito.

Yo, por otro lado, ni siquiera podía encontrar a un hombre.

Un hombre que, a todos los efectos, no quería ser encontrado.

—Deberías venir a visitarme —sugirió Taylor después de una breve pausa—. Te ayudará a mantener la mente ocupada.

—Tal vez debería. Por cierto, ¿cómo va el trabajo en la aseguradora?

—Me mantiene ocupada, pero me encanta cada minuto —respondió Taylor—. Sabes, podrías contratar a un investigador privado o algo así.

Cogí una patata frita y resoplé. —Sí, ¿con qué dinero?

—Buen punto. ¿Tal vez podrías volver al hotel y pedirles información? Diles que olvidó algo y que no tienes forma de devolvérselo.

—Ya lo intenté.

Dos semanas después de su abrupta partida, me había dirigido de nuevo al hotel y fui directamente a la recepción. Dos hombres y mujeres con uniformes blancos y negros estaban sentados detrás del mostrador, y todos me dirigieron la misma mirada. Aferré mi bolso y apenas logré explicarme antes de que negaran con la cabeza.

No lo había intentado de nuevo desde entonces.

—Podrías intentarlo otra vez —sugirió Taylor con voz más suave—. Mira, sé que piensas que fue solo una casualidad, pero nunca te he oído hablar así de nadie. Él te hizo feliz, Rach. Aunque sea solo por una noche, creo que vale la pena encontrarlo.

—No creo que vaya a encontrarlo nunca —admití antes de dejar la patata frita y apartar mi plato—. Tal vez debería dejar de buscar.

Taylor suspiró. —No creo que debas hacerlo. Mira, voy a ir a la ciudad en unas semanas. Puedo ayudarte a buscar entonces si quieres.

—Eres la mejor, Taylor.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Tan pronto como colgué, me levanté y llevé mi plato de vuelta a la cocina. El resto del día transcurrió en una avalancha de pedidos y limpieza de mesas. De camino a casa, me detuve para darle mi bolsa de comida a un hombre sin hogar con hileras de dientes amarillos en descomposición en el parque. Subí las escaleras hasta mi apartamento y empujé la puerta para

abrirla.

Crujió y gimió cuando la cerré de golpe.

Una vez que dejé mi bolso, vi el charco de agua en el techo y las manchas de agua en el suelo, y fruncí el ceño. Inmediatamente, me apresuré a la cocina para buscar un cubo y una fregona. Mis músculos gritaban y dolían cuando me arrastré a la cama un rato después, completamente vestida y con el estómago rugiendo.

Durante las siguientes semanas, hice todo lo posible por olvidarme por completo de Bernard.

Sin embargo, venía a mí por las noches, y lo veía apoyado en la cama del hotel, con una sonrisa maliciosa en su rostro. Lo veía cernirse sobre mí, conteniéndose mientras me besaba, su boca fuerte y abrasadora contra la mía. Y lo veía mientras nos movíamos juntos, besándonos y mordiéndonos hasta que estábamos cubiertos de sudor y desesperados el uno por el otro.

Quería seguir adelante y olvidarme de él, pero no podía.

No quería hacerlo.

Para cuando Taylor vino a visitarme unas semanas después, me sentí aliviada.

Pasamos los primeros días quedándonos despiertas hasta tarde en la noche, comiendo comida china barata y riendo. Por las mañanas, mientras yo iba a trabajar, Taylor se quedaba en mi apartamento y trabajaba. Para el cuarto día, habíamos establecido una rutina y evitábamos cualquier mención de Bernard.

Al quinto día, después de una larga jornada de trabajo, llegué a casa oliendo a aceite y ceniza. Dejé caer mi bolso al suelo y me quité los zapatos. Luego corrí al baño y vacié el contenido de mi estómago. Taylor me frotó la espalda y me entregó una caja de pañuelos cuando terminé. A la mañana siguiente, vomité el desayuno que Taylor había preparado.

Estaba inclinada sobre el inodoro después de otro día de vómitos cuando Taylor entró al baño y se arrodilló frente a mí.

—Necesitas ir al médico, Rach. Parece que tienes algún tipo de gripe.

Después de tirar de la cadena, acerqué las rodillas al pecho y apoyé la espalda contra la pared.

—No puedo pagarlo.

—Yo me encargaré —ofreció Taylor con suavidad—. Pero no puedes seguir ignorándolo y esperando que desaparezca. Sea lo que sea, no se irá.

—Estás exagerando —murmuré, entrecerrando los ojos ante las luces fluorescentes de arriba—. Probablemente solo sea gripe.

—Más vale prevenir que lamentar —respondió Taylor antes de ayudarme a ponerme de pie. Me llevó medio cargando y medio arrastrando a mi habitación, donde caí de cara sobre el colchón. Lentamente, me acurruqué de lado y observé cómo recogía varias prendas del suelo y las arrojaba al cesto de la ropa. Luego cerró las cortinas y las puertas del armario.

—¿Qué haría yo sin ti?

Taylor se quedó en la puerta, con el pelo oscuro recogido en lo alto de la cabeza y sus ojos color avellana tensos de preocupación.

—Espero que nunca tengas que averiguarlo.

Me quedé dormida unos momentos después.

Cuando desperté, había un tazón de sopa en mi mesita de noche y una gaseosa de jengibre. Aparté el tazón, me bebí toda la lata de gaseosa y me cubrí la cabeza con las sábanas. Por la mañana, Taylor me despertó sacudiéndome y esperó a que me vistiera. En silencio, nos subimos a un taxi y nos acomodamos en el asiento trasero.

El consultorio del médico era immaculado, con suelos de baldosas blancas, paredes azul claro, y enfermeras y médicos con uniformes azules apresurándose en ambas direcciones. Nos llevaron a una sala de espera con una camilla de examen, un escritorio y dos sillas frente a este. Una ventana estaba entreabierta, dejando entrar una brisa cálida y con vista a un parque con exuberante follaje verde y niños corriendo alrededor.

Me senté en la camilla de examen y balanceé las piernas hacia adelante y hacia atrás.

—Te vas a sentir mal por haber exagerado.

Taylor levantó la vista de su teléfono y me dedicó una pequeña sonrisa.

—De acuerdo.

—Señorita Booth. Soy el doctor Pérez —entró en la habitación, con su bata blanca de laboratorio y un estetoscopio alrededor del cuello, y fijó sus brillantes ojos en mí—. Acabamos de recibir los resultados de sus análisis de sangre. Afortunadamente, no tiene ningún problema estomacal.

Salté de la camilla de examen y me acerqué a la silla frente a Taylor.

—Bien, entonces solo necesito algo de descanso y relajación para vencer este resfriado.

El doctor Pérez se sentó en su escritorio y acercó su silla. Abrió el archivo frente a él y revisó el contenido.

—Señorita Booth, no tiene gripe. Está embarazada.

—Yo... ¿qué?

Mis oídos comenzaron a zumbar y la bilis subió por mi garganta. El doctor Pérez me miró y entrelazó sus dedos.

—Aquí dice que está embarazada de unas pocas semanas.

Negué con la cabeza.

—No, no puedo estar... no estoy...

La mano de Taylor se extendió y entrelazó sus dedos con los míos.

—Vale, vale. Respira, Rachel. Estoy aquí. Doctor, ¿cómo detenemos las náuseas matutinas?

Observé la boca del doctor Pérez, pero no podía distinguir nada de lo que decía. En su lugar, seguía escuchando el zumbido en mis oídos y comenzaron a bailar manchas en mi campo de visión. Cuando el doctor Pérez dejó de hablar, Taylor me puso de pie y le estrechó la mano. Le di una mirada en blanco mientras tropezaba tras Taylor. Ella no soltó mi mano mientras llamaba a un taxi y me empujaba dentro.

No podía tener este bebé.

No lo haría.

No si significaba traerlo a un mundo donde solo me tendría a mí como familia.

Habiendo crecido sin una familia propia, lo último que quería era someter a alguien más a eso.

En el apartamento, me llevó al sofá y se sentó frente a mí.

—No has dicho una palabra. ¿Estás bien?

—No puedo tener un bebé —susurré, más para mí misma—. Ni siquiera tengo una familia.
¿Cómo voy a cuidar al bebé sola?

—No vas a estar sola. Yo puedo...

Negué con la cabeza y me puse de pie.

—Tengo que abortar.

—¿Por qué no lo piensas esta noche? Veamos cómo te sientes mañana.

A la mañana siguiente, Taylor me miró a la cara y me acompañó al hospital. En la sala de espera, movía las rodillas arriba y abajo y abría y cerraba los puños. Entró una mujer, llevando de la mano a una niña pequeña, y algo en mi estómago se hundió.

¿Qué estaba haciendo?

¿Realmente estaba tomando esta decisión basada en el miedo?

¿En mis propias experiencias miserables sin una familia?

Todavía había tenido suerte con la directora del orfanato, que aún me llamaba cada semana para saber cómo estaba, y tenía a Taylor. Aunque no podía imaginar traer un bebé al mundo en estas circunstancias, mientras estaba sentada allí mirando a la madre con su niña pequeña, me encontré preguntándome.

Mi bebé no iba a estar solo.

Me tenía a mí y tenía a Taylor.

Y quería que fuera suficiente.

Por primera vez desde que me enteré, estaba empezando a preguntarme si podría serlo.

—Puedes venir a quedarte conmigo en Los Ángeles —murmuró Taylor, sus ojos yendo y viniendo entre la niña y yo—. No estarás sola. Tengo espacio en mi casa, ¿recuerdas?

No podía dejar de mirar a la niña con su madre.

Cuando la recepcionista llamó mi nombre, no pude hacer que mis pies se movieran.

Ni tampoco podía dejar de imaginar a mi propio bebé, mirándome con ojos amorosos y confiados.

¿Era esta mi oportunidad de tener una familia propia?

De repente, salí apresuradamente de la clínica y me detuve en medio de una calle concurrida. Un momento después, Taylor se apresuró tras de mí y me atrajo hacia ella. La abracé con fuerza y solté varias respiraciones temblorosas.

—No sé si puedo hacer esto.

—Lo haremos juntas —me susurró Taylor al oído—. No te preocupes. Yo te sostengo.

Capítulo 5: De vuelta

Bernard

—Eres una bestia, Bernie —Raymond me dio una palmada en la espalda y se colocó el puro entre los labios. Lo encendió y exhaló una bocanada de humo, señalándome con él—. Sabes, tenía mis dudas cuando vine a trabajar aquí. Había recibido muchas ofertas de otras empresas más consolidadas.

Giré la cabeza para mirar a Raymond y le di una pequeña sonrisa.

—Me alegro de que cambiaras de opinión.

Sin buenas personas al timón, United Insurance no habría sido ni la mitad de la empresa que era hoy. Ciertamente, yo fui quien tuvo la idea en el sótano de la casa de mis padres hace una eternidad, pero no era tan estúpido como para pensar que podría haberlo logrado solo. United había llegado a donde estaba porque yo había derramado sangre, sudor y lágrimas en ella.

Y contraté a los mejores de los mejores, elevando la empresa de una pequeña start-up a una compañía de seguros multimillonaria. Considerando que no llevábamos mucho tiempo en el negocio, me enorgullecía y satisfacía enormemente saber que teníamos algunos de los clientes más exclusivos del mundo, incluyendo varios miembros de la realeza y presidentes. United estaba en ascenso, sin mostrar signos de detenerse.

Y no podía estar más orgulloso.

Especialmente dado que había pasado los últimos años viajando por el mundo, acumulando clientes y construyendo un nombre para nosotros. Aunque estar constantemente en movimiento no era fácil, me había permitido expandir la empresa, dándole varias sucursales internacionales así como dos docenas locales. Odiaba vivir de una maleta, pero cada vez que veía a nuestros competidores ponerse verdes de envidia y clamar por una audiencia conmigo, sabía que había hecho lo correcto.

Raymond exhaló otro anillo de humo y se alejó. Sacó una de las sillas con un chirrido y se sentó. Cuando cruzó una pierna sobre la otra, sopló otro anillo en mi dirección, haciendo que mis ojos se humedecieran. Agité una mano frente a mi cara y presioné un botón en mi escritorio, bajando

ambas ventanas.

Se reclinó en su silla y me sonrió.

—Te mereces un descanso. Has estado trabajando muy duro los últimos años.

—Los negocios nunca duermen —respondí antes de sentarme en mi propia silla y entrelazar los dedos—. Hablando de negocios, vamos a tener que revisar las solicitudes de los nuevos pasantes y ver quién encaja.

—¿De verdad no puedes dejar que un hombre disfrute de su puro?

—Puedes disfrutar de tu puro mientras trabajamos —ofrecí tras una breve pausa. Desenlacé los dedos y dirigí mi atención a la pantalla abierta del portátil frente a mí—. Te voy a enviar un correo electrónico con las cifras previstas para este trimestre. Estamos mucho mejor.

Raymond asintió.

—También hicimos una revisión rutinaria del sistema.

—Bien. Necesitamos hacer también una revisión de seguridad. Las cámaras detectaron algo raro ayer.

Raymond parpadeó y bajó su puro.

—Ayer era domingo.

—Estaba trabajando en una de nuestras nuevas pólizas para estudiantes —respondí sin mirarlo—. Necesitamos un enfoque diferente.

—Estás haciendo que el resto de nosotros parezcamos aficionados, Bernie —dijo Raymond un poco demasiado alto—. ¿Nunca descansas?

—Sí lo hago.

Pero sentía como si hubiera estado a toda marcha durante mucho tiempo.

Cinco años, para ser exactos.

Desde la noche en que me sacaron del hotel por la emergencia del incendio que había destruido

todo nuestro piso inferior y casi fríe todos nuestros servidores. Desde entonces, me había asegurado de que no solo los servidores tuvieran un piso bien protegido con sistemas de enfriamiento de última generación, sino que también había garantizado que tuviéramos un grupo de profesionales que vinieran cada mes para una revisión rutinaria.

Todo para asegurar que todo funcionara con óptima eficiencia.

Y todo en un esfuerzo por evitar que mis pensamientos vagaran hacia cierta mujer rubia de ojos azules que me había roto el corazón. Aunque habían pasado cinco años desde que Rachel Booth había entrado en mi vida, un toque de color en una existencia de otro modo en blanco y negro, todavía me preguntaba cómo estaría.

A pesar de mis mejores intentos por evitar pensar en ella.

Todavía estaba bajo mi piel y en mi corazón.

Con un ligero movimiento de cabeza, aparté la mirada del portátil y la dirigí a mi CEO, que seguía fumando su puro, su rostro bronceado y suave parecía contemplativo.

—Deberíamos organizar algún tipo de evento.

—Veré qué podemos preparar —Raymond se puso de pie y se sacudió las migas del cuello—. Mientras tanto, deberías considerar conseguir una cita. Alguien de alto perfil y bueno para las relaciones públicas.

—Eso es lo que dices siempre —cogí el teléfono de mi escritorio y lo despedí con un gesto—. No salgo con nadie por el bien de la empresa.

Ni iba a empezar solo para llamar la atención sobre nosotros.

United ya recibía suficiente exposición.

—Margaret, ¿puede venir con su tableta, por favor? Gracias —colgué el teléfono y volví mi atención a la pantalla brillante frente a mí. Unos momentos después, los zapatos de Margaret resonaron contra el suelo de baldosas. Pasó junto a Raymond al entrar, deteniéndose para darle una sonrisa educada y un asentimiento. Sin levantar la vista hacia ella, le indiqué las sillas. Luego me senté más derecho y fijé mi mirada en ella.

—Necesito una nueva ama de llaves.

Los ojos oscuros de Mary se abrieron ligeramente.

—Señor, no creo que la agencia tenga a nadie más para enviar.

Fruncí el ceño.

—Desde que la señora Montgomery se fue, ha sido difícil encontrar a alguien decente. ¿Cuán difícil es encontrar una buena y dedicada ama de llaves?

¿Y una que no intentara meterse en mis pantalones cada vez que estaba en casa?

Durante los últimos meses, cada ama de llaves había sido más descarada y persistente que la anterior, todas ellas haciendo muy poco en cuanto a trabajo doméstico real. En su lugar, usaban uniformes ridículamente ajustados para mostrar su escote y se me lanzaban encima cada vez que estaba en la casa.

Me había visto obligado a despedir a otra esta mañana.

Con un resoplido, recogió su bolso y se marchó airada, lanzándome miradas furiosas todo el tiempo. Afortunadamente, no me importó. Sabía cómo tratar con personas enojadas, especialmente en mi línea de trabajo, pero cuando se trataba de mi casa, esperaba que se mantuviera en perfectas condiciones.

¿Por qué era tan difícil encontrar a alguien que supiera hacer su trabajo?

Mary se aclaró la garganta.

—Contactaré con la agencia...

Levanté una mano.

—No, no contrates a nadie de allí. Todas las mujeres que me han enviado son jóvenes y solo intentan llamar mi atención. No quiero a alguien que se vista de forma provocativa o inapropiada. Quiero a alguien seria y dedicada.

—Haré algunas indagaciones, señor —respondió Mary, haciendo una pausa para mirar su tableta. Sus dedos se movieron rápidamente y sonrió—. Hay alguien aquí, señor. Es joven y está bien vestida. Y tiene un buen currículum.

—Te dejo los detalles a ti —volví mi atención al portátil y me encogí de hombros—. Encuétrame a alguien bueno, Mary.

Mary se levantó y alisó las arrugas de su falda.

—Sí, señor.

—Gracias.

Con eso, se apresuró a salir, sus tacones resonando de nuevo hasta que la puerta de cristal se cerró tras ella. Tan pronto como se fue, estiré los brazos por encima de mi cabeza y solté un suspiro. Luego volví mi atención a los documentos abiertos frente a mí, decidido a no pensar en nada más durante el resto del día.

Mary era buena en su trabajo.

Ella podría encargarse de encontrarme a alguien decente.

Capítulo 6: Nuevos comienzos

Rachel

—No puedo creer que mañana empiece el jardín de infantes —suspiré y me apoyé contra la encimera—. ¿Puedes creer lo grande que se ha puesto?

Taylor abrió la puerta del refrigerador de un tirón y rebuscó en su interior. Regresó con dos latas de té helado y un bote de helado. Sin decir palabra, sacó dos cucharas y me entregó una.

—Sí, yo tampoco puedo creerlo. Nuestro pequeño Ron ya es todo un hombre.

—No soy pequeño —protestó Ron desde su lugar en la sala de estar. Nos miró de reojo, con el pelo rubio despeinado hacia un lado y sus ojos azules llenos de fastidio—. Ya tengo cinco años, ¿recuerdan?

—Claro que lo recordamos, cariño —respondí, entre bocados de helado de chocolate—. Es solo que has crecido tanto.

Él volvió su mirada a las hojas de papel esparcidas por el suelo y recogió sus colores. Durante un rato, lo observé, notando un ligero ceño fruncido entre sus cejas, y me maravillé ante la oleada de emociones en mi pecho. No podía creer que el niño que coloreaba en el suelo de la sala y veía dibujos animados de fondo fuera mi hijo.

En los últimos cinco años, había pasado de ser un bebé pequeño y escuálido a un niño lleno de energía, vida y curiosidad. Aunque hacía lo mejor que podía para mantenerme al día con él, de vez en cuando sentía que necesitaba más de mí. Desde que nos mudamos a Los Ángeles, los dos nos habíamos estado quedando con Taylor, pero sabía que no podíamos seguir así para siempre.

Especialmente con la carrera de Taylor en seguros despegando.

Después de cinco años, estaba segura de que estaba cansada de acogernos, aunque nunca dijera nada. Taylor había sido el tipo de amiga que se quedaba despierta hasta altas horas de la noche, ayudándome a resolver los cambios de pañales y los mejores horarios de alimentación. Sin ella, no tenía idea de cómo habría manejado los últimos cinco años, y mucho menos cómo habría criado a Ron como madre soltera y en apuros.

Vivir en Los Ángeles no era lo que pensaba que sería.

No solo seguía saltando de un trabajo a otro, luchando por encontrar algo de estabilidad y consistencia, sino que tampoco estaba más cerca de encontrar mi propio lugar. Dada lo generosa que había sido Taylor, lo último que quería era seguir aprovechándome de su amabilidad.

—¿Estás segura de que quieres mandarlo este año? —Taylor me miró por encima de su cuchara, con las cejas fruncidas—. Probablemente podrías esperar otro año para enviarlo.

Lamí el helado de mi cuchara y exhalé.

—Podría, pero no creo que deba. No pudo quedarse mucho tiempo en la guardería, ¿recuerdas?

Aunque la guardería en el edificio de Taylor había sido una buena opción, manteniendo a Ron ocupado durante horas y presentándole todo tipo de amigos, no había podido mantenerlo allí por mucho tiempo. Entre mis horas en el restaurante y las noches que pasaba limpiando, no había podido reunir lo suficiente para mantenerlo allí.

Ron había quedado devastado y pasó una semana entera enfurruñado y haciendo pucheros.

No había sabido qué hacer.

Afortunadamente, hacía tiempo que me había perdonado y lo había superado.

Taylor abrió su lata de té helado y dio unos sorbos.

—Sí, pero no es tu culpa. Hiciste lo mejor que pudiste.

Dejé mi cuchara y me pasé una mano por la cara.

—Necesito algo que pague mejor y tenga horarios más estables.

Taylor asintió y dejó su propia cuchara.

—Ojalá estuviéramos contratando, pero sabes que hemos estado en congelación de contrataciones durante los últimos dos años.

Extendí la mano a través de la mesa y tomé la de Taylor entre las mías.

—Tay, ya has hecho mucho por nosotros. No voy a pedirte que hagas esto también.

Taylor negó con la cabeza.

—Sabes que me ha encantado tenerlos aquí a los dos, Rach. Ha sido mucho menos solitario.

—Y mucho más desordenado —añadí con una pequeña sonrisa—. Y ruidoso.

Taylor apretó mi mano.

—No lo querría de ninguna otra manera, y lo sabes.

Sin Taylor, no sé qué habría sido de nosotros.

Convencerme de quedarme con Ron había sido lo mejor que pudo haber hecho por mí.

Ron llenaba mi vida de tanto significado y propósito que me era difícil imaginar hacer todo esto sin él. De vez en cuando, trataba de imaginar cómo habría sido mi vida si él no hubiera llegado, pero todo lo que veía era a mí misma en La Mesa, atrapada con Ander como jefe mientras mi vida pasaba de largo.

—Espero que no termines arrepintiéndote —admití en voz más baja—. En serio, Tay. No tienes idea de lo agradecida que estoy contigo.

Taylor volvió a apretar mi mano antes de enderezar la espalda.

—Para eso están las amigas. No tienes que agradecerme todo el tiempo.

—¿De qué otra manera voy a expresar mi gratitud?

Taylor arqueó una ceja.

—Rach, limpias toda la casa, haces la colada y cocinas. Eso es suficiente agradecimiento en lo que a mí respecta, especialmente porque sabes que no tienes que hacer nada de eso.

—Quiero hacerlo —le dije con una sonrisa—. Me hace sentir útil.

Y me mantenía alejada de la agonía de revisar mi currículum y preguntarme por qué las ofertas de trabajo eran pocas y distantes entre sí. Aunque sabía que no tener un título universitario me dificultaba ascender en el mundo, también tenía un montón de experiencia en todo tipo de campos, y esperaba que fuera suficiente.

Tenía que serlo.

De lo contrario, iba a estar atrapada trabajando por el salario mínimo el resto de mi vida. Por el bien de Ron, quería hacer más.

Quería hacerlo mejor.

En la encimera de la cocina, el teléfono de Taylor vibró. Lo cogió y suspiró.

—Tengo que enviar algunos correos electrónicos y hacer algunas llamadas telefónicas. ¿Estás bien?

Asentí.

—Sí, solo voy a ordenar un poco antes de empezar con la cena.

Taylor me dio un abrazo con un brazo al pasar.

Cuando la puerta del estudio se cerró tras ella, me puse de pie y empujé mi silla hacia atrás. Después de lavar ambas cucharas y guardar el helado, me puse las manos en las caderas y di una vuelta. Ron tarareaba en voz baja, sus manos moviéndose constantemente sobre los papeles. De fondo, el gran televisor montado en la pared reproducía unos dibujos animados de colores brillantes.

Con una sonrisa, me acerqué para revolverle el pelo y darle un beso en la frente. Cantando en voz baja, fui al cuarto de lavado y puse una carga. Luego entré en nuestra habitación de invitados y eché un vistazo alrededor, observando las dos camas individuales hechas a cada lado de la habitación, la cesta de juguetes en la otra esquina y la puerta del armario entreabierta.

Después de cerrarla con la parte trasera de mi pierna, empujé la puerta de nuestro baño y miré alrededor. Negando con la cabeza, volví al pasillo alfombrado y enderecé los cuadros a ambos lados de las paredes azules. Una vez que terminé, golpeé suavemente la puerta del estudio de Taylor. Entré sigilosamente, dejé una taza de té sobre su escritorio y le di un rápido apretón en los hombros.

Me dedicó una sonrisa distraída antes de volver su atención a la pantalla.

Había papeles esparcidos por cada centímetro de espacio disponible, y las ventanas y cortinas estaban cerradas, con una suave luz filtrándose detrás de ellas. Arreglé la alfombra al salir antes

de volver a la cocina. Allí, corté algunas verduras y saqué el pollo marinado. Cuando puse la comida en el horno, alcancé el temporizador y lo coloqué en la encimera con un suspiro.

—Los padres de Taylor vendrán en un rato para cuidarte —me senté en el suelo con Ron y crucé las piernas debajo de mí—. Sé un buen niño y pórtate bien, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, mami.

—Y nada de intentar llevarlos afuera para buscar pistas como la última vez —añadí, negando con la cabeza—. Y asegúrate de recoger tus juguetes cuando termines de jugar.

Ron levantó la cabeza y me miró con el ceño fruncido. —Mami, ¿cómo se supone que voy a encontrar el tesoro enterrado si no me dejas cavar?

Me reí y le di un beso en la frente. —Eres creativo. Encontrarás otra manera.

—Me gusta cavar en la tierra del patio trasero —murmuró Ron, frunciendo el ceño—. ¿Por qué no puedo?

—Porque a la tía Tay no le gusta cuando arruinas su jardín —respondí después de una breve pausa—. Y no quieres molestar a la tía Tay, ¿verdad?

Ron negó con la cabeza. —No, mami. No quiero.

Le acaricié la cabeza y me puse de pie. —Bien.

El timbre sonó, cortando el aire. Me metí la camisa dentro de los vaqueros y abrí la puerta. El Sr. y la Sra. Bolton estaban en el umbral, llevando una bandeja de golosinas y vestidos de manera similar con vaqueros oscuros y jerséis rojos. La Sra. Bolton me abrazó y me dio un beso antes de pasar a mi lado. El Sr. Bolton y yo intercambiamos un rápido apretón de manos antes de que entrara. Después de dejar la bandeja sobre la mesa, cogí mi bolso y me palmeé los bolsillos.

—Muchas gracias por hacer esto, Sr. y Sra. Bolton. Lamento que la reunión sea tan tarde. Sin embargo, no debería tardar mucho.

La Sra. Bolton se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de una silla. —Nos encanta pasar tiempo con Ron, no te preocupes. Y por favor, somos Nancy y Sid, querida. Somos prácticamente familia, ¿recuerdas?

Como vivían a unas pocas manzanas, los Bolton eran generalmente mis personas de confianza cuando Taylor estaba demasiado ocupada para cuidar a Ron. Habiéndome visto obligada a dejar a Ron atrás mientras iba a un sinfín de entrevistas, desde puestos de cocina hasta limpieza y trabajo de camarera, había llegado a confiar en los Bolton para asegurarme de que Ron no estuviera solo.

—Gracias, Nancy —les di a ambos una cálida sonrisa antes de ponerme el abrigo. Ajusté los pliegues y me aclaré la garganta—. La cena debería estar lista en dos horas. He puesto el temporizador y he hecho extra.

—No tenías que molestarte tanto, Rachel —comentó el Sr. Bolton desde su lugar en el sillón. Cogió el mando a distancia y cambió de canal—. Nos conformamos con lo que tengas.

—Es lo mínimo que puedo hacer —insistí, mirando alternativamente a los dos—. ¿Hay algo que pueda traerles de camino a casa?

La Sra. Bolton cogió a Ron y lo levantó en el aire. —No, gracias, querida. Buena suerte con tu entrevista.

Con un último beso en dirección a Ron, salí de la casa y dejé que la puerta se cerrara detrás de mí. Al final del camino de entrada, miré por encima del hombro y suspiré. Vi sus siluetas borrosas a través de las ventanas de la sala de estar, y mi estómago dio un extraño vuelco.

Dos paradas de autobús después, me dirigí a la parte trasera del restaurante y esperé.

Una mujer alta y delgada con cabello oscuro y cejas delineadas abrió la puerta y me hizo pasar. —Hola, Rachel. ¿Por qué no esperas allí hasta que venga a buscarte?

Señaló una fila de sillas metálicas pegadas a las paredes antes de alejarse apresuradamente, sus tacones negros resonando constantemente contra el suelo de baldosas. —Estaré contigo pronto.

Me senté con las manos en el regazo y resistí el impulso de jugar con mi teléfono.

Una hora después, cuando terminé la entrevista, volví a casa de Taylor, con una sensación de plomo asentándose en la boca del estómago. Metí ambas manos en los bolsillos de mi abrigo e inhalé el aire fresco de la noche. Las filas de casas a ambos lados estaban iluminadas desde el interior, y el sonido de las risas se derramaba en la acera.

Cuando entré por la puerta principal de Taylor, Ron se lanzó sobre mí y casi me caigo hacia

atrás. Con una sonrisa, lo levanté y lo llevé a la cocina, donde Taylor y sus padres ya estaban sentados alrededor de la mesa rectangular.

La conversación subía y bajaba a mi alrededor durante la cena mientras yo picoteaba mi plato.

Una vez que terminamos, Taylor y yo lavamos los platos mientras sus padres jugaban con Ron. Por el rabillo del ojo, lo vi reír y carcajearse, lo que hizo que algunos de los nudos en mi estómago se deshicieran. Ron vino a mí cuando estaba guardando los últimos platos, y lo llevé a la cama.

Taylor me esperaba con una copa de vino cuando volví. —Supongo que la entrevista no fue bien.

—No les hizo gracia cuando les dije que tenía un hijo.

Taylor hizo una mueca y me llevó a la sala de estar. Me senté y ella hizo lo mismo, deteniéndose para tomar unos sorbos de su vino. —No entiendo cuál es su problema. Eres una trabajadora incansable, independientemente de eso.

Me encogí de hombros y tomé un largo sorbo. —No lo sé.

Taylor se recostó contra los cojines y me dio unas palmaditas en la espalda. —Mañana será mejor, ya verás.

A la mañana siguiente, casi me quedo dormida y no oigo la alarma. Fue el sonido de la voz alta de Taylor a través de las finas paredes lo que me despertó. Aturdida, dejé a Ron en la ducha y corrí por la habitación, medio ciega y con el pelo alborotado sobre la cabeza. Después de ayudarlo a vestirse, le puse un tazón de cereales y saludé a Taylor con la mano. Ella tomó su taza de café y se sentó en la silla frente a él.

Le di una sonrisa agradecida antes de volver corriendo a nuestra habitación.

Después de una ducha rápida, me pasé un peine por el pelo y me cambié poniéndome unos vaqueros y una camiseta. Ron estaba de pie junto a la puerta, con su mochila y sus zapatos puestos, y su teléfono en las manos. Taylor me entregó un termo con café y una bolsa de papel marrón.

—Que tengas un gran primer día de jardín de infantes, amiguito —dijo Taylor apartando el teléfono de su oreja y dándole un beso en la frente—. Espero que hagas muchos amigos nuevos.

Ron enterró su cara contra el estómago de ella y le rodeó la cintura con ambos brazos.

—Tú siempre serás mi amiga favorita, tía Tay.

Taylor le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Más te vale.

Con una última sonrisa, me dio un abrazo antes de desaparecer dentro. Acompañé a Ron fuera de la casa hasta el porche. Caminamos en dirección a la parada del autobús, con Ron cada vez más animado con cada paso. En el autobús, pegó su cara al cristal y señaló todo lo que veíamos pasar. Unas cuantas paradas después, le tomé de la mano y lo guié fuera del autobús hacia la calle.

A lo lejos, se alzaba un gran edificio de ladrillo rodeado de verjas de hierro. Cuando llegamos, me detuve y me agaché frente a él. Me miró fijamente y cerró las manos en puños.

—Sé que estás nervioso, pero lo vas a hacer genial. Vas a hacer muchos amigos nuevos y te va a encantar estar aquí.

Ron ladeó la cabeza.

—¿No puedes venir conmigo, mami?

Me acomodé el bolso y me aclaré la garganta.

—Ojalá pudiera, cariño, pero el jardín de infantes no es para adultos.

Ron hizo una pausa y luego asintió. Tomé su mano entre la mía, con el corazón latiéndome con fuerza contra el pecho. En la entrada, soltó mi mano y salió disparado como una bala cuando llamaron su nombre. Di unos pasos atrás y lo observé a través de los barrotes de hierro mientras saltaba de un pie al otro.

Estaba creciendo tan rápido.

Demasiado rápido.

Y de vez en cuando, creía ver destellos de su padre. Aunque no sabía casi nada de Bernard y no había podido encontrarlo, a pesar de que vivíamos en la misma ciudad, me gustaba llevar una pequeña parte de él conmigo a todas partes.

A Bernard le habría encantado Ron.

Era una lástima que no formara parte de su vida.

Me sequé las lágrimas de los ojos cuando oí sonar mi teléfono.

—¿Diga?

—Sí, hola. ¿Hablo con la señorita Rachel Booth?

—Soy yo.

—Señorita Booth, la llamo con respecto al puesto para el que se postuló. Quería llamarla para decirle que ha sido aceptada, pero necesitaré comenzar de inmediato. Antes de que empiece, necesitaré que venga para una entrevista, así puedo explicarle cómo funcionarán las cosas. ¿Cuándo le vendría bien?

—Estoy libre ahora mismo.

—Perfecto. Le enviaré la dirección. Espero conocerla pronto.

Capítulo 7: Juntos de nuevo

Bernard

—Necesitaremos un programa de formación más largo —dije, haciendo una pausa para cambiar el teléfono al otro oído—. Y mejores prestaciones si queremos evitar que elijan a nuestros competidores.

Rápidamente, me incorporé y miré por la ventana la ciudad bañada en tonos rosados y morados. Una vez que el sol se hundió bajo el horizonte, sumiendo el mundo en la oscuridad, un relámpago surcó el cielo, un destello amarillo en las tinieblas. A lo lejos, retumbó un trueno, y se me erizó el vello de la nuca.

—No, no tiene que preocuparse por la gala que se avecina. Nos estamos encargando de todos los detalles.

Alguien llamó a la puerta y me di la vuelta, viendo a Raymond en el umbral, con la corbata colgando torcida alrededor del cuello y un brillo decidido en los ojos. Tenía la chaqueta doblada sobre el brazo cuando entró, dejando que la puerta de cristal se cerrara tras él. Murmuré algo entre dientes y terminé la llamada telefónica.

Luego giré en mi silla y la acerqué al escritorio. —Pensé que te habías ido por la noche.

—Ya me voy —respondió Raymond con una sonrisa rápida—. Solo quería asegurarme de que no necesitaras nada.

Entrelacé los dedos y negué con la cabeza. —No, gracias.

Raymond se sentó en la silla frente a mí y cruzó una pierna sobre la otra. —Una de tus antiguas amas de llaves me pidió trabajo.

Incliné la cabeza hacia un lado y lo estudié. —Si estás pidiendo una recomendación, no te la daré. Con la excepción de la señora Montgomery, que tuvo que irse repentinamente debido a una emergencia personal, no he tenido una buena ama de llaves en mucho tiempo.

Raymond se rascó la barbilla. —No necesito una recomendación, Bernie. Solo te lo hago saber en caso de que tengas algún problema.

—¿Por qué tendría problemas?

Raymond se encogió de hombros y colocó la chaqueta sobre el respaldo de la silla. —Porque ella trabajó para ti primero.

—¿Estás buscando mi bendición? Porque tampoco la vas a obtener. Un consejo, Raymond, yo no contrataría a ninguna de ellas. No son buenas en sus trabajos.

—Tengo un conjunto diferente de requisitos, Bernie —me dijo Raymond con una sonrisa rápida—. Gracias por la preocupación, de todos modos. ¿Has pensado más en la gala?

—¿Qué pasa con ella?

—Tengo la acompañante perfecta en mente para ti —respondió Raymond antes de enderezar la espalda—. Es una vieja amiga que viene de una familia adinerada y sabe manejarse con la prensa. Sería perfecta.

Me recliné en la silla y crucé los brazos sobre el pecho. —¿Por qué te importa tanto a quién llevo a la gala?

—Tú eres el que siempre dice que las buenas relaciones públicas son importantes para la empresa —señaló Raymond con otro encogimiento de hombros—. Estoy tratando de aplicar tu filosofía.

Lo miré fijamente y no dije nada.

Aunque Raymond no había sido mi primera elección para CEO, hacía tiempo que había demostrado su valía en el puesto, aportando su perspicacia y experiencia a una empresa que lo necesitaba. Desafortunadamente, mi antipatía hacia él no había mejorado. Si acaso, había empeorado. Cada vez que estábamos en la misma habitación, siempre tenía una extraña sensación en el estómago.

Como si mi CEO estuviera esperando el momento oportuno para sacarme.

Pero sabía que estaba siendo paranoico.

Raymond no había hecho nada para justificar mi sospecha.

—Lo tendré en cuenta —respondí tras una breve pausa—. Lamento cortar esto, pero necesito

llegar a casa. Mary está vigilando a mi nueva ama de llaves, pero quiero evaluarla yo mismo.

Raymond asintió y se puso de pie. —Por supuesto. Esperemos que esta funcione, ¿eh?

Asentí y me levanté. —Sí, esperemos que sí.

Tan pronto como Raymond se fue, reuní todos los papeles de mi escritorio y los coloqué en una esquina. Luego apagué mi portátil y alcancé la chaqueta colgada en el respaldo de mi silla. De camino a la puerta, palpé mis bolsillos en busca de mi cartera, llaves y teléfono. Después de encontrarlos, apagué las luces y me dirigí al ascensor. Las puertas se abrieron con un timbre, dando paso a un vestíbulo vacío y alfombrado con filas de sillas a ambos lados.

El guardia nocturno se puso firme cuando pasé y se tocó la sien con dos dedos a modo de saludo. Le devolví una sonrisa educada antes de abrir la puerta. Afuera, mi coche ya me esperaba junto a la acera, mi chófer uniformado apoyado contra él con un cigarrillo colgando entre los labios.

Lo apagó cuando me vio y se enderezó.

—Gracias, Jonathan. —Esperó hasta que estuve dentro del coche antes de cerrar la puerta tras de mí. Luego se apresuró a su lado y se alejó de la acera. Apoyé la cara contra el cristal y observé la luna en forma de media luna que colgaba baja en el cielo. Mientras me conducía por las calles de Los Ángeles, sostuve mi teléfono en las manos, respondiendo un correo electrónico tras otro.

Cuando se detuvo frente a mi edificio, otro portero me abrió la puerta, con una sonrisa educada ya en su lugar. —Buenas noches, señor Shaw.

—Buenas noches, Charles. —Guardé mi teléfono en el bolsillo y miré por encima del hombro a Jonathan, que se apoyaba contra la puerta del coche para observarme—. Te veré a la hora habitual mañana, Jonathan.

—Sí, señor. Que tenga una buena noche, señor Shaw.

—Tú también, Jonathan. —Subí las escaleras de dos en dos, con el estómago protestando todo el tiempo. Charles presionó el botón del ascensor por mí antes de volver a su posición anterior detrás del mostrador de recepción. El vestíbulo estaba vacío y tenuemente iluminado, dándole un brillo extraño y misterioso.

En el ascensor, respondí algunos correos electrónicos más mientras esperaba.

Mis zapatos no hacían ruido mientras me movía por el pasillo alfombrado hacia mi apartamento al otro lado del piso. Mary tenía la puerta entreabierta y estaba apoyada contra ella cuando entré. Ya toda la casa brillaba, y el olor a verduras al vapor y pollo asado flotaba en el aire. Me quité la chaqueta y la colgué en el perchero junto a la puerta.

—Gracias por quedarte, Mary.

Mary cerró la puerta y se enderezó. —Por supuesto, señor. Creo que estará muy contento con ella.

Entré en la casa y miré alrededor, aliviado de encontrar todo en orden. —Ya estoy impresionado. ¿Dónde está ella?

—Rachel —llamó Mary con una sonrisa—. El señor Shaw quiere conocerte.

Un momento después, una rubia alta en vaqueros y jersey salió de la cocina, con un delantal atado a la cintura. Me quedé atónito cuando la vi, y se me cortó la respiración. Aunque habían pasado cinco años desde la última vez que la había visto, sabía sin lugar a dudas que era ella.

Rachel Booth era mi nueva ama de llaves.

—Eres tú —recorrí la distancia entre nosotros y le tendí la mano—. No puedo creer que te vuelva a ver después de tantos años.

Rachel tomó mi mano y la estrechó con firmeza.

—Lo siento, señor Shaw, pero creo que me está confundiendo con otra persona.

No podía dejar de mirarla.

—No, te recuerdo, pero quizás tú no me recuerdes a mí. Soy Bernard Shaw. Trabajo para una empresa.

Rachel miró a Mary antes de dirigirme una mirada vacía.

—¿Esto es parte de la entrevista?

—Mary, ya he ocupado suficiente de tu tiempo. Te veré mañana en la oficina —hice una pausa para lanzarle una mirada significativa por encima del hombro. Mary vaciló antes de agarrar su

bolso de la encimera. Se ajustó la correa antes de dedicarme una sonrisa educada. Al salir, echó un vistazo en dirección a Rachel, pero no dijo nada.

Una vez que se subió al ascensor, volví a acercarme a Rachel y sonreí.

—Ya no tienes que fingir, Rachel. Ahora que Mary se ha ido, puedes dejar la actuación.

—Señor Shaw, realmente no sé de qué se trata esto —comenzó Rachel, enderezando la espalda—. Estoy un poco confundida.

Fruncí el ceño mientras la observaba atentamente.

¿Me habría equivocado?

¿Estaba tan desesperado por reconectar con la misteriosa mujer de hacía tantos años que cualquier rubia de ojos azules me serviría?

Durante un rato, me quedé allí, estudiándola, desde la forma en que su cabello caía en ondas sueltas alrededor de sus hombros hasta las manos entrelazadas detrás de su espalda. Sus ojos azules estaban abiertos y cautelosos mientras miraba fijamente un punto por encima de mis hombros. Cuando se movió de un pie a otro, recordé cómo se veía con su cabello esparcido a su alrededor, el rostro enrojecido de placer.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa y se aclaró la garganta.

—Estoy segura de que podemos aclarar esto, señor Shaw. ¿Quién cree que soy?

—Nos conocimos hace cinco años —respondí—. En un restaurante, creo que era español. Estabas lidiando con un cliente difícil. Te invité a salir después de tu turno y pasamos la noche juntos.

Rachel levantó la barbilla y tragó saliva.

—Lo siento, pero honestamente no lo recuerdo.

—No estás en ningún problema, ¿sabes?

—No pensé que lo estuviera —Rachel se alejó de mí y cruzó las manos frente a ella. Detrás, el temporizador sonó y marcó. Con el ceño fruncido, se apresuró a entrar en la cocina y abrió el

horno, dejando salir una ráfaga de aire caliente. Alcanzando los guantes de cocina, los usó para sacar las cazuelas y colocarlas sobre la encimera de mármol. Lentamente, tomó un cuchillo y cortó el pollo, dejando que los jugos se derramaran por ambos lados—. La cena está lista, señor Shaw.

—Huele delicioso —me paré al otro lado de la encimera y crucé los brazos sobre el pecho—. ¿Por qué no me llamaste? Pensé que ibas a esperar un día o dos para no parecer demasiado ansiosa, pero han pasado cinco años.

Rachel se quitó el guante, dejó el cuchillo y me miró.

—Señor Shaw, por favor. No estoy segura de por qué sigue insistiendo en que soy alguien que no soy, pero no creo que sea apropiado.

Dejé caer las manos a los costados y apreté los labios.

—Lo siento. No intento hacerte sentir incómoda.

Pero estaba seguro de que era ella.

Incluso olía igual, a jabón de limón y cítricos.

Quería atraerla hacia mí y hundir mi rostro en su cabello.

Después, quería llevarla a mi habitación y mostrarle exactamente cuánto la había extrañado. Seguía viéndola en el club del hotel, su rostro iluminado por la risa y la diversión, sus ojos azules nunca abandonando mi cara. Cuando parpadeé, Rachel se estaba quitando el delantal y doblándolo. Cuidadosamente, lo guardó en uno de los cajones de la cocina antes de salir.

—¿Tiene alguna instrucción para mí, señor Shaw?

Me acerqué a ella, deteniéndome a unos metros de distancia.

—¿Instrucciones?

—Para la casa —aclaró Rachel, levantando la barbilla—. O la forma en que prefiere que se cocinen sus comidas. Mary me explicó que sus anteriores amas de llaves se encargaban de la limpieza, la lavandería y la cocina.

—Así es.

—¿Vendré a las nueve de la mañana y me iré a las cuatro, verdad?

—Puede haber días en que necesite que te quedes hasta las cinco. Te pagaré por la hora extra, por supuesto. También tienes una hora y media para el almuerzo todos los días. Puedes, por supuesto, pasar tu hora de almuerzo haciendo lo que quieras, pero tienes que estar de vuelta aquí tan pronto como termine.

Rachel asintió.

—Gracias, señor.

—¿Realmente no me recuerdas, verdad? —negué con la cabeza y retrocedí unos pasos—. Simplemente no puedo creer que estés aquí después de todo este tiempo.

Rachel se aclaró la garganta.

—Lo siento, señor. Tengo que irme.

Con eso, giró sobre sus talones y se apresuró a salir, agarrando su bolso y abrigo de la mesa al pasar. Observé su espalda mientras esperaba el ascensor, golpeando impacientemente con los pies. Una vez que las puertas sonaron al abrirse, entró y se giró para mirarme. Alcancé a ver un atisbo de su conmoción y confusión antes de que las puertas se cerraran con un susurro.

Ella sabía quién era yo.

Tenía que saberlo.

No tenía idea de por qué estaba fingiendo que no lo sabía.

Capítulo 8: Cerca

Rachel

Dejé que la puerta se cerrara tras de mí antes de apoyarme contra ella. Con los ojos fuertemente cerrados, levanté una mano hacia mi rostro y lo froté con movimientos circulares y lentos. Una y otra vez, seguía viendo la cara de Bernard iluminada por la confusión y la alegría al reconocermé.

Lo había sabido en el momento en que doblé la esquina y lo vi.

Debería haber renunciado allí mismo.

Pero no lo hice.

En su lugar, había intentado evitar que mencionara el pasado mientras mi mente daba vueltas con posibilidades. No solo tenía que considerar abandonar un trabajo que necesitaba, sino que también debía asegurarme de que Bernard no volviera a contactarme.

Nunca podría enterarse de Ron.

O se lo llevaría para siempre.

Considerando que no había sido parte de la vida de su hijo durante los últimos cinco años, no esperaba nada más. Aunque había intentado y fracasado en encontrarlo nuevamente después de nuestra noche juntos, nada de eso iba a importarle a Bernard. Lo único que le importaría sería el hecho de que se había perdido los últimos cinco años.

Y con el dinero que tenía, Bernard podía permitirse luchar por él.

¿Qué iba a hacer?

—¿Estás bien? Parece que vas a vomitar.

Abrí los ojos de golpe y los fijé en Taylor, que estaba de pie a unos metros, con ambas manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros y su pelo oscuro recogido en lo alto de la cabeza. Me aparté de la puerta y me pasé una mano por la cara.

—Hoy conocí a mi jefe —le dije en voz baja—. No sé qué voy a hacer.

—Seguro que no es tan malo, ¿verdad? Dijiste que el trabajo paga bien y tiene buen horario. Además, ¿no tienes hora y media en el medio para almorzar? Como está en el trabajo la mayor parte del día, casi nunca tendrás que verlo.

—Ese no es el problema. El problema es que lo conozco.

Taylor frunció el ceño. —¿Qué quieres decir con que lo conoces?

—Mami, ¿eres tú? —La voz de Ron salió de la habitación—. ¿Dónde estás?

—Estaré allí en unos minutos, cariño —respondí, ignorando el latido en el centro de mi pecho—. Es el financiero, Taylor. El tipo que conocí aquella noche en el restaurante.

Los ojos de Taylor se abrieron como platos. —¿El padre de Ron?

Tragué saliva y asentí. —Es mi nuevo jefe.

Taylor dio un paso hacia mí y negó con la cabeza. —¿Qué vas a hacer? No puedes renunciar. Este es un muy buen trabajo y lo necesitas. Tal vez no te reconoció.

—Me reconoció. Y siguió preguntando por qué no me puse en contacto con él.

Como si yo fuera la que se había escabullido en medio de la noche.

Bernard tenía mucho descaro al hacer esa pregunta cuando ambos sabíamos la verdad.

Él fue quien me dejó sin mirar atrás.

Taylor se cruzó de brazos. —Probablemente solo está intentando quedar bien para no sentirse mal por haberse ido. ¿Qué le dijiste?

—Seguí fingiendo que no lo conocía. Supongo que seguiré haciendo eso hasta que lo deje.

Pasé junto a Taylor y me apresuré a entrar en la habitación de invitados, donde Ron chapoteaba en la bañera y hacía ruidos con sus juguetes. Su rostro se iluminó cuando me vio y se lanzó a contar una historia tras otra, gesticulando emocionado todo el tiempo. Cuando terminó, lo había secado con la toalla y metido en la cama.

Mi corazón se retorció dentro de mi pecho al ver la expresión de su cara.

La misma mirada que Bernard me había dado antes.

Mantenerlo fuera de la vida de Ron había sido la única opción que tenía cuando Bernard no se encontraba por ninguna parte. Ahora que había vuelto y estaba al alcance, necesitaba considerar la alternativa. Habiendo criado a Ron por mi cuenta, con mucha ayuda de los Bolton, lo último que quería era mantener a un padre alejado de su hijo.

Especialmente cuando no tenía una buena razón.

Bernard era, después de todo, el padre de Ron, y merecía una oportunidad para probarse a sí mismo.

—Termina la historia, mami —susurró Ron antes de subirse las mantas hasta la barbilla—. ¿Qué pasó al final?

—Todos volvieron a casa y cenaron —le dije con una sonrisa—. Es hora de que te duermas.

Con eso, me incliné para besarle la frente. Taylor se quedó en la puerta, con una sonrisa en los labios. Me apretó la mano al pasar. Estaba recogiendo juguetes del suelo de la sala de estar cuando sonó mi teléfono un rato después, y un número desconocido apareció en la pantalla.

Ignoré los latidos de mi corazón y contesté. —¿Hola?

—¿Rachel? Soy yo. Por favor, no cuelgues.

—Señor Shaw. —Me quedé inmóvil y me enderecé—. ¿Hay algo que olvidé hacer?

—Necesitamos hablar —dijo Bernard en voz baja—. Especialmente si vas a trabajar para mí. Necesitamos averiguar cómo vamos a navegar esto.

El silencio se extendió entre nosotros.

—Es solo un almuerzo —añadió Bernard rápidamente—. Sé que no se supone que empieces a trabajar oficialmente hasta dentro de unos días, pero aún creo que deberíamos reunirnos y discutir algunos detalles.

—Señor Shaw, no estoy segura de que sea apropiado...

—Si te sientes incómoda en algún momento, puedes irte —interrumpió Bernard con un suspiro —. Creo que es realmente importante que hagamos esto.

Solté un suspiro. —De acuerdo.

—Te veré mañana por la tarde. Te enviaré la dirección ahora mismo.

—Si no me siento cómoda, me iré —advertí, haciendo una pausa para pasarme una mano por el pelo—. No pretendo faltarle al respeto, señor Shaw, pero pensé que debería saberlo.

—Entendido.

La línea se cortó poco después.

Aparté el teléfono de mi oreja y lo guardé en mi bolsillo. Durante el resto de la noche, le di vueltas a la conversación una y otra vez mientras limpiaba y guardaba los juguetes de Ron. Los suaves ronquidos de Taylor llenaban el pasillo mientras me escabullía a mi habitación y dejaba la puerta entreabierta. Pasé la mayor parte de la noche dando vueltas y mirando al techo.

A la mañana siguiente, Ron me despertó saltando sobre la cama y exigiéndome que me levantara. Aturdida, me tambaleé hasta el baño y me salpiqué agua fría en la cara. Ron ya estaba vestido y alimentado cuando llegué a la cocina. Me recogí el pelo en una coleta alta y me serví un poco de café caliente en un vaso de viaje.

Ron me tomó de la mano durante todo el trayecto a la escuela y no me soltó hasta que llegamos a las puertas. Tan pronto como lo hicimos, corrió hacia un grupo de otros niños que rieron y sonrieron al saludarlo. Me quedé afuera en el frío aire de la mañana, sorbiendo mi café mientras esperaba que entraran. Una vez que lo hicieron, me dirigí de vuelta a la parada del autobús con los hombros encogidos y un latido en la parte posterior de mi cráneo.

No quería reunirme con Bernard.

El almuerzo no iba a resolver nada.

Por el contrario, solo iba a conducir a más preguntas. Desafortunadamente, considerando que nunca se le había dado la oportunidad de probarse a sí mismo, no podía quitarme la sensación de que le debía mucho más a Bernard. A regañadientes, regresé a casa y, después de ordenar la casa nuevamente, me quedé dormida en el sofá frente al televisor. Un rato después, me desperté y me metí en la ducha.

El agua caliente me despertó y me dio el impulso que necesitaba para vestirme.

De camino al almuerzo, cuando estaba a mitad de camino de la parada del autobús, sonó mi teléfono y me detuve para hurgar en mi bolso. Cuando vi el número de Taylor, cambié el teléfono a mi otra oreja y me pasé una mano por la cara.

—Oye, ¿todo bien?

—Cariño, lo siento mucho, pero no puedo recoger a Ron de la escuela hoy. Estoy saturada de trabajo y no voy a poder salir a tiempo.

—Está bien. Lo entiendo —respondí, haciendo una pausa para cambiar el peso de un pie a otro.

—Lo siento mucho. Se lo compensaré —la voz de Taylor entraba y salía del foco antes de volverse clara de nuevo.

—No hay nada que compensar. Te veré cuando llegues a casa.

—Puedes intentar con mis padres. Tal vez estén libres —sugirió Taylor después de una breve pausa.

—Les daré una llamada, gracias.

Tan pronto como Taylor colgó, marqué el número de la señora Bolton y golpeé mis pies contra el pavimento. En lo alto, la tarde estaba en su apogeo, con un fondo de cielos azules despejados. Al otro lado de la calle, un grupo de personas con chándales trotaba, con expresiones idénticas de fastidio. Les saludé con la mano mientras pasaban, y todos me devolvieron sonrisas tensas.

El número de la señora Bolton fue directo al buzón de voz.

Con un suspiro, colgué y volví a meter el teléfono en mi bolsillo. Miré alrededor a las hileras de casas victorianas de dos pisos a ambos lados, con vistas a céspedes verdes bien cuidados, y consideré mis opciones. Como no había nadie más para recoger a Ron y vigilarlo mientras yo salía a almorzar, no tenía otra opción.

Una pequeña parte de mí estaba decepcionada de que no iba a verlo de nuevo.

Pero necesitaba salir de eso.

Nada bueno iba a salir de esto.

—Hola —me saludó Bernard cuando lo llamé—. Estoy saliendo de la oficina ahora mismo.

—Me alegro de haberte alcanzado —cambié el peso de un pie a otro y me aclaré la garganta—. Mira, lo siento mucho, pero voy a tener que cancelar.

Bernard no dijo nada.

—Sé lo importante que es para nosotros sentarnos a hablar —continué apresuradamente—. Pero surgió algo importante, así que no voy a poder asistir.

—¿No puedes posponerlo o encontrar a alguien más que se encargue?

Exhalé. —No puedo. Lo siento.

—Yo también lo siento —respondió Bernard con ecuanimidad—. Programaremos algo más.

—Estoy segura de que encontraremos una solución —enderecé la espalda y miré al frente—. En fin, te dejaré volver al trabajo. Estoy segura de que tienes mucho que hacer.

—De acuerdo, gracias.

—Adiós.

Antes de que pudiera responder, colgué y arrojé mi teléfono al bolso. Me puse en marcha a un ritmo constante en dirección a la parada del autobús. Con poca gente a bordo, seleccioné un asiento cerca del frente, junto a la ventana de cristal. Presioné mi cara contra el cristal y observé el mundo exterior, un borrón de formas y colores.

Fuera de la escuela de Ron, me detuve y esperé.

Cuando salió, buscó entre la multitud y me vio, echó a correr. Me aparté de la pared, extendí los brazos y me agaché. Se abalanzó sobre mí y ambos caímos hacia atrás sobre el duro pavimento. Pequeños pinchazos de dolor bailaron por mis brazos mientras inspiraba profundamente y lo abrazaba. Finalmente, se apartó y me ayudó a ponerme de pie. Le sostuve la mano durante todo el viaje en autobús a casa y no paré hasta que estuvimos de nuevo en casa de Taylor.

Ron pasó todo el tiempo contándome historias sobre su clase.

Pero yo solo estaba escuchando a medias.

La otra mitad seguía sacando mi teléfono para mirar la pantalla.

La mitad de mí quería que Bernard me llamara de vuelta y reprogramara, dándome la oportunidad de pasar algún tiempo en su compañía. La otra mitad sabía que era mejor si me dejaba a mi suerte y fingía que nuestra noche juntos nunca había sucedido.

No podía decidir qué opción quería más.

Capítulo 9: Tiempo

Bernard

—¿Ha llamado la señorita Booth?

Mary estaba de pie en la puerta de mi oficina, con un surco entre las cejas. —No, señor. ¿Quiere que la llame por usted?

Negué con la cabeza y me senté detrás de mi escritorio. —No, gracias, Mary. Si llama, asegúrese de avisarme.

Mary se movió de un pie a otro y dudó. —¿Está todo bien, señor?

Acerqué mi silla al escritorio y arqueé una ceja. —Sí, ¿por qué no habría de estarlo?

—No parece contento con mi elección de ama de llaves, señor —continuó Mary, haciendo una pausa para juntar las manos—. Puedo encontrarle a alguien más si la señorita Booth no es adecuada.

—No, ella está bien. Solo hay algunos problemas de horarios que necesitamos resolver.

Mary se irguió y enderezó la espalda. —Puedo encargarme de cualquier problema que haya, señor.

—No será necesario, Mary. Gracias. Le avisaré si necesito su ayuda.

Mary asintió y dejó que la puerta se cerrara suavemente tras ella.

Durante el resto del día, intenté sumergirme en el trabajo, alternando entre hacer llamadas telefónicas y responder correos electrónicos. A mitad del día, bajé a la sala de servidores e hice una inspección yo mismo, asintiendo al ver que todo estaba en orden. Cuando terminé, volví a la oficina y me puse a caminar de un lado a otro.

Odiaba no saber qué estaba pasando.

O por qué Rachel no había llegado al almuerzo.

Seguía mirando el teléfono en mi escritorio, esperando ver su nombre iluminar la pantalla. Desafortunadamente, permaneció en silencio. Con un suspiro, giré mi teléfono boca arriba para que quedara mirando al techo y comprobé el volumen. Después de asegurarme de que funcionaba, me senté de nuevo detrás del escritorio y crucé un tobillo sobre el otro.

¿Por qué no me llamaba?

Esto se parecía demasiado a cómo me sentí después de nuestra noche juntos.

En las semanas posteriores a nuestra noche, la había añorado y no había podido dejar de pensar en ella. Cada cita y cada restaurante me la recordaban. Me había vuelto loco, y después de todos esos años, me sorprendió descubrir que ella seguía teniendo el mismo efecto en mí.

No sabía qué era lo que tenía ella que me molestaba tanto.

Lo único que sabía era que, habiéndola encontrado finalmente, me resistía a dejarla ir.

Después de cinco años, no era una coincidencia que Rachel hubiera sido contratada como mi ama de llaves. Aunque yo no era el tipo de persona que dejaba las cosas al destino o al azar, prefiriendo forjar mi propio camino en el mundo, quería creer que nos habían reunido de nuevo por una razón.

Algo más grande que nosotros dos.

Y necesitaba saber qué era.

Al final del día, cuando el sol se hundió bajo el horizonte, Mary entró para despedirse. Esperé hasta que se fue antes de sacar la botella de whisky que guardaba escondida en el cajón de mi escritorio y servirme una generosa cantidad. Me bebí otro vaso antes de apagar mi portátil y meterlo en mi bolsa.

En el ascensor, sostuve el teléfono frente a mi cara y miré fijamente el nombre de Rachel.

Poco después, subí al coche y dejé el teléfono en el asiento a mi lado. Su nombre seguía mirándome fijamente, burlándose de mí hasta que volví a darle la vuelta al teléfono. Pasé todo el trayecto a casa diciéndome a mí mismo que tenía que esperar para llamarla. No solo Rachel había dejado claro que no me recordaba, sino que también parecía reacia a conocerme ahora.

Por mucho que lo odiara, no había nada que pudiera hacer al respecto.

Excepto demostrarle que yo era un hombre que valía la pena conocer.

Cuando el coche se detuvo frente a mi edificio, me invadió una renovada sensación de propósito y vigor. Durante el trayecto en ascensor, escudriñé mis correos electrónicos hasta que encontré el que Mary me envió con el currículum de Rachel. Una vez que salí del ascensor, revisé rápidamente la información y me detuve en su dirección. Con una sonrisa, abrí la puerta de mi apartamento, inundándome de alivio.

Si Rachel no podía venir a mí, yo iría a ella.

Necesitaba saber la verdad sobre nuestra noche juntos y obtener mis respuestas, de una vez por todas. Incluso si eso significaba confrontar a la mujer que me rompió el corazón hace cinco años y que ahora no tenía ningún recuerdo de mí. Con un gruñido, me tambaleé hasta mi dormitorio, me quité la ropa y la dejé en un montón en el suelo.

Me tiré de cara sobre el colchón, me subí las sábanas hasta la barbilla y cerré los ojos.

Todos mis sueños eran de Rachel en el restaurante sonriéndome, en el club coqueteando conmigo con ojos entrecerrados, y en la habitación del hotel, tendida de espaldas y mirándome con ojos hambrientos. Cuando me desperté a la mañana siguiente, casi podía oler su perfume en mi piel.

En la ducha, seguía viendo su rostro a centímetros del mío, y eso me hacía sentir un nudo en el estómago. Cuando salí, el baño estaba lleno de vapor y tenía un mal sabor en la boca.

Lentamente, volví al dormitorio, con solo una toalla alrededor de la cintura, y me paré frente al armario.

Me demoré con mi taza de café antes de buscar su número en mi teléfono y fruncir el ceño ante la dirección en mi pantalla. Luego hice una llamada a mi conductor, que estaba esperando abajo. En el ascensor, resistí el impulso de comprobar mi reflejo en el espejo, sabiendo que no iba a ayudar.

En el coche, miré por la ventana y repasé lo que quería decir.

Nada sonaba lo suficientemente bueno.

Todo lo que se me ocurría sonaba redundante y desesperado y le daba demasiado poder sobre mí. Ya no me gustaba el hecho de que la estuviera buscando cuando ella era la que había cancelado

nuestro almuerzo. Sin embargo, considerando su tendencia a desaparecer, sabía que esta podría ser mi única oportunidad de obtener respuestas.

Y las necesitaba más de lo que necesitaba mi orgullo.

Jonathan conducía con firmeza, manteniendo la partición levantada entre nosotros mientras nos dirigíamos a los suburbios. No pasó mucho tiempo antes de que el centro de Los Ángeles quedara en el fondo, bañado en los cálidos tonos del sol de la mañana temprana. Allí, tomó una serie de giros y vueltas antes de entrar en una calle con casas de dos pisos a ambos lados, jardines bien cuidados y entradas pavimentadas.

Le pedí que se detuviera dos casas más adelante, en el lado opuesto de la calle.

Luego me recosté en el asiento, con el corazón latiendo salvajemente contra mi pecho. Abrí la puerta y la dejé cerrar detrás de mí. Bajo el sol de la mañana temprana, me apoyé contra la puerta del coche y observé. Sostenía el teléfono con fuerza en mi mano, mi mente corriendo con posibilidades. Di un paso adelante, luego otro, seguro de lo que iba a decir, hasta que se abrió la puerta principal.

Rachel apareció primero en el umbral, vestida con un vestido azul hasta la rodilla y medias debajo. Su cabello rubio estaba recogido en lo alto de su cabeza, mostrando su cuello esbelto, con algunos mechones enmarcando su delicado rostro en forma de corazón. Inclínó la cabeza hacia un lado y dijo algo por encima de sus hombros. Me quedé paralizado, mi corazón saltándose un latido cuando sonrió. Volvió a latir cuando una pequeña mano salió disparada y la alcanzó.

Lentamente, Rachel cerró la puerta detrás de ella y se agachó, ocultando mi vista de lo que estaba sucediendo. Apareció un surco entre mis cejas mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y esperaba. Un momento después, Rachel se puso de pie y tiró del pequeño niño. Cuando él dejó caer su juguete y ella se agachó para recogerlo, vi claramente su rostro, y mi boca se abrió.

Se veía familiar.

Demasiado familiar desde donde yo estaba.

Y no podía dejar de mirarlo incluso cuando sentí los ojos de Jonathan a través del parabrisas del coche. Cerré la boca de golpe cuando Rachel se puso de pie y le entregó al niño su juguete. Él se apartó el cabello rubio de los ojos y le dio una sonrisa llena de dientes blancos. Cuando ella miró

hacia la calle, giré sobre mis talones y fingí examinar la casa frente a mí, con un cartel de se vende en el frente.

En el fondo, escuché al niño llamar a Rachel mamá.

Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho cuando me di la vuelta y los vi partir a un ritmo constante en dirección a la parada de autobús. Una parte de mí estaba tentada de correr tras ellos y ofrecerme a acompañarlos. La otra mitad sabía que si lo hacía, corría el riesgo de asustar a Rachel para siempre.

No importaba cuánto quisiera respuestas, no podía hacer eso.

No lo haría.

No cuando Rachel tenía algunas explicaciones que dar.

Empezando por por qué ese niño se parecía tanto a mí cuando tenía su edad.

Con el ceño fruncido, volví al coche y me acomodé en el asiento trasero. Jonathan esperó unos momentos antes de arrancar el coche, y los alcanzamos. Contuve la respiración mientras pasábamos junto a ellos, y me retorcí en mi asiento para observarlos, sintiendo una extraña opresión en el centro de mi pecho. El niño sonreía a Rachel, con los ojos grandes y llenos de adoración.

Quería verlo.

En silencio, Jonathan me llevó de vuelta a la oficina mientras yo me sentaba atrás, haciendo una serie de llamadas relacionadas con el trabajo. Cuando regresamos a la ciudad, miré por la ventana, pero no pude distinguir nada. Todo lo que podía ver era a Rachel sosteniendo la mano del niño.

¿Era mi hijo?

¿Por qué no me había hablado de él?

Una vez que nos detuvimos frente a la oficina, salí del coche y tomé el ascensor. Le di un breve asentimiento a Mary al pasar por su escritorio, donde estaba sentada revolviendo su café. Ella se enderezó y me miró fijamente, apareciendo un surco entre sus cejas. Dentro de mi oficina, cerré la puerta de golpe y arrojé mi bolso al suelo alfombrado. Durante las siguientes horas, tuve una

reunión tras otra y resistí el impulso de llamar a Rachel.

Pero seguí pensando en ella todo el tiempo e intentando imaginar lo que iba a decir.

Me pregunté si no me había llamado por el niño.

Porque temía mi reacción ante la noticia.

Al final del día, estaba decidido a verla de nuevo, de una forma u otra.

Capítulo 10: Un encuentro de mentes

Rachel

—Así que no has tenido noticias, ¿eh?

—Tal vez me despidió —negué con la cabeza y levanté la taza hasta mis labios—. No lo culparía si lo hiciera. Trabajar para él con nuestra historia iba a ser incómodo.

—¿Qué historia? —Taylor se materializó en el pasillo y se arregló frente al espejo—. Ustedes dos se acostaron una vez. Eso no es historia. Eso se llama una aventura de una noche.

Tomé otro sorbo de mi café e hice una mueca.

—Sí, pero tenemos un hijo juntos.

—Un hijo que él no conoce —señaló Taylor, haciendo una pausa para ajustarse el cuello de su camisa y echarse el pelo sobre los hombros—. Planeas decírselo, ¿verdad?

Suspiré y dejé la taza con demasiada fuerza.

—No lo sé. Aún no he decidido.

Taylor se giró para mirarme y arqueó una ceja.

—¿Qué quieres decir con que no has decidido? Es el padre de Ron. Merece saber la verdad.

—Ni siquiera sé qué tipo de hombre es. Fue amable y dulce el día que nos conocimos, pero luego simplemente desapareció.

Taylor recorrió la distancia entre nosotras y cogió un muffin de la encimera. Después de quitarle la envoltura, le dio un gran mordisco.

—Cariño, sé que solo intentas protegerte, pero el hecho de que no funcionara entre ustedes dos no significa que sería un mal padre para Ron. Al menos deberías intentar darle una oportunidad.

Terminé el resto de mi café y lavé la taza.

—No lo sé. ¿Y si le rompe el corazón a Ron?

—Eso será culpa suya, no tuya.

Me di la vuelta para mirarla y puse ambas manos en mis caderas.

—¿Desde cuándo eres tan fan suya?

—No lo soy, pero sé lo importante que es tener un padre —respondió Taylor antes de terminar el resto del muffin—. Se merece saberlo de todos modos.

Suspiré.

—Supongo.

—Deberías llamarlo y reprogramar el almuerzo. Puedes hacerlo después de recoger a Ron. Sé que a mis padres no les importará cuidarlo una hora o dos.

—Tus padres son una bendición, Tay. Y tú también.

Taylor me lanzó un beso.

—Estamos encantados de ayudar. De todos modos, tengo que ir a la oficina, así que te llamaré más tarde, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Que tengas un buen día.

Tan pronto como se fue, deambulé hacia la sala de estar y me senté en el sofá. Apoyé los pies en la mesa, cogí el control remoto y encendí la televisión. Mientras las noticias sonaban de fondo, me desplazé por mi teléfono y le di vueltas al asunto una y otra vez en mi cabeza.

¿Quería a Bernard en nuestras vidas?

Incluso si no lo quería de vuelta en la mía, se merecía enterarse sobre Ron.

Como mínimo, Ron merecía un padre amoroso y presente, y no solo una figura paterna. Taylor y sus padres nos habían dado un espacio seguro y un hogar al que llamar nuestro, pero no podían ofrecerle a Ron todo lo que se estaba perdiendo. Por muy increíbles que fueran, no podían ocupar el lugar de su padre, un hombre vivo y respirando que había vuelto a mi vida y merecía saber la verdad.

No estaba siendo justa con él.

Unas horas más tarde, estaba quedándome dormida en el sofá mientras las noticias seguían sonando de fondo cuando alguien llamó a la puerta. Me incorporé y fruncí el ceño cuando oí el timbre. Lentamente, me acerqué, con el teléfono agarrado en la mano, y miré por la mirilla. Bernard estaba al otro lado de la puerta con vaqueros oscuros, una camisa abotonada y el pelo peinado hacia atrás sobre la frente.

Mi estómago dio un extraño vuelco.

Quité el pestillo y asomé la cabeza por la rendija.

—¿Qué haces aquí?

—Tenías tu dirección en tu currículum —respondió Bernard, haciendo una pausa para cambiar el peso de un pie al otro—. No tuvimos la oportunidad de almorzar el otro día, así que pensé que podríamos intentarlo de nuevo.

Abrí la puerta completamente y me aclaré la garganta.

—¿Has venido hasta aquí para invitarme a almorzar otra vez?

Bernard se metió ambas manos en los bolsillos y se irguió.

—Pensé que sería mejor aclarar algunas cosas si vas a trabajar para mí.

Miré mi reloj y luego volví a mirarlo a la cara.

—De acuerdo, pero tengo que estar de vuelta en casa en una hora porque tengo algunas cosas que hacer.

—Hay un restaurante que conozco a unas cuerdas de aquí —Bernard dio un paso a un lado y me dedicó una pequeña sonrisa—. Será un almuerzo rápido.

Cogí mi bolso y mi abrigo de la mesa detrás de la puerta. Él me ofreció su brazo, pero lo ignoré y bajé las escaleras corriendo delante de él. Cuando vi al conductor uniformado aparcado junto al jardín delantero de Taylor, me detuve.

—Podemos caminar —ofreció Bernard, con un rápido gesto en dirección al conductor—.

Johnathan, ¿por qué no te tomas un descanso? Te llamaré cuando haya terminado.

—Por supuesto, señor Shaw.

En silencio, nos acomodamos en un paseo lento, con el sol golpeando nuestras espaldas y el olor a fresas persistiendo en el aire. A unas cuadras de distancia, las casas dieron paso a un complejo extenso con un centro comercial, un cine al aire libre y algunas cafeterías con mesas dispuestas en las aceras. Me dirigí directamente a la vacía de la esquina, con Bernard pisándome los talones. Apartó una silla para mí y esperó hasta que estuve sentada antes de tomar la silla opuesta.

Después de pedir algunas bebidas y aperitivos, me recliné y entrelacé mis dedos sobre la mesa.

—Entonces, ¿de qué querías hablar?

Bernard cruzó los brazos sobre su pecho y se aclaró la garganta.

—Directo al grano, ¿eh? Me gusta eso.

Me encogí de hombros, y mis ojos no abandonaron su rostro.

—No creo que debamos andarnos con rodeos.

Bernard levantó una ceja.

—Así que sí sabes quién soy.

Un latido después, desenlacé mis dedos y me recliné contra la silla.

—Lo sé.

El silencio se extendió entre nosotros.

Bernard descruzó los brazos y se inclinó hacia adelante, con un surco apareciendo entre sus cejas.

—¿Por qué fingiste que no sabías quién era yo?

Tragué saliva.

—Porque pensé que sería mejor si no lo hacía. Se supone que debo trabajar para ti, Bernard. No

pensé que me querías como tu ama de llaves debido a... ya sabes.

Bernard frunció el ceño. —¿Pensaste que retiraría la oferta de trabajo si supiera quién eras?

Asentí. —Sí, ¿por qué no lo harías?

Sería mucho menos complicado para él empezar desde cero.

Y yo era la mujer con la que había compartido una noche apasionada.

No lo habría culpado si no hubiera podido superar eso.

—Porque no voy a usarlo en tu contra —respondió Bernard, negando con la cabeza—. Ambos quisimos que esa noche sucediera. No veo por qué deberías ser tú quien pague por ello.

Incliné la cabeza hacia un lado y lo miré fijamente. —¿Entonces no quieres despedirme?

Los labios de Bernard se curvaron en una media sonrisa. —No, no quiero despedirte, Rachel. En realidad, me alegro de que nos volvamos a encontrar después de todos estos años.

—¿De verdad? ¿Por qué?

Bernard guardó silencio cuando la camarera apareció y dejó nuestras bebidas y aperitivos antes de desaparecer de nuevo. Una vez que lo hizo, esperó hasta que estuvo fuera del alcance del oído antes de inclinarse sobre la mesa y mirarme directamente.

De repente, no podía recordar por qué se suponía que debía mantenerme alejada de él en primer lugar. Cuando lo miré, lo recordé durante nuestra noche juntos. Vi el humor en sus ojos cuando estábamos en el restaurante, y sentí la calidez con la que me miraba mientras estábamos sentados uno frente al otro en el club. Y cuando inhalé, pude oler el aroma picante de su colonia.

Todavía olía a jengibre, cardamomo y nuez moscada.

Quería inclinarme sobre la mesa, atraerlo hacia mí e inhalar.

Hasta que estuviéramos de vuelta en esa habitación de hotel, enredados el uno con el otro sin sentido del mundo exterior.

En su lugar, me recosté en mi silla y sacudí un poco la cabeza. —Te fuiste en medio de la noche, Bernard. No puedes esperar que no me pregunte por eso.

Bernard alcanzó su bebida y dio unos sorbos. —Sabía que lo harías, pero pensé que te explicaría todo cuando me llamaras.

—Sigues diciendo eso, pero no tenía forma de ponerme en contacto contigo. Te fuiste en medio de la noche, ¿recuerdas?

—Todo lo que tenías que hacer era leer la nota que dejé en la mesita de noche.

—¿Qué nota?

Bernard se enderezó y se pasó una mano por la cara. —Te dejé una nota con mi nombre y número en la mesita de noche. Tuve que irme porque hubo un incendio en el trabajo.

—No vi ninguna nota.

Bernard exhaló. —Por eso nunca llamaste. Si nunca viste la nota, no habrías podido...

Fruncí los labios. —¿Estás diciendo todo esto solo para quedar bien?

—¿De qué estás hablando?

—Mira, sé que solo iba a ser una aventura de una noche. Sé que tú y yo no estábamos destinados a tener nada más. No tienes que inventar cosas para hacerme sentir mejor.

—Rachel, no me estoy inventando esto. ¿Por qué lo haría? Podría haber fingido no reconocerte cuando te vi. Habría sido más fácil para ambos de esta manera.

—¿Por qué no lo hiciste?

—¿Por qué no fingí que no sabía quién eras?

Hice una pausa, luego asentí.

Bernard exhaló, su expresión volviéndose nostálgica. —Porque quería que supieras que era yo. He pasado los últimos cinco años preguntándome qué te pasó y por qué nunca me llamaste. Nunca te he olvidado, Rachel.

—¿Tú... qué?

—Incluso volví al restaurante donde trabajabas, pero no me dieron ninguna información. Luego

me dijeron que habías renunciado, y no tenía forma de encontrarte después.

Tragué saliva para deshacer el nudo en mi garganta. —Fui al hotel después para buscarte. Les pedí tu información, pero no me la dieron. Incluso intenté decirles que habías olvidado algo importante.

Bernard parpadeó, y sus labios se curvaron en el fantasma de una sonrisa. —Me alegro de no ser el único que lo intentó.

Le di una media sonrisa y alcancé mi bebida. Mientras daba unos sorbos, lo observé por encima del borde, mi mente dando vueltas con la información. Estar sentada frente a Bernard en el café medio vacío parecía surrealista, como si fuera a despertar sola en mi cama en cualquier momento, darme la vuelta y ver la forma dormida de Ron.

Nada de esto se sentía real.

Ni Bernard sentado frente a mí, luciendo como si hubiera ganado la lotería.

Ni su disculpa, con la que había soñado durante años.

Todo este tiempo, él también me había estado buscando, y apenas podía creerlo.

—El trabajo sigue siendo tuyo si lo quieres, Rachel —continuó Bernard después de una larga pausa. Acercó su plato hacia él y comió algunas de las patatas fritas antes de mirarme—. Solo necesito que me digas una cosa.

Le hice un gesto para que continuara.

—Sé que tienes un hijo. ¿Es mío?

Me quedé helada, con la cuchara a medio camino de mis labios. Cayó sobre la mesa con un estrépito mientras se me cortaba la respiración. —¿Cómo supiste de mi hijo?

—Investigo a fondo cuando se trata de empleados —respondió Bernard, desviando la mirada de mi rostro y fijándola en un punto sobre mis hombros—. Solo necesito saber la verdad, Rachel.

Sin previo aviso, empujé mi silla hacia atrás con un chirrido y me puse de pie de un salto. —Yo... gracias por el almuerzo, pero realmente tengo que irme. Tengo algunos recados que hacer.

Bernard se puso de pie. —No has respondido a mi pregunta.

—Lo sé, pero hablemos de esto más tarde, ¿de acuerdo? Realmente no tengo más tiempo. —
Rebusqué en mi bolso y saqué unos billetes nuevos—. No estoy segura de si todavía me quieres
como tu ama de llaves o no, así que si pudieras pedirle a Mary que se ponga en contacto
conmigo, sería genial.

Bernard negó con la cabeza ante mi dinero. —El almuerzo corre por mi cuenta. Yo me encargo
de esto.

Bajé la mano y me aclaré la garganta. —Gracias. Lo siento por esto.

Antes de que pudiera responder, giré sobre mis talones y me apresuré a alejarme, mi respiración
sonando fuerte en mis oídos. A unos pasos de distancia, lancé una mirada por encima de mis
hombros, y mi estómago se retorció al ver la expresión abatida en el rostro de Bernard.

Como si le hubieran dado una patada en el estómago.

Pero hasta que estuviera segura de que iba a ser un buen padre, era mi trabajo proteger a Ron.

Después de todo, yo era la única familia que él conocía.

Capítulo 11: Confesiones

Rachel

—Ya estoy en casa —anunció Taylor antes de que la puerta se cerrara tras ella—. ¿Dónde están todos?

Me giré hacia un lado y le hice un gesto con la mano desde mi lugar en la alfombra de la sala. Ron estaba sentado frente a mí, con el ceño fruncido y una expresión de intensa concentración en su rostro. Sus dedos se movían constantemente sobre las hojas de papel y los crayones cuidadosamente alineados frente a él.

Taylor dejó su bolso junto a la puerta y se quitó los zapatos de una patada. —¿Qué están haciendo en el suelo?

—Estamos coloreando, tía Tay —respondió Ron sin levantar la mirada—. ¿Quieres venir a colorear con nosotros?

Taylor se pasó una mano por la cara y se apartó el cabello de los ojos. —Me encantaría.

Lentamente, se sentó en el suelo junto a nosotros y acomodó los pliegues de su falda a su alrededor. —¿Cómo estuvo tu día hoy, amiguito?

—Estamos aprendiendo sobre números en la escuela —respondió Ron, haciendo una pausa para limpiarse la cara con la mano—. No me gustan los números. Son aburridos.

Taylor le dio unas palmaditas en la cabeza. —Estoy segura de que se volverán más interesantes.

Me acomodé las piernas debajo de mí y estiré los brazos por encima de mi cabeza. —¿Y qué tal tu maestra, cariño? ¿Te cae bien?

—La señora Thornhill es graciosa —dijo Ron, deteniéndose para mirarme y sonreír—. Y es inteligente como tú, mami.

Me incliné hacia adelante y le di un beso en la cabeza. —Te amo, bebé.

Ron dejó sus colores y se sentó más derecho. —Mami, ¿puedo bañarme ahora? Estoy cansado.

Asentí y me puse de pie. —Vamos a llenar la bañera.

Al pasar, le lancé una mirada significativa a Taylor. Ella esperó hasta que estuvimos en la puerta de nuestra habitación antes de levantarse y caminar hacia el refrigerador. Acompañé a Ron al baño y escuché su historia mientras esperábamos que se llenara la bañera. Una vez que estuvo lista y el agua lo suficientemente cálida, Ron se apresuró a quitarse la ropa y entró. Le entregué todos sus juguetes antes de revolverle el cabello.

—Estaré afuera con la tía Taylor. Llámame si me necesitas, bebé.

En la puerta del baño, me detuve un momento y lo observé, con su cabello rubio pegado a la frente. Se lo apartó de los ojos y jugó con sus figuras de acción, haciendo ruidos suaves. Cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando, me dedicó una sonrisa que hizo que mi corazón creciera al doble de su tamaño.

Le devolví la sonrisa antes de irme.

Taylor me esperaba en la mesa del comedor, con nuestros platos de comida ya servidos y dos copas de vino a cada lado. Levantó la suya, tomó unos sorbos y suspiró. Aparté mi silla y me hundí en ella.

—¿Cómo estuvo tu día?

Taylor me miró por encima del borde de su copa. —Igual que siempre. Sé que en realidad no quieres hablar de mi trabajo, así que suéltalo.

—El padre de Ron vino hoy.

Taylor se enderezó, casi derramando parte de su bebida. —¿Vino a dónde? ¿Aquí?

Asentí y tomé un largo sorbo de mi bebida, haciendo una mueca cuando me quemó la garganta. —Tuve que poner tu dirección en mi currículum para la referencia.

Taylor dejó su bebida y soltó un suspiro. —¿Qué hiciste? ¿Cómo se sintió tenerlo aquí?

—Se sintió extraño —recogí mi tenedor y lo giré alrededor de la pasta—. No sé cómo explicarlo de otra manera. Fue como si dos mundos colisionaran.

Taylor acercó su propio plato hacia ella. —Entonces, ¿vas a contarme qué pasó o vas a seguir

alargando esto?

—No estoy tratando de alargarlo. Solo estoy procesándolo —respondí, negando con la cabeza. Con un suspiro, tomé un bocado de mi pasta, la rica y sabrosa salsa de tomate explotando en la punta de mi lengua—. Me invitó a almorzar y dije que sí. Fuimos a ese café que nos gusta a ti y a mí.

—¿Te está despidiendo?

—No, no me está despidiendo. Me dijo que el trabajo sigue siendo mío si lo quiero, y le dije que sí lo reconocía.

—¿Por qué le dijiste eso?

—¿Porque no quería mentir? No sé. Simplemente no sentí que hubiera razón para ocultárselo.

Taylor alcanzó su bebida y tomó unos sorbos entre bocados de comida. —Está bien, ¿y qué tuvo que decir al respecto?

—Me dejó una nota la noche que se fue —le dije con el ceño fruncido—. No sé cómo no la vi, pero me dijo que tuvo que irse porque había una emergencia en el trabajo.

Taylor me miró desde el otro lado de la mesa. —¿Le crees?

—Sí.

Taylor se aclaró la garganta. —Entonces, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Todavía vas a ir a trabajar para él?

—Tengo un problema más grande del que preocuparme —dejé mi tenedor y respiré profundamente—. Sabe sobre Ron.

Los ojos de Taylor se abrieron como platos. —¿Se lo dijiste? Pensé que no estabas segura de querer que él estuviera en la vida de Ron.

—No lo estoy, pero me dijo que había investigado y lo sabe.

Taylor tomó un largo sorbo de su bebida antes de dejarla. —Está bien, tal vez esto no sea algo malo. Tenía que saberlo tarde o temprano, ¿no?

—Pero no así. ¿Y si intenta quitármelo, Tay?

—¿Por qué intentaría quitártelo? Sigues siendo la madre de Ron.

—Sí, pero no tengo el mismo tipo de recursos que él. Bernard es rico, Tay. Podría darle a Ron todo lo que yo no puedo. Puede darle una vida mucho mejor.

Y yo me estaba interponiendo en eso porque estaba insegura y paranoica.

¿Cómo podía siquiera dudar en un momento como este?

Considerando que Bernard tenía mi destino profesional en sus manos, con mis turnos en el restaurante reduciéndose casi a nada, sabía que no era una decisión inteligente convertirlo en mi enemigo. Ciertamente, Bernard había sido tanto amable como generoso hasta ahora, pero era porque no sabía la verdad.

En el momento en que supiera que Ron era suyo, todo iba a cambiar.

Y no quería que lo hiciera.

Quería que siguiéramos viviendo en nuestra burbuja donde estábamos a salvo, seguras y protegidas.

Donde Bernard nunca pudiera romper nuestros corazones.

—Tener dinero no significa que pueda darle a Ron todo lo que necesita —argumentó Taylor, sus ojos brillando con emoción—. El dinero no lo es todo, Rach. Nada puede reemplazar el amor y el afecto, y ninguna cantidad de dinero puede comprar eso.

—Él puede intentarlo.

—¿Dices esto porque realmente crees que se llevará a Ron o porque temes que lo haga?

Hice una pausa y alcancé mi bebida. Con el ceño fruncido, miré fijamente a Taylor, una mujer que conocía desde la secundaria, e intenté determinar qué decirle. Habiendo abierto su hogar y su corazón para nosotros, lo último que quería era insultarla u ofenderla de alguna manera. Sin embargo, tampoco podía negar que Taylor no tenía idea de lo que estaba hablando.

Ella no sabía lo que era cometer errores.

O perder el control por una noche.

Por lo que a Taylor respetaba, había reglas por una razón, y mantenerse dentro de los límites toda su vida le había dado la vida que quería. Tenía una hermosa casa en los suburbios, un trabajo que amaba y el tipo de estabilidad financiera que la mayoría de la gente anhelaba. Aunque Taylor era generosa y no había dudado cuando la necesité, sabía que nunca iba a entender cómo era para mí.

Verme obligada a saltar de un trabajo a otro.

Nunca tener la oportunidad de demostrar lo que valía.

No me arrepentía de tener a Ron, y nunca lo haría.

Sin embargo, de vez en cuando, me encontraba preguntándome si había tomado la decisión correcta al criarlo yo misma. No solo estaba lejos de donde quería estar en mi vida, sino que también luchaba con nuestras finanzas diarias, sin señales de un respiro. Y los gastos de Ron solo iban a aumentar, especialmente con la escuela a la vuelta de la esquina.

Estaba siendo irracional e irrazonable.

—Tienes razón. —Dejé mi bebida y me froté la cara con una mano—. Bernard no ha hecho nada malo, pero eso no significa que no lo vaya a hacer.

—No puedes estar conteniendo la respiración todo el tiempo y esperando a que la fastidie —me dijo Taylor con un movimiento de cabeza—. Necesitas darle una oportunidad antes de culparlo por algo que no ha hecho.

—Sé que tienes razón. Es solo que... esta vez es diferente, Tay. No se trata solo de mí.

—Lo sé, pero tú eres quien sabe lo que es crecer sin una familia —señaló Taylor con una suave sonrisa—. ¿Recuerdas cómo me contaste sobre todos esos años en el orfanato, preguntándote por tus padres y rezando para que tuvieras una nueva familia?

Un nudo se formó en mi garganta. —Lo recuerdo.

Salvar a Ron del mismo destino había sido mi prioridad.

Ahora, se me estaba dando la oportunidad de hacerlo mejor.

Bernard era un buen hombre, y tenía todas las razones para creer que sería un buen padre.

Solo necesitaba darle la oportunidad de demostrarlo.

—Sé que tienes miedo porque no quieres que te lastime de nuevo. Sé lo difícil que fue la última vez —continuó Taylor, alcanzando mis manos a través de la mesa. Tomó ambas manos entre las suyas y las apretó—. Pero ahora sabes que Bernard no quería dejarte. ¿Eso no cambia las cosas?

—Supongo.

Taylor acercó su silla, sus ojos recorriendo mi rostro con firmeza. —Al menos conócelo mejor antes de tomar una decisión. Pasa algo de tiempo con él y ve si sería un buen padre.

—¿Cómo lo sabré?

—Creo que simplemente lo sabrás, cariño. Si sientes que no sería el tipo de padre que Ron necesita, puedes alejarte y no habrá daño alguno.

—¿Y si lo es?

—Entonces lo presentas a Ron y dejas que se conozcan. Estarás ahí todo el tiempo, Rach. Yo también. No dejaremos que nada le pase a Ron.

Escudriñé su rostro. —¿Lo prometes?

—Lo prometo. Mamá, papá y yo estamos aquí para ti. No nos vamos a ninguna parte.

Solté un suspiro. —De acuerdo.

—Piénsalo. —Taylor soltó mis manos y se puso de pie—. Voy a darme una ducha. ¿Vendrás a buscarme si quieres hablar?

Asentí. —Lo haré. Gracias, Tay.

Cuando dobló la esquina y desapareció, recogí los platos y los llevé al fregadero. Los enjuagué con agua caliente y le di vueltas a las palabras de Taylor en mi cabeza. Después de terminar con los platos, me sequé las manos con un trapo y tomé mi teléfono.

Me quedé mirando el número de Bernard durante mucho tiempo.

Luego me duché, y Ron y yo nos cambiamos a nuestros pijamas.

Horas más tarde, todavía estaba sentada en la cama, incapaz de animarme a llamarlo.

Cada vez que pensaba en decirle la verdad, el miedo se asentaba en la boca de mi estómago y el sudor se formaba en la parte posterior de mi cuello. Finalmente, dejé mi teléfono, apagué la luz y me subí las mantas hasta la barbilla.

Bernard estaba en todos mis sueños.

Capítulo 12: Los ojos bien abiertos

Bernard

Me quité las sábanas de encima y me dirigí a la cocina. Allí, rebusqué a tientas, utilizando la pálida luz de la luna hasta que encontré un vaso. Después de llenarlo de agua, me apoyé en la encimera y miré hacia el balcón con vista al cartel de Hollywood.

Solo que no podía dejar de ver el rostro de Rachel.

Vi su pánico y confusión cuando la confronté sobre su hijo.

¿La habría presionado demasiado?

¿Habría una mejor manera de haberlo manejado?

No podía estar seguro.

Lo único que sabía era que había pasado las últimas horas dando vueltas en la cama mientras el sueño me eludía. Después de nuestro almuerzo, había regresado a la oficina y asistido a una interminable serie de reuniones seguidas de un constante aluvión de llamadas telefónicas. Al final de todo, estaba exhausto pero aliviado.

Me había dejado muy poco tiempo para mirar mi teléfono.

Pero Rachel no había abandonado mis pensamientos, ni tampoco el pequeño niño con los ojos familiares.

Con un ligero movimiento de cabeza, terminé el resto de mi agua y miré el reloj en la pared, frustrado al descubrir que eran las tres de la mañana. Afuera, la ciudad dormía mientras un viento feroz aullaba fuera de mi ventana. Acaricié el teléfono en el bolsillo de mi bata y regresé al dormitorio. Cuando encendí la lámpara de noche, proyectó largas sombras por las paredes y dio a la habitación un suave resplandor inquietante.

Exhalé y me arrastré sobre la cama.

Después de colocar ambas manos detrás de mi espalda, miré fijamente al techo e intenté ignorar

el martilleo en la parte posterior de mi cabeza. Después de cinco años de preguntarme y cuestionar la verdad, no podía negar el alivio que sentí ante la admisión de Rachel. Saber que no me había ignorado me hacía sentir un poco mejor.

No había imaginado la conexión entre nosotros aquella noche.

Pero todavía no tenía forma de saber si era suficiente.

Presentarme en su puerta había sido un riesgo calculado, pero había sido necesario. Después de pasar dos días preguntándome y paseando por mi oficina y mi casa, había sabido que ir a casa de Rachel era la única opción que me quedaba. Aunque ella se había mostrado reacia a acompañarme a almorzar, sabía que eventualmente la convencería.

Afortunadamente, había tenido razón.

Pero no tenía idea de cuál sería mi próximo movimiento o cómo persuadirla para que me dijera la verdad sobre su hijo.

Nuestro hijo.

El solo pensamiento de él me llenaba de una extraña sensación de asombro y maravilla.

La mitad de mí quería correr de vuelta allí y exigir verlo. La otra mitad sabía que necesitaba abordar esto con cuidado, dándole a Rachel suficiente tiempo y espacio para que viniera a mí por su propia voluntad. Considerando los pequeños pasos que ya habíamos dado, tenía la sensación de que ella llegaría a ese punto.

Incluso si tomaba un tiempo.

Intenté apartar todos los pensamientos sobre ella y me di la vuelta sobre mi costado. Durante un rato, miré fijamente la pared y esperé a que llegara el sueño. Cuando finalmente llegó, el mundo exterior se había vuelto de un tono gris apagado, y los pájaros comenzaban a cantar y llamarse entre sí. Mis párpados se volvieron pesados, y respiré profundamente.

Poco después, sonó mi alarma, y el dolor de cabeza detrás de mis párpados explotó. Con un gruñido, me puse de pie y me tambaleé hacia el baño. Aturdido, me salpiqué agua fría en la cara antes de agarrarme al lavabo. Esperé a que el mundo dejara de inclinarse antes de quitarme el pijama y meterme en la ducha.

Cuando salí, el vapor me siguió hasta mi habitación mientras rebuscaba en el armario. Me preparé un café mientras esperaba que se cargara mi correo electrónico. Luego envié algunas respuestas entre sorbos de café hirviendo. Tan pronto como terminé la primera taza, vertí una cantidad generosa en mi taza de viaje antes de agarrar el resto de mis cosas.

De camino a la salida del apartamento, me detuve en el umbral y miré alrededor.

Todo estaba intacto y estéril.

Exactamente como me gustaba.

Pero no sabía si quería que siguiera así por mucho tiempo.

No si eso significaba no tener a Rachel y a nuestro hijo en mi vida.

En el ascensor, hice una mueca ante mi reflejo, frunciendo el ceño ante las ojeras y el cabello despeinado. Una vez que la puerta se abrió, dejé de arreglarme el cabello y salí con paso firme al vestíbulo. Jonathan me esperaba en su lugar habitual afuera, sus ojos oscuros brillantes y alertas. Me saludó con un asentimiento mientras sostenía la puerta abierta para mí. El sol de la mañana temprana era cálido en mi espalda cuando entré.

En la parte trasera del coche, me desabroché la chaqueta y me recosté en el asiento de cuero. Tomé sorbos rápidos de mi café mientras revisaba el resto de mi correo electrónico. Una vez que nos detuvimos frente a la oficina, alguien me sostuvo la puerta abierta. Saqué mi teléfono y lo sostuve frente a mi cara todo el tiempo. No levanté la vista hasta que llegué a mi piso y pasé por las filas y filas de cubículos.

Algunas personas levantaron la vista y me saludaron al pasar.

Les ofrecí a todos una sonrisa educada antes de detenerme en el escritorio de Mary.

Ella levantó la vista de su computadora y se puso de pie cuando me notó. Luego, se alisó la parte delantera de su camisa y dejó caer las manos a los costados.

—Buenos días, señor Shaw.

—Buenos días a ti también, Mary. ¿Puedes ponerte en contacto con la señorita Booth y pedirle que comience de inmediato? Ya que pudimos resolver nuestros conflictos de horarios, me gustaría que empiece inmediatamente.

Mary asintió.

—Por supuesto, señor. ¿Habrá algo más?

—Sí, me gustaría que le pidieras que se quede y me espere hasta que regrese.

—Sí, señor.

—Tengo una reunión con un cliente importante. ¿Puedes retener todas mis llamadas, por favor?

—Por supuesto, señor. —Los dedos de Mary se movieron sobre la tableta a la velocidad del rayo, sus ojos nunca abandonaron mi rostro—. ¿Algo más, señor Shaw?

—No, gracias, Mary. —Tomé un sorbo de mi café y le entregué la taza. Ella dejó la tableta para tomarla de mí. Luego giré sobre mis talones y entré a grandes zancadas en la oficina, dejando que la puerta de cristal se cerrara tras de mí. Unas horas más tarde, cuando había terminado con el trabajo y el sol se había hundido bajo el horizonte, recogí mis cosas y me dirigí directamente a los ascensores.

Jonathan me esperaba en su lugar habitual junto a la acera, debajo de una farola.

Mi estómago estaba hecho un nudo durante todo el viaje.

Una vez que llegué al edificio de apartamentos, saludé al portero en mi camino hacia el ascensor. Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho cuando las puertas se abrieron con un timbre, dando paso al pasillo alfombrado. Introduje la llave en la cerradura, y mi corazón dio un vuelco cuando escuché el familiar clic. El aroma de arroz al vapor, verduras y pollo al curry me llegó primero, haciendo que mi estómago gruñera.

Rachel apareció por la esquina, luciendo hermosa en sus vaqueros y camiseta. Juntó las manos detrás de la espalda y se aclaró la garganta. —Mary me llamó para decirme que querías que te esperara.

Dejé mi bolsa en el suelo y me aclaré la garganta. —Sí, aún necesitamos revisar algunos detalles más sobre tu empleo.

Rachel estudió mi rostro antes de asentir. —Lo que necesites, señor Shaw.

—Por favor, llámame Bernie —señalé el sofá y esperé. Un momento después, ella se dirigió a la

sala y se sentó en el borde del sofá, con vistas a una chimenea con un televisor montado sobre la repisa. Me senté en el otro extremo del sofá y me giré para mirarla.

—¿Qué edad tiene tu hijo?

Rachel me dio una mirada confusa. —¿Qué tiene que ver eso con algo?

—Estoy seguro de que puedes entender mi preocupación como tu empleador. Quiero asegurarme de que podrás manejar el trabajo.

Rachel se puso tensa. —Sé cómo mantener un trabajo y sé cómo ser una buena madre para mi hijo.

—Por supuesto. No estaba tratando de insinuar lo contrario.

—¿No lo estabas?

Negué con la cabeza. —Claro que no. Solo quería asegurarme de que tienes un buen sistema de apoyo para ti y para él.

—Vivimos con mi amiga, que ha sido de gran ayuda, y sus padres también nos ayudan. Tengo suerte de tenerlos.

Resistí el impulso de acercarme más a ella. —¿El padre del niño no está en el panorama?

—No está en el panorama —respondió Rachel con calma—. Ron tiene cinco años y nunca ha conocido a su padre.

Inhalé bruscamente. —¿Has intentado contactar al padre?

—Lo intenté.

Mi estómago se contrajo. —¿Él no quería ser parte de la vida de Ron?

—No pude contactarlo —admitió Rachel después de una breve pausa—. Sé lo que estás tratando de hacer, Bernie. Desearía que simplemente me preguntaras lo que quieres saber.

—¿Por qué no me hablaste de él?

Rachel se pasó una mano por la cara y exhaló profundamente. —Al principio, fue porque no

podía localizarte. Tuve que criar a Ron como madre soltera, y creo que lo he hecho bastante bien por él, considerando todo, pero sé que hay cosas que no puedo proporcionarle.

—¿Como qué?

—Como un padre, pero Ron tiene una vida hogareña estable y feliz. No quiero arruinar eso.

—¿Es por eso que has sido reacia a decirme la verdad?

Los ojos azules de Rachel se posaron en mi rostro, una miríada de emociones bailando en su cara. —No te lo dije porque no sé si quieres ser parte de su vida. Tienes una buena vida, Bernie.

Me acerqué un poco más a ella, dejando unos centímetros de espacio entre nosotros. —¿Y si quisiera ser parte de su vida? Mira, sé que las cosas se complicaron entre nosotros, pero nunca me habría perdido su vida si lo hubiera sabido. No quiero estar al margen más, Rachel. Quiero ser parte de la vida de Ron.

Rachel inhaló bruscamente. —¿Estás seguro de eso? Este es un compromiso de por vida, Bernie. No lo digas si no sabes lo que significa.

—Sé que las cosas deben haber sido difíciles para ti como madre soltera, pero ya no tienes que luchar sola —continué antes de tomar sus manos entre las mías—. Ahora que nos hemos encontrado de nuevo, puedo ayudarte.

Los ojos de Rachel se abrieron de par en par y sus labios se entreabrieron. —No quiero que hagas nada que no quieras hacer, Bernie.

Levanté a Rachel y la atraje hacia mí para abrazarla.

Olía a canela y cítricos.

Hizo que mi estómago diera un vuelco y mi corazón saltara un latido.

—Quiero cuidar de ambos —dije en su cabello—. Espero que me lo permitas.

Rachel me abrazó con más fuerza y no dijo nada.

Capítulo 13: Íntimo

Rachel

—No se lo he dicho a Ron —susurré en su oído—. No he descubierto cómo decírselo.

Bernard se movió y se apartó para mirarme. —Podemos decírselo juntos cuando te sientas cómoda y creas que es el momento adecuado.

Hice una pausa. —¿De verdad estás dispuesto a esperar?

—He esperado cinco años. Puedo esperar un poco más.

Mi corazón latía con fuerza en mis oídos mientras alcanzaba entre nosotros y acunaba su rostro entre mis manos. —No puedo creer que me dejaras una nota.

Bernard me dio una suave sonrisa. —Por supuesto que lo hice. No he olvidado nuestra noche juntos, Rachel. ¿Cómo podría?

—Siento no haber podido encontrarte.

Bernard negó con la cabeza y se inclinó hacia mi toque. —No hay nada por lo que disculparse. Lo importante es que nos encontramos.

Aclaré mi garganta e intenté apartarme.

Pero no pude.

Estar con él de nuevo estaba trayendo todo tipo de sentimientos, aquellos que había intentado enterrar durante los últimos cinco años y olvidar. Estar frente a él de nuevo, después de todo este tiempo, los estaba sacando todos a la superficie, y no quería luchar contra ellos. Con una pequeña sonrisa, me aparté de Bernard y pasé una mano por mi rostro.

—Debería irme a casa. Ron me estará esperando —susurré sin mirarlo.

—¿Quién lo está cuidando ahora?

—Probablemente los padres de Taylor. Taylor ya debería estar en casa. —Eché un vistazo al

reloj antes de volver a mirar su rostro—. Es un niño realmente bueno.

—Estoy seguro de que lo es. —Bernard dio un paso hacia mí y estudió mi rostro—. ¿No puedes quedarte a cenar?

Solté un suspiro. —Déjame llamar a Taylor y ver si puede cuidarlo.

Bernard asintió mientras me alejaba de él.

Pasé rozando a su lado y agarré mi bolso del mostrador de la cocina. Mientras rebuscaba en él, ignoré los latidos de mi corazón e intenté no pensar demasiado en nada. Invitarme a quedarme a cenar no significaba nada. Bernard y yo todavía teníamos mucho que resolver en lo que respecta a Ron.

Y era mejor si no complicábamos más las cosas.

Actuar según nuestros sentimientos y atracción mutua era una idea horrible.

Pero no podía dejar de imaginarlo.

—Oye, ¿estás de camino de vuelta? —Taylor le dijo algo a Ron en el fondo antes de que su voz volviera, sonando clara y alegre—. Ron está preguntando por ti.

—Quiere que me quede a cenar —susurré, haciendo una pausa para lanzar una mirada rápida por encima de mi hombro a Bernie. Se había movido a las puertas del balcón y estaba mirando la vista—. No sé si debería. ¿Qué piensas?

—¿Él sabe sobre Ron?

—Lo sabe.

Taylor exhaló. —Entonces esta es tu oportunidad de tener una conversación sincera con él. Ustedes dos tienen mucho de qué hablar. Mi mamá y yo podemos bañar a Ron antes de acostarlo.

—No olvides leerle un cuento. No puede dormirse sin él.

—No te preocupes. Yo me encargo —me aseguró Taylor en voz baja—. Intenta divertirte, ¿de acuerdo? Esto es algo bueno.

—Dale un abrazo a Ron de mi parte. Volveré pronto. Gracias, Tay.

—De nada —respondió Taylor con voz cantarina—. No hagas nada que yo no haría.

Con eso, colgó y la línea quedó muerta. Esperé unos segundos más antes de apartar el teléfono de mi oreja. Luego me acerqué flotando a donde Bernard estaba parado y miré al balcón con él. Sin decir una palabra, tomó mi mano y me llevó a la mesa del comedor. A pesar de mis protestas, insistió en poner la mesa él mismo, completa con un mantel, una vela en el centro y una botella de vino que sacó del refrigerador.

Lo observé sacar la comida del horno, y se me secó la boca.

Necesitaba poner en orden mis prioridades.

Esta cena era sobre Ron, no sobre nosotros.

Pero cuando se sentó frente a mí, sirvió mi comida y vertió una copa de vino, se formaron nudos en el centro de mi estómago. Se mantuvieron durante toda la cena mientras hablábamos y reíamos, y le contaba historias sobre Ron cuando era un bebé. Cuando la cena llegó a su fin, me di cuenta de que habían pasado dos horas y yo seguía demorándome con mi segunda copa de vino.

En silencio, lo ayudé a limpiar la mesa y lavar los platos.

Su mano seguía rozando la mía, enviando descargas de electricidad por mi columna. No dejaba de lanzarle miradas furtivas, a su rostro angular y suave, y me encontré preguntándome si aún se sentiría tan bien como recordaba. Con un pequeño movimiento de cabeza, me alejé y me dirigí directamente a la puerta.

Bernard se apresuró tras de mí, sosteniendo mi bolso en sus manos. —Casi te olvidas de esto.

—Gracias. —Nuestras manos se rozaron cuando extendí la mía para tomarlo. Escalofríos recorrieron mi columna. Sus ojos se oscurecieron mientras salvaba la distancia entre nosotros y mi espalda quedaba presionada contra la pared. Mi respiración se entrecortó cuando levantó una mano a cada lado de mí y acercó su boca a centímetros de la mía.

Cubrí la distancia entre nosotros y lo besé.

Él emitió un gruñido bajo en el fondo de su garganta y me atrajo hacia sí. Bernard frotó sus

manos arriba y abajo por mis brazos desnudos, haciendo que las mariposas en mi estómago estallaran. Agarré un puñado de su camisa y gemí.

Así era como se suponía que debía sentirse entre nosotros.

Así era como se suponía que debía sentirse todo el tiempo.

¿Cómo había dejado que me olvidara de esto?

¿Olvidarme de él?

Sus manos se movieron de mis brazos a mi cintura, y hundió sus dedos. Eché la cabeza hacia atrás y entrelacé mis dedos detrás de su cuello. Cada beso y cada caricia me llevaban más y más cerca del límite, borrando cada inseguridad y cada duda que tenía sobre nosotros dos. Me levantó, de modo que mis piernas rodearon su cintura. Luego me llevó al dormitorio, presionando besos calientes y húmedos a lo largo de mi cuello todo el camino.

Todo mi cuerpo se sentía como si estuviera en llamas desde adentro hacia afuera.

Como si fuera a explotar en un millón de pedazos, y él fuera lo único que me mantenía entera. Me aferré a él e ignoré el fuerte latido en mi pecho. Me dejó en el borde de la cama y se alejó. Bajo la suave luz de la lámpara, me estudió, sus ojos recorriendo desde la parte superior de mi cabeza hasta la punta de mis pies, dejando un rastro de calor a su paso.

Cuando terminó, extendí mis brazos hacia él, mis dedos temblando mientras le ayudaba a quitarse la ropa. Alcancé a ver su piel suave y bronceada antes de que su boca estuviera sobre la mía de nuevo. Con un suspiro, cerré los ojos y me dejé caer hacia atrás. El tacto de Bernard era abrasador y exigente mientras se movía sobre mi cuerpo. De repente, se puso de pie y me ayudó a levantarme.

—Quiero verte —susurró Bernard con voz ronca—. Quiero ver cada centímetro de ti, Rachel.

—Quiero que lo hagas —murmuré antes de levantar mis manos sobre mi cabeza. Bernard me ayudó a quitarme la camiseta antes de pasar a mis vaqueros. Luchó con la cremallera, haciendo ruidos guturales todo el tiempo. Una vez que los bajó por mis caderas, salí de mis vaqueros y los aparté de una patada.

Los ojos de Bernard no abandonaron mi rostro mientras se arrodillaba frente a mí, quedando de rodillas sobre la alfombra. Se aferró a mi cintura y presionó besos ardientes a lo largo del interior

de mis muslos. Ola tras ola de deseo se acumuló dentro de mí, creciendo más fuerte y poderosa hasta que separó mis piernas y presionó un beso en mi centro.

Enredé mis dedos en su cabello y eché la cabeza hacia atrás.

—Oh, Bernard. Se siente tan bien.

—Apenas estamos empezando, Rachel —dijo Bernard entre besos. Insertó un dedo entre mis pliegues húmedos, luego otro—. Tengo cinco años que compensar, y apenas estoy comenzando.

Cuando insertó otro dedo, mis caderas se sacudieron y me froté contra él. Nos movió de manera que caí de espaldas sobre la cama, con él aún entre mis piernas. Bernard agarró mis caderas y su lengua salió disparada, trazando un camino directo hacia mi montículo de nervios. Algo familiar se tensó en el centro de mi pecho. Giré la cabeza hacia un lado y gemí.

—Sabes tan bien, Rachel —murmuró Bernard.

Podía sentir sus ojos sobre mí.

Cuandoforcé mis ojos a abrirse y lo miré, casi me deshice allí mismo. Sus ojos azules estaban llenos de hambre y anhelo, y no podía apartar la mirada.

No quería hacerlo.

No cuando me miraba como si yo fuera lo único que importaba en el mundo.

Bajó la cabeza y se movió contra mí, haciendo ruidos graves todo el tiempo.

—Oh, Bernard. Se siente increíble —respiré, con manchas bailando en mi campo de visión—. No quiero que pares.

—No lo haré —gruñó Bernard, su voz reverberando en mis oídos. Continuó moviéndose, deslizando su lengua de un lado a otro hasta que mi pulso se aceleró y mi pecho explotó. Me estremecí contra él, y me mantuvo quieta mientras cabalgaba mi clímax. Una vez que mi visión se aclaró, me depositó en la cama y se subió encima de mí.

Los labios de Bernard encontraron los míos, y me saboreé en él.

Con un movimiento rápido, embistió dentro de mí.

Envolví mis piernas alrededor de su torso y gemí.

—Te sientes mucho mejor de lo que recuerdo.

—Tú también —Bernard colocó sus brazos a ambos lados del cabecero y giró sus caderas—. Oh, Rachel. Te he extrañado tanto.

Respondí a cada embestida con una propia mientras nos mecíamos el uno contra el otro. Cuando comencé a arañar su espalda con mis dedos, bajó la cabeza y tomó un pezón entre sus dientes. Chupó y lamió antes de pasar al otro, dejándolos tan duros como guijarros.

Estaba empapada y desesperada por él.

Y aún quería más.

Quería que cada parte de él me llenara.

Hasta el fondo de mi alma.

Bernard levantó la cabeza y me besó de nuevo, con más fuerza esta vez. Mordí su labio inferior, y nuestras lenguas comenzaron una batalla sensual por el dominio. Su ritmo aumentó, y comenzó a embestir más fuerte, moviéndose con un abandono salvaje y animal. Otra ola de placer se acumuló dentro de mí, y apenas podía oír más allá del latido en mis oídos.

Me deshice de nuevo, cantando su nombre mientras lo hacía.

La liberación de Bernard llegó poco después, y se mantuvo quieto mientras se vaciaba dentro de mí. Besé su frente y lo mantuve contra mí. Una vez que su respiración volvió a la normalidad, salió de mí suavemente y se desplomó sobre el colchón. Luego me acurrucó a su lado y besó el costado de mi cabeza.

Capítulo 14: En profundidad

Bernard

—¿Por qué no estás durmiendo?

Rachel levantó los brazos por encima de su cabeza y se estiró. —No puedo dormir. No puedo creer que esté aquí.

Lentamente, extendí mi mano entre nosotros y acuné su rostro. —Yo tampoco puedo creerlo.

Rachel se giró de lado para mirarme. Colocó una mano sobre mi pecho, encima de mi corazón palpitante, y la otra debajo de mi barbilla. Vi la emoción bailando en la profundidad de sus ojos, y eso hizo que mi pulso se acelerara.

¿Estaba soñando?

¿Rachel estaba realmente aquí después de todo este tiempo?

Había pasado tanto tiempo soñando con cómo sería verla de nuevo, tenerla en mis brazos, que ya no se sentía real. Sin embargo, aquí estaba, oliendo a cítricos y limón y mirándome como si fuera el único hombre en el mundo. Se acercó más, y pude ver cada pestaña individual.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa, y una oleada de emoción se elevó en mi pecho.

Quería cuidar de ella.

Quería hacerlo todo por ella.

Y por nuestro hijo.

—Conozco esa mirada —bromeó Rachel, sus ojos azules iluminándose con diversión—. ¿En qué estás pensando?

—En ti y en Ron —le dije, haciendo una pausa para trazar con mi pulgar el costado de su mandíbula. Ella se estremeció, y mi estómago dio un vuelco—. Simplemente no puedo creer que hayas estado aquí todo este tiempo. ¿Por qué terminaste mudándote al centro de Los Ángeles?

Rachel quitó una mano y la dejó caer entre nosotros. La otra se movió de mi barbilla a la parte posterior de mi cuello. Jugó con el cabello en mi nuca, enviando escalofríos de deleite por mi columna vertebral.

Sabía que deberíamos quedarnos así para siempre.

—Cuando me enteré por primera vez de que estaba embarazada, no estaba segura si quería quedármelo —susurró Rachel, sus ojos recorriendo constantemente mi rostro—. Como nunca conocí a mis padres, no estaba segura si podría hacerlo sola.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Taylor, mi amiga —respondió Rachel con una pequeña sonrisa—. Y ese día que fui a la clínica para abortar, vi a una niña pequeña con su madre, y simplemente no pude hacerlo.

Besé su frente y exhalé. —Me alegro de que no lo hicieras.

—Yo también. Honestamente, no puedo imaginar mi vida sin Ron.

—No puedo esperar para conocerlo.

Rachel se echó hacia atrás, ajustó la almohada detrás de ella y colocó ambas manos contra el lado de su cabeza. —Bernie, me alegro de que nos hayamos encontrado, pero necesito saber que no estás haciendo esto por mí.

Un surco apareció entre mis cejas. —¿De qué estás hablando?

—No quiero que sientas que tienes que conocer a Ron para ser parte de mi vida —continuó Rachel, su expresión volviéndose solemne—. Pase lo que pase entre nosotros dos, deberías querer ser parte de la vida de tu hijo.

—Por supuesto que quiero. —Apreté sus manos y solté un suspiro—. Esto no se trata solo de nosotros.

—Bien, porque la última vez que me permití creer... no terminó bien.

—¿Qué quieres decir?

—Empecé a salir con alguien poco después de enterarme de que estaba embarazada. Al principio

pareció estar de acuerdo, e incluso pensé que estaba feliz por ello, pero cuanto más tiempo pasaba, más resentido se volvía. —Rachel hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Al final, me dijo que no quería quedar en segundo lugar después del bebé.

—Es un idiota.

—Lo era —concordó Rachel, sacudiendo la cabeza—. Pero me hizo un favor al irse. No había lugar para él en la vida de Ron ni en la mía, así que estamos mejor sin él.

—Sin ánimo de ofender, pero me alegro de que se fuera también.

El color subió por el cuello de Rachel y tiñó sus mejillas. —Gracias.

—No tienes idea de cuánto tiempo he soñado con esto —le dije, haciendo una pausa para apartar el cabello de sus ojos—. Realmente estás aquí.

Rachel soltó una risita, y el sonido hizo que mi estómago diera un vuelco. —Yo tampoco puedo creerlo.

—Quiero recoger a Ron de la escuela mañana. —Me apoyé sobre mis codos, sin apartar los ojos de su rostro—. Sé que es un poco pronto para mencionarlo, pero quiero que se acostumbre a la idea de mí.

Rachel se sentó y se cubrió el pecho con las sábanas. —Yo también quiero eso. Podemos recogerlo juntos.

—¿Qué hay de llevarlo?

—Puedo llevarlo yo si es demasiado temprano para ti —ofreció Rachel después de una breve pausa—. Sé que tienes mucho trabajo que hacer por las mañanas.

Negué con la cabeza. —Puedo arreglármelas. Iré a la oficina un poco más tarde, y puedo tomar mi descanso para almorzar e ir a recoger a Ron contigo. Por la mañana, el chófer y yo los recogeremos a los dos, y por la tarde, haré que Jonathan venga a buscarlos antes de que venga a recogerme a mí.

Las cejas de Rachel se juntaron. —¿Estás seguro de que no es demasiado? No quiero que te metas en problemas en el trabajo ni nada.

Me reí. —Rach, soy el presidente de mi propia empresa. Yo hago las reglas.

—Sí, pero no quiero que nadie piense que estás por encima de ellos o algo así.

—No lo harán. —Le di una pequeña sonrisa—. Trabajo duro, y también lo hace todos los demás en la empresa. Sé que está en buenas manos.

Rachel tomó una respiración profunda. —Hay un evento en la escuela de Ron. Tienen este concierto y quieren que los padres ayuden con las decoraciones antes y la limpieza después. No estoy segura si esto es algo que te interesaría.

Sonreí. —Me encantaría ayudar. ¿Cuándo es?

—En unas semanas —admitió Rachel, dándome una sonrisa tímida—. Sé que es con poca antelación. Si no puedes hacerlo, está bien.

Descarté su comentario con un gesto. —Estaré allí.

Rachel asintió, más para sí misma. —Me alegro. Estoy segura de que Ron lo apreciará algún día.

—Eso espero. Gracias por invitarme.

Rachel se movió y me dio la espalda. Balanceó sus piernas sobre el borde de la cama y se puso de pie. En silencio, la observé buscar su ropa mientras admiraba su forma desnuda desfilando por mi habitación. Finalmente, me levanté y la ayudé a buscar debajo de la cama, donde encontramos su camisa. Sus vaqueros estaban tirados sobre el respaldo de la silla de mi escritorio. Rachel sonrió y agitó su sujetador y ropa interior cuando los encontró en la entrada del baño.

Su sonrisa se desvaneció mientras se daba la vuelta para vestirse. —Ojalá no tuviera que irme, pero nunca he pasado la noche lejos de Ron.

Me puse mi propia ropa y aclaré la garganta. —Por supuesto, lo entiendo. Es demasiado pronto.

Rachel se echó el pelo sobre los hombros y giró para mirarme. —¿Qué estás haciendo?

—Me estoy vistiendo también, para llevarte a casa.

Rachelladeó la cabeza y frunció el ceño. —No tienes que hacer eso.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

—Bernie, es demasiado. Yo...

—Mereces que te cuiden —la interrumpí, deteniéndome para darle un rápido beso—. Ahora, démonos prisa y llevémoste a casa antes de que sea demasiado tarde.

Rachel me siguió fuera de la habitación. Recogió su bolso del suelo, con otro rubor extendiéndose por sus mejillas. En el ascensor, le tomé la mano y entrelacé mis dedos con los suyos. La conduje al estacionamiento subterráneo, donde me detuve frente a mi auto plateado. Sin decir palabra, ella subió al asiento del pasajero y puso su bolso sobre su regazo.

Salí del garaje, manteniendo una mano en el volante y la otra aún entrelazada con la suya. Rachel presionó su rostro contra el cristal y observó el mundo exterior. Poco después, nos detuvimos frente a la casa de Taylor, y Rachel se inclinó para besarme. Yo sonreía como un idiota mientras esperaba que ella subiera corriendo las escaleras del porche y abriera la puerta.

Me lanzó una mirada por encima del hombro, y yo le hice un gesto con la mano.

Pasé el viaje de regreso a casa tarareando y cantando junto con la radio.

A la mañana siguiente, me levanté antes de que sonara la alarma. En la ducha, me froté todo el cuerpo dos veces y me examiné detenidamente en el espejo. Después de eliminar la barba de varios días que salpicaba mi barbilla y boca, me cambié a un par de pantalones y una camisa abotonada. Luego me dirigí a la cocina y escuché las noticias mientras esperaba que se preparara el café. Una taza de café después, corrí en dirección al ascensor.

Jonathan me llevó a la ciudad con un extraño brillo en los ojos.

Cuando nos detuvimos frente a la casa de Taylor, Rachel estaba esperando en el último escalón con un vestido negro hasta la rodilla, y su cabello recogido en una cola de caballo alta. Se levantó, alisó los pliegues de su vestido y se llevó las manos a la boca. Ron apareció, con la cara roja y una mochila colgada sobre sus hombros. Sus ojos se agrandaron cuando salí del auto, y su mirada osciló entre nosotros dos.

—Este es el buen amigo de mamá, Bernie —presentó Rachel con un gesto amplio de la mano—. Vamos a ir a la escuela con él.

Ron inclinó la cabeza hacia atrás y me miró fijamente. —Te ves bonito como mi mami.

Me reí y me agaché frente a él. —Tu mami es mucho más bonita que yo, ¿no crees?

Ron hizo una pausa y asintió. —Sí, lo es.

—¿Te gustan los juguetes, Ron? Porque tengo una sorpresa para ti en el auto —me puse de pie y mantuve la puerta abierta. Ron soltó la mano de su madre y se apresuró a entrar, en un frenesí de actividad y color. Rachel sonrió y rozó mi mano al pasar. Inhalé y me quedé unos segundos antes de entrar después de ellos.

Ron pasó todo el viaje a la escuela jugando con sus figuras de acción.

Tan pronto como llegamos frente a la escuela, Rachel lo atrajo hacia ella y le arregló la ropa. —Puedes jugar con los juguetes después de la escuela, ¿de acuerdo?

Ron asintió y le sonrió. —De acuerdo, mami.

Juntos, salimos del auto, y yo me quedé con las manos en los bolsillos mientras Rachel se ocupaba de Ron. Le apartó el pelo de los ojos, le quitó pelusas del cuello y ajustó las correas de su mochila. Él le dio un abrazo rápido antes de salir corriendo en dirección a otro grupo de niños.

—Voy a avisarle a su maestra que ayudaremos con el concierto —dijo Rachel—. Vuelvo enseguida.

Bañada por el resplandor del sol de la mañana temprana, Rachel era lo más hermoso que había visto jamás. La observé mientras se acercaba a una mujer de cabello oscuro y grandes gafas. Le estrechó la mano a Rachel cuando terminó y sonrió radiante. Cuando regresó, la sonrisa de Rachel se extendía de oreja a oreja.

Dentro del auto, volví a tomarle la mano y acaricié con mi pulgar el interior de su muñeca. —Jonathan me dejará en el trabajo y te llevará de vuelta al apartamento.

—No tienes que hacer todo esto.

Llevé su mano a mis labios y le di un beso allí. —Tienes que empezar a acostumbrarte a esto porque planeo malcriarlos a ti y a Ron.

Rachel me lanzó una mirada significativa. —Espero que no estés planeando malcriar demasiado a Ron. Aún quiero que conozca el valor de las cosas.

Me reí y le apreté la mano. —No te preocupes. Lo resolveremos.

Antes de salir del auto, le besé la mejilla. Una vez que salí, alcancé a ver brevemente cómo se llevaba una mano a la mejilla, con una suave sonrisa en su rostro. Me dedicó una sonrisa radiante antes de que la puerta se cerrara. Pasé toda la mañana en reuniones y llamadas de trabajo, y Rachel y Ron nunca estuvieron lejos de mi mente.

Por la tarde, cuando Mary me llamó para decirme que Jonathan había regresado, le di las gracias y cogí mi chaqueta. Rachel me estaba esperando en el auto cuando bajé. Esta vez, ella buscó mi mano y se sentó apretada contra mí durante el viaje en auto a la escuela de Ron. Una vez que llegamos, ella salió del auto primero, y yo la seguí.

Ron corrió en nuestra dirección y abrazó a su madre.

Cuando se apartó, Ron rodeó mi torso con sus brazos y sonrió.

Los hice subir al auto con la sonrisa más grande en mi rostro.

Capítulo 15: El otro lado

Rachel

—Siento que apenas te he visto últimamente —comentó Taylor desde su lugar en el pasillo. Se recogió el pelo en lo alto de la cabeza antes de girarse para mirarme, con un surco entre las cejas—. Supongo que las cosas siguen yendo bien con Bernie.

—Mucho mejor de lo que pensaba —admití por encima del borde de mi taza—. No puedo creer lo bien que van las cosas.

Ni lo fácilmente que se había adaptado a nuestras vidas.

Durante las últimas semanas, habíamos caído en una especie de rutina, con Bernie recogiéndonos por la mañana y dejándonos en su casa por la tarde. Al principio, me resistía a cambiar la vida de Ron tan drásticamente, especialmente con tan poco aviso, pero tenerlo conmigo mientras limpiaba y hacía las tareas del hogar significaba menos estrés y presión para Taylor y sus padres.

Dado todo lo que habían hecho por mí, estaba más que feliz de darles un respiro. Saber que Bernie esperaba con ansias volver a casa con nosotros también ayudaba. Por las tardes, cuando llegaba, con aspecto cansado pero satisfecho, Ron corría a recibirlo en la puerta.

Por la noche, Ron jugaba con sus juguetes mientras Bernie y yo nos demorábamos en la cena, apenas pudiendo mantener nuestras manos alejadas el uno del otro. Después de cenar, Bernie insistía en ordenar mientras Ron y yo nos sentábamos frente al televisor. Bernie incluso se había encargado de convertir una de las habitaciones, permitiendo que Ron disfrutara de su tiempo allí durante horas.

Por lo general, eso nos daba tiempo a los dos para estar juntos.

Unos pocos momentos robados aquí y allá no eran suficientes.

Nunca iba a ser suficiente, pero como queríamos ir despacio, sabía que era lo mejor. Poco a poco, Ron se estaba adaptando a la presencia de Bernard en su vida, y yo no podía estar más feliz. Aunque todavía no había encontrado el momento adecuado para decirle la verdad a Ron, sabía que era mejor que lo hiciéramos juntos.

Era una dinámica inusual, pero funcionaba para nosotros.

Pero no podía quitarme la sensación de que Bernard me estaba ocultando algo.

Las últimas semanas habían ido bien, demasiado bien, hasta hace una semana. Desde entonces, Bernard llegaba a casa con una expresión tensa, y pasaba las cenas distraído y preocupado. Todo lo que intentaba para persuadirlo de que confiara en mí no estaba funcionando.

¿Estaba teniendo dudas sobre nosotros?

¿Sobre querer estar en la vida de Ron?

¿Estaba exagerando?

Considerando lo rápido que iban las cosas, sabía que Bernard necesitaba un momento para adaptarse. Haber pasado de estar a cargo de su propia vida y tener todos los detalles resueltos a tener un niño de cinco años del que no sabía nada era un ajuste. Aunque hice todo lo posible para asegurar que la transición fuera sin problemas, nos habíamos enfrentado a más que nuestra parte justa de contratiempos durante las últimas semanas.

Especialmente con Ron volviéndose más apegado.

Como si sintiera que ya no era el único hombre en mi vida.

Taylor entró en la cocina y me apretó los hombros al pasar, devolviéndome al presente de golpe. —Conozco esa cara que estás poniendo. No le des tantas vueltas. Que las cosas vayan bien no significa que algo esté mal.

—Me conoces demasiado bien, Tay —terminé el resto de mi café y enjuagué la taza bajo el agua—. No sé. Es como si estuviera esperando que algo salga mal.

Taylor sacó un yogur y cerró la puerta del refrigerador con la parte posterior de su pierna. —No deberías. Bernie te hace feliz, y por lo que me has contado, es un buen padre para Ron. Eso es lo que importa.

—Ron realmente lo quiere —susurré después de echar un vistazo rápido a la habitación para asegurarme de que Ron seguía en el mismo lugar, coloreando intensamente—. Es extraño lo rápido que los dos han conectado.

—Tal vez Ron lo sabe a algún nivel —Taylor lamió su cuchara y se aclaró la garganta—. Todavía no se lo has dicho, ¿verdad?

—Estamos esperando el momento adecuado para decírselo.

—No esperen demasiado —aconsejó Taylor entre bocados—. Sabes cómo es la gente para chismear. Es mejor que lo escuche de ustedes dos.

—¿Crees que hacer lo del concierto en la escuela es una mala idea?

Taylor negó con la cabeza. —No, creo que es una gran idea. Mis padres están emocionados por conocerlo, por cierto.

Sonó el timbre, y la expresión de Taylor se iluminó. Dejó su yogur y me ganó en la carrera hacia la puerta principal. Giró el pomo y le dio un vistazo a Bernie, que estaba en el umbral. Luego extendió su mano y estrechó la de él.

—Es un placer conocerte finalmente, Bernard. Rachel no ha dejado de hablar de ti.

—Tay —siseé, haciendo una pausa para lanzarle una mirada sucia—. Basta.

—Ella también habla de ti todo el tiempo, Taylor —Bernard dejó caer sus manos a los lados y le dio una sonrisa fácil—. Quería agradecerte por todo lo que has hecho por mí. Tú y tus padres.

Taylor estudió su rostro. —De nada. Rachel y Ron siempre serán familia para nosotros.

—Voy a buscar a Ron —anuncié en voz alta. Le di a Taylor una mirada significativa por encima de mi hombro, pero ella me ignoró. Ron y yo volvimos unos segundos después, y él corrió a abrazar a Bernard. Cuando se apartó y vi la expresión en el rostro de Bernard, mi estómago dio un extraño vuelco.

Ver a los dos juntos nunca dejaba de hacerme feliz.

Ya estaban encontrando cosas para conectar, desde deportes hasta juegos, y no podía estar más contenta. Lentamente, todas mis sospechas e inseguridades respecto a Bernard se estaban disipando. Cada gesto, cada risa y cada palabra que intercambiaban alejaban más y más mis miedos.

Bernard estaba destinado a ser el padre de Ron.

Era evidente en lo protector que era con Ron.

Le di a Taylor un abrazo rápido antes de salir por la puerta. —Sé amable.

—Estoy siendo amable —dijo Taylor en mi oído. Se apartó y se quitó el pelo de la cara—. Los veré en el concierto más tarde.

—Adiós, tía Tay —gritó Ron por encima de su hombro. Le dio un saludo entusiasta antes de subir al coche. Me apresuré a bajar las escaleras y le sonreí a Bernard, quien me sostenía la puerta abierta. Me dio un beso rápido en los labios antes de subir al coche y cerrar la puerta tras de sí.

—El concierto va a ser muy divertido —comenzó Ron, con los ojos saltando entre nosotros dos—. Voy a ser un árbol.

—Vas a ser el mejor árbol —le dije antes de apartarle el pelo de los ojos—. Estoy muy orgullosa de ti, cariño. Y tu profesora me dijo que te has portado muy bien en clase.

—Parece que alguien se merece un choca esos cinco —añadió Bernard con una amplia sonrisa—. ¿Qué me dices?

Ron le dio un choca esos cinco a Bernard antes de inclinarse hacia adelante en su asiento.

—Jonathan, tú también vas a venir, ¿verdad?

—Me encantaría, joven señorito Ron.

Ron se rió y se recostó en su asiento.

—No soy un joven señorito. Soy solo Ron.

Jonathan le sonrió por el espejo retrovisor.

—Por supuesto, señor.

En poco tiempo, el coche se detuvo frente a la escuela de Ron. Él se apresuró a pasar por encima de nosotros y salir por la puerta, casi cayendo de cara en la acera. Ron se recuperó en el último segundo y saltó de un pie a otro. Después de darnos un abrazo rápido a ambos, corrió a través de las rejas de hierro y subió las escaleras de entrada. Una vez que se lo llevaron, volví a entrar en el

coche y esperé a Bernard.

—Ya he hablado con la profesora de Ron sobre nuestra situación, y estuvo de acuerdo en que deberíamos darle la noticia poco a poco.

Bernard alcanzó mi mano y la apretó.

—Bien.

—Por cierto, te adora —añadí con una sonrisa—. Ron no se acostumbra fácilmente a la gente, pero pregunta por ti cuando no estás.

Todo el rostro de Bernard se iluminó.

—Es un gran chico, Rach. Has hecho un trabajo excelente con él.

Usé mi mano libre para colocarme el pelo detrás de las orejas.

—Gracias.

Bernard se acercó más y rozó sus labios con los míos. Suspiré y entrelacé mis dedos detrás de su cuello. Él extendió la mano detrás de mí y presionó un botón, subiendo la mampara entre Jonathan y nosotros. Sonreí en medio del beso, con el enjambre de mariposas estallando en mi estómago. Él arrancó sus labios de mi boca y plantó besos calientes y húmedos por el costado de mi cuello.

Escalofríos recorrieron mi columna vertebral.

Me subí a su regazo y eché la cabeza hacia atrás.

—No deberíamos estar haciendo esto aquí.

—Lo sé. —Bernard enterró su rostro en la curva de mi cuello y exhaló. Gimió—. Es que te echo de menos.

—Yo también te echo de menos. —Exhalé y cerré los ojos con fuerza—. Siempre es difícil dejarte, Bernie.

—Entonces no lo hagas.

Me removí y me aparté para mirarlo. Mi corazón saltó a mi garganta mientras observaba el brillo inusual en sus ojos.

—¿De qué estás hablando?

—Múdate conmigo. —Bernard mantuvo una mano en mi cintura, y con la otra me acariciaba la espalda—. Tú y Ron ya pasan mucho tiempo allí, y no tenemos que compartir habitación. Al menos no de inmediato. Una vez que Ron se acostumbre a la idea, podremos decidir entonces.

Mis oídos zumbaban mientras lo miraba.

—Es demasiado pronto, Bernie.

Y no quería arruinar las cosas por ir demasiado rápido.

Estábamos en un buen momento, todos nosotros, y lo último que quería era poner eso en peligro por adelantarnos. Estar con Bernard durante las últimas semanas había sido maravilloso, pero eso no significaba que estuviéramos listos para vivir juntos.

Y no significaba que Ron estuviera listo para que fuéramos una familia.

—No es lo suficientemente pronto —discrepó Bernard, sus ojos azules volviéndose ardientes—. Quiero que los dos estén conmigo. Quiero que seamos una familia.

—Ya somos una familia.

Bernard negó con la cabeza.

—Quiero que seamos una familia que vive junta.

Solté un suspiro.

—¿Puedo pensarlo?

—Por supuesto.

—Hemos llegado, señor. —La voz de Jonathan cortó el aire y nos devolvió al presente. Lentamente, me bajé del regazo de Bernard y ajusté los pliegues de mi vestido. Me pasé una mano por la cara y le di una sonrisa mientras él salía del coche. Me dirigió una sonrisa radiante antes de cerrar la puerta de un golpe detrás de mí.

Pasé el viaje de vuelta a su apartamento con una mano en los labios y la otra en el estómago. La mañana transcurrió en una nebulosa, limpiando y haciendo la colada, hasta que Jonathan vino a recogerme al mediodía. En el coche, le di vueltas y más vueltas a las palabras de Bernard en mi cabeza, luchando por asimilarlas.

Una vez que llegamos a la escuela, Ron se dirigió directamente hacia Bernard, y supe que no estaba siendo justa. Pasé el espectáculo lanzando miradas furtivas a Bernard, que se llevaba bien con todos y tomaba fotos y hacía videos de Ron. Al final del espectáculo, estaba radiante y llena de orgullo. Después de una breve charla con Taylor y sus padres, Bernard hizo que Jonathan nos llevara a una heladería cercana. Allí, Ron jugó en un rincón con los niños mientras yo me sentaba en la mesa con Bernard. Después de unos momentos, me giré para mirarlo y tomé sus dos manos entre las mías.

—No estoy lista para que nos mudemos contigo, pero el apartamento de al lado del tuyo está disponible para alquilar.

—Me pondré en contacto con los propietarios y lo arreglaré —me dijo Bernard con una sonrisa—. No puedo esperar a teneros a ti y a Ron al lado.

A pesar de mis sentimientos por él y mi vacilación para avanzar, sabía que esta era la mejor opción para Ron. Se merecía tener a sus dos padres cerca, y hasta que descubriéramos hacia dónde íbamos, esta era la mejor opción.

Para todos los implicados.

Solo rezaba para no estar tomando la decisión equivocada.

Capítulo 16: Secretos

Rachel

—Tenemos que salir esta noche —dijo Taylor entre bocanadas—. Casi nunca te veo desde que te mudaste.

—Vienes cada dos días —le recordé. Dejé el teléfono en la mesita de noche y lo puse en altavoz. Luego desdoblé la sábana y la extendí sobre la cama. Cuando me subí a la cama para alisar las arrugas, imaginé a Bernard allí, con una mirada hambrienta en sus ojos, y me sonrojé.

Me encantaba pasar unas horas en su cama mientras Ron dormitaba en la habitación de invitados.

Cada noche, se hacía más y más difícil tomar a Ron en mis brazos y recorrer el oscuro pasillo. Y cada mañana, cuando veía a Bernard en nuestra cocina, inclinado sobre la estufa o apoyado en la encimera mientras revisaba sus correos electrónicos, mi corazón daba un extraño vuelco.

Meses después, todavía no podía creer que él estuviera en nuestras vidas.

Aún se sentía como un sueño en el que había aterrizado.

Y del que nunca quería despertar.

Los tres habíamos caído en una rutina donde desayunábamos en mi apartamento, con Ron riendo y manteniendo una conversación constante todo el tiempo. Mientras tanto, Bernard y yo nos tomábamos de las manos bajo la mesa e intercambiábamos miradas rápidas cuando Ron no estaba mirando. Después del desayuno, Bernard y yo llevábamos a Ron a la escuela juntos. En el camino de vuelta a la oficina, generalmente terminábamos besándonos y empañando los cristales del coche.

En más de una ocasión, no pude mirar a Jonathan a los ojos cuando me dejaba de vuelta en el edificio de apartamentos. Con los dos fuera, normalmente tenía mucho tiempo para limpiar y ordenar el apartamento de Bernard, tarareando todo el tiempo. Aunque Bernard se había ofrecido, en varias ocasiones, a hacerse cargo de todas mis necesidades financieras, todavía no me sentía cómoda con la idea de depender completamente de él.

Considerando la crianza inestable que tuve, lo último que quería era ponerme a merced de un

hombre que no me debía nada. Aunque me enamoraba más y más de Bernard con cada día que pasaba, el amor solo crecía cada vez que lo veía con Ron, pero eso no significaba que estuviera lista para renunciar a toda apariencia de independencia.

Solo cuando amenacé con buscar trabajo en otro lugar, Bernard accedió.

Mantener mi trabajo como su ama de llaves era una formalidad, pero era una que necesitaba.

Con todo lo demás en mi vida moviéndose a un ritmo acelerado, anhelaba lo familiar y lo normal. Poco a poco, Bernard se había convertido en una parte tan importante de nuestras vidas, y aunque una parte de mí estaba emocionada con el cambio, también estaba aterrorizada.

No quería despertarme una noche y encontrarme sola.

De nuevo.

Por las noches, a menudo me escabullía a la habitación de Ron y lo observaba desde la puerta, contando el ascenso y descenso uniforme de su pecho hasta que algunos de los nudos en mi estómago se deshacían. Luego me escabullía al apartamento de Bernard y hacía lo mismo, regresando a mi propia habitación solo cuando los latidos de mi corazón se calmaban. Mudarme de la casa de Taylor, el cálido y familiar refugio que habíamos llamado hogar durante los últimos cinco años, no había sido fácil, pero era hora.

Mi amiga merecía recuperar su espacio y su vida.

Aunque todavía no admitiera que lo habíamos secuestrado, para empezar.

—Los extraño demasiado —respondió Taylor con un suspiro—. Me había acostumbrado a tenerlos cerca. La casa está demasiado silenciosa sin ustedes dos. Y extraño que ustedes se burlen de mí mientras hago ejercicio.

—No éramos tan ruidosos —protesté, haciendo una pausa para esponjar las almohadas. Por el rabillo del ojo, vi algo pequeño caer al suelo con un ruido metálico. Cuando me incliné para recogerlo y me di cuenta de que era una memoria USB, fruncí el ceño.

—Tú, Ron y Bernie deberían venir a cenar. No te preocupes. Mis padres cocinarán, no yo.

—Lo organizaremos. Escucha, Tay, tengo que irme. Bernie dejó algo importante en casa. Tengo que ir a la oficina y dárselo. Hablamos luego, ¿de acuerdo?

—Mírate, sonando toda doméstica y eso. Estás loca por este hombre.

—Lo estoy.

—No entiendo por qué aún no te has mudado con él. Ya prácticamente viven juntos —continuó Taylor, haciendo una pausa para decir algo de fondo—. Recuérdame otra vez por qué tienes tu propio apartamento.

—Porque no quiero ir demasiado rápido. Es mejor así. Ron está tomando el tiempo para procesar y adaptarse.

—Parece que eres tú quien necesita tiempo para procesar y adaptarse —señaló Taylor—. No mates al mensajero. Solo digo. No puedes mantener a Bernard a distancia para siempre porque tienes miedo de ser feliz.

—Eso no es lo que estoy haciendo.

—Claro, lo que tú digas.

—Realmente tengo que irme. —Presioné dos dedos contra mis sienes y los froté en movimientos circulares lentos—. Te veré pronto.

Antes de que pudiera responder, colgué y metí la memoria USB en el bolsillo de mis jeans. Tomé mi teléfono de la mesita de noche y marqué el número de Bernard. Cuando no contestó, le envié un mensaje y me metí en el cuarto de lavado. Con un gruñido, cargué la lavadora, encendí la máquina y salí apresuradamente. Seguí revisando mi teléfono durante el viaje en ascensor.

Afuera, el sol de la tarde estaba alto en el cielo, contra un fondo de cielo azul despejado. Miré a ambos lados de la calle antes de partir a un ritmo constante en dirección a la parada de autobús. Allí, elegí un asiento cerca del frente y apoyé la cabeza contra la ventana. Me bajé del autobús a dos cuadras de la oficina, con las manos en las correas de mi bolso todo el tiempo.

En el vestíbulo, saludé al hombre y a la mujer sentados detrás del mostrador.

Ofreciendo sonrisas educadas de reconocimiento, me devolvieron el saludo.

Una vez que subí al ascensor, estudié mi apariencia en el reflejo e hice una mueca. Usando mis dedos, me peiné el cabello y luego pasé los dedos por el frente de mi camisa abotonada. Con una mueca, tiré de mis jeans y junté las manos detrás de la espalda. Cuando las puertas se abrieron

con un tintineo, salí al piso con la cabeza en alto.

Algunas miradas curiosas se dirigieron hacia mí.

Como Bernard era una persona reservada, no había compartido nuestra noticia con el resto de la empresa. Por lo que a nosotros respectaba, era mejor que solo me vieran como su ama de llaves, al menos hasta que tuviéramos un mejor entendimiento de quiénes y qué éramos el uno para el otro. Dado el poder e influencia de Bernard, también creía que era mejor mantener a Ron fuera del foco de atención.

Al menos hasta que fuera mayor.

Adaptarse a un nuevo entorno ya era bastante difícil, y no quería añadir murmuraciones y chismes a la lista de cosas con las que Ron tenía que lidiar. Con eso en mente, me dirigí hacia la oficina de Bernard, mis zapatos chirriando constantemente contra los suelos de madera. Una vez que llegué al escritorio de Mary, situado fuera de su oficina, me detuve y le di una sonrisa radiante. Ella levantó la vista de la computadora y parpadeó dos veces cuando me reconoció.

—Rachel, ¿qué haces aquí? ¿Está todo bien?

—Hola, Mary —me coloqué el cabello detrás de las orejas y le di una pequeña sonrisa—. Sí, todo está bien. El señor Shaw olvidó una memoria USB en casa. Parecía importante, así que pensé en traérsela.

Mary asintió y se reclinó en su silla.

—¿Por qué no te sientas? Está en una reunión, así que le avisaré en cuanto termine.

Con una última sonrisa en su dirección, tomé asiento en una de las lujosas sillas de cuero alineadas contra la pared. Tan pronto como lo hice, saqué la memoria USB de mi bolsillo y la giré una y otra vez, la brillante luz fluorescente resplandeciendo sobre ella. Con un suspiro, me recosté en la silla y miré al frente.

La luz del sol entraba a raudales por las ventanas abiertas y le daba a todo el piso, con cubículos a ambos lados, un cálido resplandor etéreo. De fondo, escuchaba la conversación subir y bajar, puntuada por el ocasional timbre de un teléfono. Todos vestían trajes y zapatos de aspecto caro, haciéndome sentir fuera de lugar.

Resistí el impulso de tirar del dobladillo de mi camisa.

Un grupo de mujeres pasó junto a mí y se detuvo frente al escritorio de Mary. Después de intercambiar algunas palabras con ella, una de ellas miró a través del cristal y volteó hacia las demás con una sonrisa burlona. Fruncí el ceño, crucé las manos sobre mi regazo y las ignoré.

—No puedo creer que realmente esté aquí —la rubia alta se echó el cabello sobre los hombros y cruzó los brazos sobre el pecho—. Había oído que estaba en la ciudad, pero no pensé que vendría aquí.

—¿Por qué no?

Las cuatro se acercaron más entre sí, pero fue la rubia quien se irguió, su sonrisa de complicidad haciendo que se formaran nudos en el centro de mi estómago.

—Carla Oswald estuvo comprometida con el presidente de la compañía. ¿No lo sabían?

Las tres jadearon e intercambiaron miradas sorprendidas.

—Sí, se rumoreaba que estaban planeando la boda y todo. Aparecían en todas las revistas del corazón —continuó la rubia, su sonrisa haciéndose más amplia y pronunciada—. Pero de repente lo cancelaron todo.

—¿Qué quieres decir con que lo cancelaron? ¿Qué pasó?

La rubia se encogió de hombros con delicadeza.

—No lo sé. Hubo todo tipo de rumores sobre ella engañándolo y él ignorándola, pero nadie sabe con certeza. Lo único que se sabe es que unas semanas después, ella se fue a hacer su maestría al extranjero y no ha vuelto desde entonces.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Algunos años —respondió la rubia, con una rápida mirada por encima de sus hombros—. Probablemente está aquí para recuperarlo. Hacían buena pareja. Sería un idiota si la dejara ir por segunda vez.

Las cuatro hablaron al mismo tiempo mientras mi corazón martilleaba en mis oídos. Tragué saliva para aliviar la sequedad de mi garganta, pero no funcionó. Una de ellas me miró de reojo, y el sudor se formó en las palmas de mis manos. Un nudo se formó en mi garganta cuando las cuatro se alejaron, sus tacones resonando constantemente tras ellas. Abruptamente, me puse de

pie y me acerqué al escritorio de Mary.

A través de la ventana de cristal, la vi sentada frente a Bernard, su cabello rojo enmarcando un rostro suave en forma de corazón. Cuando echó la cabeza hacia atrás y rió, algo duro se asentó en la boca de mi estómago. Tragué saliva e intenté apartar la mirada, pero no pude.

Era hermosa.

Y si los chismes eran ciertos, todo lo que yo no era.

¿Bernard había estado matando el tiempo conmigo?

¿Conformándose hasta que ella volviera por él?

El pensamiento hizo que el hielo corriera por mis venas.

Aun así, los observé a través del cristal y vi a Bernard inclinarse sobre el escritorio y ofrecerle una brillante sonrisa. La sensación dura en mi estómago creció. Aparté la mirada con esfuerzo y extendí la mano hacia Mary. Ella dejó de teclear y me miró, sus ojos oscuros llenos de confusión.

—¿Está todo bien?

—Sí, aún tengo mucho trabajo por hacer, así que ¿te importaría darle la USB al señor Shaw? No creo que aprecie que pierda más tiempo esperando.

Mary tomó la USB de mi mano extendida y asintió.

—Estoy segura de que no. Le haré saber que la trajiste.

—Gracias, Mary —tragué saliva y di unos pasos hacia atrás—. Que tengas un buen resto del día.

—Tú también.

Como en un trance, salí del edificio y caminé hacia la parada de autobús. No podía dejar de imaginarla todo el tiempo o de verlos juntos. En el autobús, cerré los ojos con fuerza e intenté alejar las imágenes.

Pero no me dejaban en paz.

Una y otra vez, los veía juntos, riendo y sonriendo mientras ella lucía su anillo en el dedo. Para

cuando llegué al edificio de apartamentos de Bernard, estaba enferma del estómago. Por más que lo intentaba, no podía entender por qué no me había hablado de ella.

O de lo sería que había sido su relación.

Especialmente considerando todo lo que yo había compartido con él.

Bernard sabía todo lo que había que saber sobre mí, incluyendo el asunto complicado con mi ex. Dado el hecho de que estábamos tratando de construir una vida juntos, había asumido que la confianza era mutua.

Y me sentía como una idiota por no haberme dado cuenta antes de lo equivocada que estaba.

Yo solo era un reemplazo temporal para Carla Oswald.

Capítulo 17: Distancia

Bernard

—¿Por qué no ponemos una película para Ron en su habitación?

—No es su habitación —respondió Rachel sin mirarme—. Es la habitación de invitados. Su habitación está en el otro apartamento.

—Esta habitación es como una habitación extra —repliqué, haciendo una pausa para rodear su cintura con mis brazos. Rachel continuó fregando los platos, ignorándome por completo—. Sé que no estás lista para mudarte conmigo, pero espero que pienses en este lugar como tu hogar.

Rachel hizo un sonido bajo en su garganta y no dijo nada.

Le aparté el pelo hacia delante y le di un beso en la nuca.

—Ojalá no tuvieras que irte todas las noches.

—Ron no puede dormir solo.

—Podría dormir aquí —susurré sobre su piel—. Le encanta estar aquí, y a ti también.

Rachel se aclaró la garganta.

—Me iré después de terminar de lavar los platos.

Presioné mi rostro contra su nuca y exhalé.

—¿Por qué? Aún queda tiempo antes de que Ron tenga que dormir.

—No me siento bien.

Se retorció y dejé caer mis manos a los costados. Cuando se dio la vuelta, Rachel no me miró a los ojos. Al contrario, miraba a todas partes menos a mí, con una expresión en blanco en su rostro. Fruncí el ceño, coloqué una mano bajo su barbilla y la miré a los ojos.

—¿Estás bien? Has estado actuando raro estos últimos días.

Rachel miró un punto por encima de mi hombro y se aclaró la garganta.

—Estoy bien.

—Rach, ¿qué pasa? Sabes que puedes contármelo, ¿verdad?

Rachel se movió y dejé caer mi mano. Pasó junto a mí y fue directamente a la sala de estar, donde Ron estaba sentado en el sofá, con los pies apoyados en la mesa, mirando la televisión. Ella tomó el control remoto y, a pesar de las protestas de Ron, lo hizo recoger todos sus juguetes y guardarlos de vuelta en la caja debajo de mi escritorio.

Cuando terminó, lo mandó al baño antes de girarse para mirarme.

—Gracias por la cena. Estaba deliciosa.

—Me alegra haberte dado la oportunidad de relajarte esta noche —respondí, haciendo una pausa para acortar la distancia entre nosotros. Rachel se irguió y se puso tensa—. ¿Estás segura de que todo está bien?

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Porque ni siquiera me miras.

Los ojos azules de Rachel se dirigieron a mi rostro y dudó antes de apartar la mirada.

—No sé de qué estás hablando.

—Rach, no sé qué está pasando, pero por favor no me alejes. Estoy aquí.

—Estoy listo para irnos, mami —Ron apareció de repente, con gotas de agua deslizándose por su rostro y cayendo al suelo. Saltó hacia nosotros y rodeó con un brazo el estómago de su madre—. ¿Tenemos que irnos a casa? ¿No podemos pasar la noche aquí?

Rachel le pasó una mano por el pelo.

—No podemos esta noche, cariño. Tal vez otra noche.

Ron nos miró a los dos antes de lanzarse a abrazarme. Lo estreché contra mí y exhalé, deseando poder embotellar el aroma de su champú de bayas y jabón. Cuando se alejó, un sentimiento hueco se instaló en el centro de mi estómago. En silencio, los acompañé hasta la puerta,

deseando que Rachel me mirara todo el tiempo.

Pero nunca lo hizo.

En la entrada de mi apartamento, me quedé esperando hasta que Rachel abrió la puerta. Hizo entrar a Ron y cerró la puerta de golpe detrás de ella sin mirar atrás. Durante un rato, me quedé allí, con la bilis subiendo por mi garganta hasta que no pude soportarlo más. Me aparté de la pared, volví a entrar y cerré la puerta de una patada con la parte trasera de mi pierna. Luego comencé a caminar de un extremo de la habitación al otro.

Definitivamente algo andaba mal.

Y a menos que Rachel decidiera confiar en mí, me quedaba dando tumbos en la oscuridad, buscando respuestas. Desde el día en que pasó por la oficina para dejar el USB, había estado actuando de manera extraña. Era casi como si ya no quisiera estar cerca de mí. En los últimos días, había comenzado a dejar un amplio espacio entre nosotros en todo momento.

En el coche de camino a la escuela de Ron y de vuelta.

Mientras estábamos en la mesa de la cena, y cuando se sentaba conmigo.

Se alejaba cada vez que me acercaba demasiado y había estado inventando excusas para pasar más y más tiempo en su apartamento. De la noche a la mañana, Rachel había pasado de ser atenta, cariñosa y amable a mantenerme a distancia.

Y me frustraba enormemente porque no lo entendía.

¿Qué había hecho para alejarla?

Por más que lo intentara, no podía entenderlo.

Me devanaba los sesos buscando respuestas hasta que se me formó un dolor de cabeza en la nuca.

Con un gruñido, me dirigí a la cocina y rebusqué en los armarios. Cuando saqué la botella de whisky del fondo, serví una cantidad generosa en el vaso y me lo bebí todo de un trago. Me quemó la garganta antes de asentarse en la boca del estómago.

Me pasé una mano por la cara e hice una mueca.

La mitad de mí estaba tentada de ir al apartamento de Rachel y exigir respuestas. La otra mitad tenía miedo de lo que descubriría si lo hacía. Durante un rato, me quedé allí, contemplando un vaso de whisky medio vacío antes de terminarlo todo. Luego me levanté, me froté la cara con la mano y exhalé.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo, devolviéndome al presente de golpe.

Lo saqué del bolsillo, lo levanté y fruncí el ceño.

Dados los problemas que habíamos estado teniendo en la empresa últimamente, desde problemas de software hasta becarios siendo captados por nuestros rivales, lo último que quería era saber del propio Michael Shaw.

Especialmente porque mi padre tenía una manera de hacerme sentir peor sobre todo.

Me quedé mirando el teléfono hasta que dejó de sonar.

Unos momentos después, volvió a sonar, y lo miré con recelo. A regañadientes, dejé el teléfono sobre el mostrador y lo puse en altavoz.

—Hola.

—Empezaba a pensar que no ibas a contestar.

—Estaba ocupado —respondí antes de cambiar el peso de un pie a otro—. ¿Está todo bien?

—He oído que Carla ha vuelto a la ciudad —dijo mi padre tras una breve pausa—. Nunca entendí por qué vosotros dos rompisteis, especialmente cuando sabes lo importante que es una alianza entre vosotros.

—Carla y yo no somos una buena pareja, papá. Queremos cosas muy diferentes. Ya te lo he dicho.

Mi padre resopló.

—Tonterías. Solo necesitabais tiempo para adaptaros el uno al otro. Estas cosas llevan tiempo.

—Ninguna cantidad de tiempo iba a marcar la diferencia, créeme.

—No me digas que aún crees que deberías casarte por amor.

Me puse tenso y agarré los bordes del mostrador.

—No veo qué hay de malo en eso.

—Sé que te eduqué mejor que eso —me dijo mi padre, con un tono duro en su voz—. Un matrimonio es una alianza. Debería fortalecer y expandir tu posición.

—No todo es un negocio, papá.

—Por eso tu empresa nunca va a tener éxito —continuó como si no me hubiera oído—. Porque no puedes tomar decisiones difíciles. ¿Cómo se puede esperar que lideres si no das un buen ejemplo?

—Mi empresa está teniendo éxito —respondí fríamente—. Somos una de las mejores compañías de seguros del país.

Y él también lo sabía.

Pero le encantaba meterse bajo mi piel y hacerme enojar.

En lo que a él respectaba, nada de lo que yo hiciera sería suficiente para él. Al haber elegido forjar mi propio camino y construir mi propia empresa desde cero, sin su ayuda, mi padre había hecho todo lo posible por sabotearme a cada paso. Incluso había llegado a grandes extremos para atacar mis proyectos, casi logrando arruinarlos por completo.

Crecer con él me había dado una clara ventaja.

A cada paso, lo detenía.

Cada dificultad y desventaja solo me hacía trabajar más duro.

Y él lo odiaba.

Toda mi vida, mi padre intentó moldearme a su imagen y semejanza, empezando por una educación privada en la escuela más elitista del país hasta pagarme una universidad de lujo en el extranjero. Mi padre había hecho todo lo posible para prepararme como su sucesor, y aún no había superado el hecho de que había fracasado.

Después de todos estos años, todavía no podía entender por qué había elegido alejarme.

Ser criado como su hijo ya había sido bastante difícil.

Saber que nunca estaría a la altura del peso de sus expectativas y vivir para siempre bajo su sombra había sido peor. Me había llevado demasiado tiempo darme cuenta, pero no fue hasta que estuve de pie en un escenario vacío con mi toga y birrete universitarios que lo supe con certeza. Desde entonces, no me había perdonado por alejarme.

Y era poco probable que lo hiciera.

—He oído que tienes algunos problemas con tus becarios —dijo después de un largo silencio—. Dudo que tu empresa pueda recuperarse de eso. ¿Qué vas a hacer si no puedes contratar gente nueva?

—Ya lo resolveré —le dije con calma—. Siempre lo hago.

—No es demasiado tarde para venir a trabajar conmigo —respondió—. Todavía hay tiempo para hacer lo correcto. Tienes más de mí que de tu madre.

—No importa. Nunca iré a trabajar contigo.

—No seas terco, Bernard. Tu madre y yo te educamos mejor que eso...

—Mamá es quien me crio, no tú —interrumpí con un movimiento de cabeza—. Ella es quien estuvo ahí para mí y se preocupó por mí. No porque quisiera que fuera como ella, sino porque simplemente lo hacía.

Y lo había resentido cada minuto de mi vida por la forma en que la había tratado.

Habiendo ido más allá como esposa, manteniendo las apariencias y asegurándose de que su casa estuviera siempre impecable. Mi madre había sido la esposa perfecta. Bajo su exterior frío y tranquilo, también había sido una persona amable y cariñosa que me había colmado de más amor y afecto del que sabía qué hacer.

En lugar de apreciar a la mujer que era, mi padre la había tratado como una opción. Mientras crecía, lo había visto ignorarla y menospreciarla a cada paso, pero ella lo había soportado todo con la cabeza en alto. Por más que lo intentara, no podía entender por qué lo había aguantado durante todos esos años.

Al final, no le había servido de nada.

Por el contrario, había muerto con el corazón roto, sin ser amada ni querida por su propio marido.

Y no iba a dejar que me hiciera lo mismo a mí.

No lo permitiría.

—No sé por qué tienes que meter a tu madre en esto —respondió, elevando la voz hacia el final—. Le di una buena vida. Tenía todo lo que podía desear. Tú también.

—Tú y yo sabemos que eso no es cierto. La trataste como si fuera una idea de último momento, como si no importara.

—Ella entendía las presiones de mi trabajo y lo que estaba aceptando —me recordó con voz dura—. Nunca le mentí a tu madre sobre lo que debía esperar.

—Al menos podrías haberla tratado mejor. Se merecía más de ti.

—No permitiré que me hables de esa manera, muchacho —su voz se volvió más fuerte y pronunciada—. Te llamé para darte la oportunidad de salvarte. Todavía hay tiempo para enderezar tu camino.

Agarré el teléfono del mostrador y me lo llevé a la cara.

—¿De qué estás hablando?

—Puedo organizar una reunión con el padre de Carla. Podemos hacernos otra fiesta de compromiso. Ahora que ha terminado su máster, querrá sentar cabeza, y tengo buena información de que aún le gustas.

—No importa.

Por mucha culpa que sintiera, nunca iba a amar a Carla.

Nunca lo había hecho.

Aceptar un compromiso había sido uno de los mayores errores de mi vida. Hace años, cuando mi padre me planteó la idea, la empresa no iba bien, y había pasado meses intentando encontrar una salida al lío. Conociendo la influencia y el poder que tenía la familia de Carla, vi una oportunidad

para mí y para mi empresa.

Pero había cargado con la culpa y el arrepentimiento desde el momento en que acepté.

Y durante un año después, me dije a mí mismo que era lo mejor.

Tenía toda la intención de tratar bien a Carla.

Hasta que la vi con otro hombre en una gala benéfica, y vi cómo se le iluminaban los ojos y se le suavizaban las facciones. Me había hecho falta verla de manera diferente para darme cuenta de mi error. No solo nos habría condenado a ambos a un matrimonio sin amor, sino que lo habría hecho a sabiendas y voluntariamente. Teniendo en cuenta que Carla no había sido más que amable y atenta, sabía que se merecía algo mejor.

Aún se lo merecía.

—Ella te aceptará de vuelta si se lo pides —me dijo mi padre—. Todo lo que tienes que hacer es pedírselo.

—No voy a pedirle a Carla que me acepte de vuelta. No la amo.

Y dudaba que eso fuera a cambiar.

Aunque Carla había recibido la noticia con dolor, aún recordaba la resignación en sus ojos cuando se lo dije, y recordaba cómo había mantenido la cabeza alta, fuerte y resuelta. Elegir irse del país para continuar sus estudios había sido la decisión correcta, y entendía su necesidad de poner tanta distancia entre nosotros como fuera posible.

Por eso me sorprendió cuando me llamó hace una semana.

De todos los escenarios que imaginé, lo último que esperaba era que Carla Oswald entrara en mi oficina y me pidiera trabajo. Considerando lo poderosa e influyente que era su familia, había supuesto que acudiría directamente a ellos, y que no tendríamos que vernos mucho fuera de algunos eventos sociales.

Pero Carla quería abrirse camino por sí misma.

Igual que yo lo hice.

Dado que le había roto el corazón, pensé que le debía una oportunidad.

—El amor es una debilidad. Lo aprenderás pronto, y cuando lo hagas, vendrás a buscarme.

—No lo haré.

Con eso, alejé el teléfono de mi oreja y colgué. Mi corazón retumbaba en mis oídos cuando lo volví a dejar en el mostrador e inhalé varias veces profundamente. Una y otra vez, repasé la conversación en mi cabeza y me pregunté qué planeaba hacer a continuación.

¿Había cometido un error al darle trabajo a Carla?

Capítulo 18: Honestidad

Rachel

—Todavía no se lo has dicho, ¿eh?

Levanté la cesta de la ropa y miré a Taylor por encima. Estaba sentada en el sofá de mi sala, con las piernas recogidas debajo de ella, el pelo recogido en lo alto de la cabeza y una copa de vino en la mano. Con un leve movimiento de cabeza, dio unos sorbos y suspiró.

—No sé cómo decírselo.

Taylor arqueó una ceja. —No creo que tenga nada que ver con eso. Creo que simplemente no quieres hacerlo.

Con un gruñido, dejé la cesta de la ropa en la mesa de café y me senté frente a ella en el sillón de cuero marrón. —¿Por qué no querría?

—Porque has estado esperando que cayera la otra zapatilla todo este tiempo. Ahora que ha caído, crees que será más fácil de esta manera.

Me incliné hacia adelante y alcancé un par de pantalones. —No sé de qué estás hablando.

Taylor balanceó las piernas hacia adelante y se recostó contra los cojines. —Sí que lo sabes. Rach, te quiero, de verdad, pero es como si tuvieras miedo de ser feliz.

—No tengo miedo de ser feliz. ¿Por qué lo tendría?

—Porque si eres feliz, es más fácil que te hagan daño y que te lo arrebaten —respondió Taylor, haciendo una pausa para dar otro sorbo a su vino—. ¿Por qué otra razón tendrías a un hombre como Bernard, que os trata a ti y a Ron como a la realeza, suplicando ser parte de tu vida, y tú estás aquí sentada conmigo haciendo la colada?

—Me gusta pasar tiempo contigo.

Taylor dejó su copa en la mesita que tenía al lado y gimió. —Rach, no me uses como excusa. Tienes que preguntarle sobre Carla. La única forma de obtener las respuestas que quieres es si lo

haces.

Hice una pausa, dejé los pantalones doblados a mi lado y alcancé otro. —Es su ex prometida, Tay. Hay una razón por la que no me habló de ella.

—Porque es su ex. Tú no le contaste sobre todos tus ex, ¿verdad?

—Le conté sobre Grant.

Taylor entrelazó los dedos y soltó un suspiro. —Vale, pero eso es diferente. Grant formaba parte de tu vida, y casi formó parte de la vida de Ron también. Bernard necesitaba saberlo.

—¿Y yo no necesitaba saber que estuvo comprometido con esta heredera supermodelo?

Había pasado la última semana intentando encontrarle sentido.

Y todavía no estaba más cerca de ninguna respuesta.

Al menos ninguna que me gustara.

Todo lo que sabía era que, a pesar de que nos habíamos vuelto cercanos, Bernard todavía no confiaba en mí. Por más que lo intentaba, no podía entender por qué me había ocultado lo de Carla. Teniendo en cuenta que ambos provenían de familias prominentes y adineradas, y que su compromiso había sido noticia en todas las revistas del corazón, debería haberme enterado antes.

Pero no fue así.

Bernard había contado con eso.

Y me sentía como la mayor idiota del mundo por no haberme dado cuenta antes.

¿No me había preguntado por qué un hombre como Bernard seguía soltero?

—Estoy segura de que te lo habría dicho eventualmente —argumentó Taylor, haciendo una pausa para apartarse el pelo de los ojos—. Probablemente solo quería encontrar el momento adecuado para hacerlo.

—El momento adecuado habría sido antes de pedirme que me mudara con él —murmuré, más para mí misma. Me zumbaban los oídos mientras realizaba mecánicamente los movimientos de doblar, pasando de una prenda a otra hasta que se formaron pilas a mi lado. Por el rabillo del ojo,

vi un destello de movimiento, y Ron vino corriendo hacia mí, descalzo y con su pijama de dibujos animados.

—Mami, ¿puedes leerme otro cuento?

Lo atraje hacia mí y le di un beso en la cabeza. —Hoy no puedo, cariño. Todavía tengo que terminar la colada y ordenar.

—¿No puede ayudarte la tía Taylor?

Me reí. —Ella me está ayudando.

Ron miró por encima de su hombro hacia ella, y frunció el ceño. —¿Cómo te está ayudando si está sentada ahí bebiendo vino?

—Apoyo emocional —respondió Taylor con una sonrisa—. Tu mami necesita hablar con alguien sobre lo que le preocupa.

Ron asintió y volvió a mirarme. —Si te doy un abrazo, ¿te sentirás mejor?

Mi corazón se hinchó y creció cuando me rodeó con sus brazos y me apretó. Enterré mi cara en el hueco de su cuello, inhalando el aroma de su champú de bayas y jabón con olor a limón. Luego cerré los ojos con fuerza y lo apreté más. Poco después, Ron empezó a revolverse.

A regañadientes, me aparté y lo solté.

—Diez minutos más de televisión antes de que tengas que ir a dormir —le dije a su espalda mientras se alejaba. Ron me dedicó una sonrisa por encima del hombro antes de desaparecer en la habitación de la derecha. En cuanto lo hizo, me desplomé contra el sofá y me pasé una mano por la cara.

¿Estaba siendo irracional y poco razonable?

¿No se merecía Bernard el beneficio de la duda?

Especialmente considerando todo lo que había hecho por nosotros?

Desde que entró en nuestras vidas, Bernard había sido una parte activa de la vida de Ron, insistiendo en recogerlo y dejarlo todos los días y pasando una hora cada noche jugando con él.

Por las tardes, cuando llegaba del trabajo, lo primero que hacía era abrazarlo y preguntarle cómo le había ido el día.

Y cada noche, insistía en ayudarme a bañar a Ron y leerle un cuento juntos. Verlo con Ron siempre me llenaba de alegría y orgullo. Desafortunadamente, durante las últimas dos semanas, no podía dejar de ver a Carla cada vez que lo miraba.

Cada vez que estábamos solos, veía a Carla sentada frente a su escritorio, impecablemente vestida con el pelo perfectamente peinado, y me dejaba una extraña sensación en el centro del pecho. Aunque sabía que no estaba siendo justa con Bernard al no ser directa, tampoco podía evitarlo.

Yo no estaba a la altura de Carla.

Nunca lo estaría.

Y empecé a preguntarme si Bernard estaría en mi vida si no fuera por Ron.

—Hablando de Bernard, ¿no suele estar en casa a esta hora?

—Uno de sus nuevos empleados lo hizo muy bien y acaban de cerrar un gran trato en la oficina —respondí sin mirarla—. Me llamó para avisarme que llegaría tarde porque estaban celebrando.

Taylor sonrió. —¿Ves? Sigues siendo una parte importante de su vida. El hecho de que Carla haya vuelto a aparecer no significa que eso vaya a cambiar.

—No sabes eso.

Taylor se levantó y tomó su copa de vino. Terminó lo que quedaba antes de lavarla en el fregadero. La observé mientras la dejaba secar y volvía. Sin decir palabra, se sentó en la alfombra frente a mí y alcanzó un montón de ropa.

—Pensé que odiabas hacer la colada.

—La odio, pero te quiero más a ti —respondió Taylor con una sonrisa—. Y cuanto antes termines con esto, antes podrás llamar a Bernard para recordarle el evento escolar de Ron dentro de unos días.

Me enderecé y me aclaré la garganta. —No sé si podrá asistir.

—Ha ido a todos los eventos hasta ahora, ¿no? Además, ¿no se lo dijiste ya?

Asentí y miré la toalla en mi regazo. —Sí, lo hice.

—Entonces, solo lo estás llamando para recordárselo. No hay nada malo en eso.

En silencio, doblé algunas prendas más, lanzando miradas a Taylor todo el tiempo. Cuando terminé, ella me ayudó a clasificar todo en montones. Con una sonrisa, llevamos la ropa de Ron a su habitación, y él nos ayudó a guardarla. Tan pronto como terminé, Taylor me esperó en la puerta mientras yo apagaba la televisión y lo arrojaba. Ron me dio un rápido abrazo antes de girarse sobre su costado y cerrar los ojos con fuerza.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos mientras me dirigía hacia la puerta y me quedaba allí, observándolo. Lentamente, salí al pasillo, dejando la puerta entreabierta. La luz se derramaba en la habitación de Ron, proyectando largas sombras en las paredes. Taylor y yo recogimos el resto de la colada y fuimos a mi habitación. Ella me miraba de reojo mientras guardábamos la ropa. Cuando terminamos, la guié de vuelta a la cocina y le di una bolsa de frutos secos.

—Sé que tienes razón.

—Normalmente la tengo.

Puse los ojos en blanco y me palmeé los bolsillos. —Y modesta también.

—Esa soy yo. —Taylor me guiñó un ojo y volvió a la sala de estar—. Por cierto, mis padres quieren invitaros a todos a cenar la semana que viene. Avísame cuando sea un buen momento para vosotros.

Me quedé mirando el número de Bernard en mi teléfono antes de marcar. —Claro, ¿significa esto que conoceremos al hombre con el que has estado saliendo?

Taylor me lanzó una mirada por encima del hombro. —Tal vez.

Sonreí y golpeé el suelo con los pies.

En el último tono, una voz extraña contestó, y oí risas de fondo. Aparté el teléfono de mi oído y lo volví a acercar. —¿Hola?

—Sí, hola. —La voz femenina al teléfono sonaba sin aliento e impaciente. Fruncí el ceño, dejé el

teléfono en la encimera y lo puse en altavoz—. ¿Quién es?

—Estoy intentando contactar con Bernard —dije, con la voz apagándose—. Este es su teléfono, ¿verdad?

—Sí, lo es. Lo siento, Bernard no está en la oficina ahora mismo. Debe de haberse dejado el teléfono por error.

—¿Quién es?

—Soy Carla. ¿De parte de quién debo decir que llama?

Tragué saliva para deshacer el nudo en mi garganta. —Soy Rachel.

—Oh, Rachel, claro. Eres su ama de llaves, ¿verdad? Puedo darle un mensaje si es algo importante.

La bilis subió por mi garganta. —No, está bien. Gracias.

—¿Estás segura?

Podía oír las risas aumentando de fondo y el sonido de copas entrechocando.

—Sí, gracias. Adiós.

Antes de que pudiera responder, colgué y aparté el teléfono. Mi corazón latía furiosamente contra mi pecho cuando Taylor se acercó y me abrazó. Me aferré a ella y enterré mi cara en su cuello. Sin decir palabra, Taylor me dio palmaditas en los hombros.

—Solo olvidó su teléfono —susurró Taylor en mi oído—. No significa nada.

—De todas las personas que podían contestar su teléfono —murmuré, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué tenía que ser ella?

¿Y por qué no pudo haberme dicho que la había contratado?

Enterarme por otros de que tenían una historia ya era bastante malo.

Que ella contestara su teléfono después del horario de trabajo era peor.

No sabía si quería hacerme un ovillo y llorar o golpear una pared.

Taylor se movió y se apartó para mirarme. —Es solo una coincidencia. Probablemente vio que sonaba su teléfono y contestó por cortesía.

—O para asegurarse de que la gente piense que siguen juntos. —Me aparté de Taylor y me pasé una mano por la cara—. Me reconoció como su ama de llaves.

Los labios de Taylor se torcieron en una mueca. —¿Qué? ¿En serio dijo eso?

Asentí cuidadosamente. —Lo hizo. Está diciendo a la gente que soy su ama de llaves. No su...

Como no sabía lo que éramos, no pude terminar la frase.

Todo lo que sabía era que no era solo su ama de llaves.

Aunque no hubiéramos definido nuestra relación aún, seguía siendo la madre de su hijo.

—Estoy segura de que hay una razón por la que se lo está ocultando —ofreció Taylor, sacudiendo la cabeza—. ¿No dijiste que no quería que Ron estuviera sometido al escrutinio?

—Sí.

—Y a ti te gusta tu privacidad, ¿verdad?

—Bueno, sí, pero no pensé que eso significaría mentir a personas importantes sobre lo que somos el uno para el otro.

Aunque no tenía idea de qué era eso.

Taylor puso una mano a cada lado de mis hombros y apretó. —No es gente. Es su ex. Dudo que quiera decírselo a ella de entre todas las personas. No sería muy amable de su parte.

Fruncí el ceño. —¿Entonces es amable dejar que piense que solo soy su ama de llaves?

Los ojos de Taylor se tensaron, y sacudió la cabeza. —No, pero no puedo darte las respuestas que quieres, cariño. Sé que estás molesta con él, y hay mucho que aclarar, pero necesitas hablar con él. Es el único que puede aclarar todo esto.

Me aclaré la garganta. —Supongo.

Taylor me dio un último apretón en los hombros antes de retroceder. —Habla con él. Aclararé esto, estoy segura. Tengo que volver a casa porque mañana tengo un día largo.

—O podrías quedarte a dormir.

Taylor cogió su bolso de la mesa y se lo colgó al hombro. —Me quedaría, pero necesito ropa de trabajo para mañana. La próxima vez, traeré una bolsa para pasar la noche.

—Deberías dejar algunas de tus cosas aquí.

Taylor me dio un abrazo rápido mientras se dirigía a la puerta. —Lo haré.

—Avísame cuando llegues a casa, ¿vale?

Taylor me lanzó un beso antes de entrar en el ascensor. —Todo va a estar bien, Rach. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Tan pronto como las puertas del ascensor se cerraron tras ella, cerré la puerta de golpe y me apoyé contra ella. Presioné mi frente contra la madera y exhalé, intentando encontrar las palabras adecuadas para decir. Cuando no llegaron, fui a mi habitación y me cambié a mi pijama. Pasé la noche dando vueltas y mirando al techo.

Y deseando que Bernard estuviera a mi lado.

Capítulo 19: Entre nosotros

Bernard

—Necesitamos ofrecerles mejores paquetes —dije, haciendo una pausa para presionar dos dedos contra mi frente. Los froté en movimientos circulares lentos e ignoré la sensación molesta en la parte posterior de mi cráneo—. Y mejores beneficios laborales.

—Debería ser suficiente —Raymond se enderezó y cruzó una pierna sobre la otra—. Deberíamos considerar organizar un evento.

Dejé caer las manos sobre el escritorio y lo miré fijamente. —¿Un evento?

—Sí, muchas de las otras empresas están organizando estos eventos para permitir que los posibles empleados recorran la compañía, hagan preguntas, etc.

Alcé una ceja. —No lo sabía.

—Sí, el proceso de reclutamiento ha cambiado —respondió Raymond encogiéndose de hombros—. Así que necesitamos mantenernos a la vanguardia.

Asentí y enderecé la espalda. —Por supuesto. Veamos cuándo podemos tener uno de estos eventos.

—Tendrás que incluir a Carla en esto.

—Solo lleva aquí dos semanas.

—Y ya ha cerrado un trato con esa compañía petrolera —señaló Raymond con una sonrisa—. Sabe lo que hace, y con su apellido e influencia familiar, creo que podrá atraer a muchos más clientes.

Ofrecerle un trabajo a Carla por culpa no era suficiente, pero había esperado que su deseo de probarse a sí misma superara su falta de experiencia. Afortunadamente, en las dos semanas desde que la había contratado, Carla no solo había demostrado ser una empleada trabajadora, sino que también era una persona con talento natural.

Me sentía aliviado y agradecido.

Convencer a la junta para que la contratara no había sido fácil.

Aun así, me había arriesgado para absolverme de la culpa que aún cargaba. Aunque no podía compensar lo que le había hecho a Carla, esperaba que darle un trabajo y la oportunidad de demostrarse fuera un buen comienzo. Con un ligero movimiento de cabeza, terminé el resto de mi reunión con Raymond antes de tomar el teléfono.

Sonó varias veces antes de ir directamente al buzón de voz.

Le envié un mensaje rápido a Rachel antes de volver al trabajo.

Ella me respondió con una sola palabra y nada más.

Durante el resto del día, seguí mirando mi teléfono y deseando que Rachel entrara por la puerta. Durante las últimas dos semanas, había hecho todo lo posible para acortar la distancia entre nosotros sin éxito. Rachel no solo me mantenía a distancia, sino que también se negaba a hablar de cualquier cosa que no fuera Ron.

Si no estaba relacionado con nuestro hijo, encontraba una excusa para evitarlo.

O cambiaba de tema por completo.

Y no estaba más cerca de entenderlo que cuando comenzó a suceder.

Rachel se estaba alejando de mí, y no había nada que pudiera hacer para detenerla. Cuando me levanté para irme al final del día, me dirigí directo al ascensor e ignoré los nudos en mi estómago. En el auto, miré las fotos de los tres juntos, buscando una pista.

Cualquier cosa que explicara por qué estaba perdiendo a Rachel.

Jonathan me dejó frente al edificio antes de irse. En silencio, tomé el ascensor y salí al pasillo. Rachel y Ron estaban en mi apartamento cuando llegué, con Ron sentado a la mesa del comedor, con la cabeza inclinada sobre una hoja de papel, mientras Rachel estaba en la cocina con un delantal y el pelo recogido en un moño en la parte superior de la cabeza.

Dejé mi bolso junto a la puerta y me dirigí hacia ella.

Me dio un abrazo rápido y giró la cabeza hacia un lado cuando me acerqué para besarla. Le di un beso en la mejilla y me aparté. —¿Cómo estuvo tu día?

—Estuvo bien —respondió Rachel sin mirarme—. La cena está casi lista.

Me quité la chaqueta y la colgué en el respaldo de la silla. —Huele delicioso.

—Gracias.

—¿Y tú, amigo? ¿Cómo estuvo tu día?

—No me gusta tener tarea —declaró Ron, haciendo una pausa para mirarme por encima del hombro—. Es aburrido.

Me acerqué a él y me agaché. —Lo sé. Lo siento, campeón. Mejorará.

Ron dejó su hoja y suspiró. —¿Puedo ir a jugar ahora?

—La cena está casi lista, así que asegúrate de guardar tus juguetes y lavarte las manos cuando termines.

—Gracias, mami —Saltó de la silla y se dirigió rápidamente hacia la sala de estar. Me levanté y me acerqué a la cocina. Cuando me apoyé en el mostrador y crucé los brazos sobre el pecho, Rachel seguía sin mirarme.

—Estaba pensando que podríamos salir después de la cena.

—Ron tiene escuela mañana.

—Puedo llamar a la niñera —ofrecí con una sonrisa—. Para que tú y yo podamos salir.

—He tenido un día largo —Rachel se arrodilló frente al horno y miró adentro—. ¿Podemos salir en otra ocasión?

Me aclaré la garganta. —Sí, claro. Lo que tú quieras.

Durante una cena de patatas asadas, pollo a la parrilla y arroz, el sonido de los cubiertos llenó el aire. De vez en cuando, Ron hablaba, contándonos historias sobre su día, pero durante el resto de la comida, comimos en silencio. Una vez terminada la cena, Ron ayudó a Rachel a limpiar la mesa antes de escabullirse hacia su habitación.

La ayudé a secar los platos mientras ella los lavaba.

Cuando terminó, Rachel se fue sin mirar atrás.

A la mañana siguiente, no me miró en absoluto durante el desayuno ni cuando estábamos juntos en el auto camino a dejar a Ron. Pasé todo el día en reuniones, tratando de resolver un problema tras otro. Cuando el sol se hundió por debajo del horizonte, estaba de peor humor y no quería ir a casa.

En su lugar, hice que Jonathan me llevara a un restaurante a unas cuadras de distancia.

Tan pronto como entré, me dirigí directamente al bar e hice una señal para pedir una bebida. El camarero, un hombre de pelo oscuro, brazos abultados y gafas, colocó un vaso de whisky frente a mí antes de alejarse. Estaba tomando mi tercer vaso de whisky cuando Carla se dejó caer en el taburete a mi lado.

—Parece que podrías usar compañía.

—No realmente.

—Te acompañaré de todos modos. A nadie le gusta beber solo.

Me giré para mirarla y la observé por encima del borde del vaso. —¿Qué estás haciendo aquí, Carla?

—A un grupo de nosotros nos gusta venir aquí después del trabajo —Carla saludó con la mano a un grupo de mis empleados sentados en una mesa al otro lado del restaurante—. Tienen buena comida y buenas bebidas.

Levanté una ceja y terminé mi bebida.

—Bien por ustedes.

Carla se enderezó y se echó el pelo hacia atrás.

—Sé que las cosas no han ido bien en el trabajo, pero estoy segura de que encontrarás una manera de darle la vuelta.

Hice una señal para pedir otra bebida y no respondí.

Carla me tocó el brazo y percibí el aroma de su perfume floral.

—No sé si te lo he dicho, pero estoy muy orgullosa de ti. Has hecho un excelente trabajo con la empresa.

—Gracias.

—Siempre he admirado tu ética de trabajo, Bernard —continuó Carla, haciendo una pausa para dedicarme una brillante sonrisa—. Eres ambicioso y dedicado, como yo. Es una de las razones por las que trabajamos tan bien juntos.

—¿No querrás decir trabajábamos?

Carla se acercó un poco más y su expresión se volvió seria.

—Quiero decir trabajamos. Todavía trabajamos bien juntos, Bernard. Tú y yo cerramos ese trato juntos la otra semana.

—Eso fue principalmente cosa tuya.

Carla echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—No seas tan modesto.

—No lo soy.

Carla bajó la cabeza y me miró con los ojos entrecerrados.

—Sabes, no estaba segura de si me ibas a dar el trabajo, pero me alegro de que lo hicieras. Te he echado de menos.

Di un largo sorbo a mi bebida antes de dejarla.

—No me has echado de menos, Carla. Tú y yo no éramos una buena pareja a pesar de lo que la gente piense.

Carla negó con la cabeza.

—Lo éramos. Simplemente no era el momento adecuado, pero han pasado años, Bernard. Creo que es hora de intentarlo de nuevo.

—¿Qué?

Carla se acercó más y puso sus manos sobre mis hombros.

—Todavía te amo, Bernard. Nunca he dejado de hacerlo, y creo que deberíamos intentarlo de nuevo. ¿Qué piensas?

Me eché hacia atrás y me levanté.

—No me amas, Carla. Nunca me has amado. Solo querías la seguridad y el poder.

—Eso no es cierto.

Levanté una mano y metí la otra en el bolsillo.

—No hagamos esto más incómodo de lo necesario, ¿de acuerdo? Lo siento, pero no va a funcionar entre nosotros, y tengo que irme.

Dicho esto, giré sobre mis talones y salí apresuradamente por la puerta principal. Poco después, encontré a Jonathan en medio de un aparcamiento lleno de gente, con un cigarrillo colgando de sus labios. Lo apagó con el pie antes de enderezarse y abrirme la puerta. En el coche, apreté y desapreté los puños. Cuando llegamos frente a mi edificio, ya se me había formado un dolor de cabeza.

Entré en el ascensor con un mal sabor de boca.

Las puertas se abrieron con un pitido y salí tambaleándome, dejando caer el teléfono al suelo. Cuando lo recogí, Carla salió disparada del ascensor, con una brillante sonrisa en su rostro.

—Aquí estás. No pudimos terminar nuestra conversación. Pensé que podríamos continuarla en privado.

Me puse de pie y negué con la cabeza.

—No hay nada de qué hablar, Carla. No deberías estar aquí.

—Por supuesto que sí. Creo que deberíamos...

—Bernard —Ron apareció de la nada y vino corriendo hacia mí, con una sonrisa de oreja a oreja. Me rodeó con sus brazos y me apretó. Me enderecé y le di unas palmaditas en la cabeza.

Momentos después, Rachel dobló la esquina, con los ojos muy abiertos y la cara sonrojada. Se relajó cuando vio a Ron conmigo. Luego su mirada se dirigió a Carla y su expresión se endureció.

—Hola, amigo. ¿Cómo estuvo tu día hoy?

—Tuvimos un día familiar hoy —respondió Ron, haciendo una pausa para mirarme—. ¿Por qué no viniste?

Rachel se detuvo a unos metros y extendió una mano hacia Ron.

—Probablemente estaba ocupado, cariño.

—¿Eso era hoy? Lo siento. Tuve reuniones todo el día y no pude salir a tiempo.

Rachel tomó a Ron y no dijo nada.

—Hola —saludó Carla, haciendo una pausa para extender su mano—. Tú debes ser Rachel, el ama de llaves de Bernard. Hablamos por teléfono el otro día.

Los ojos azules de Rachel se tensaron alrededor de los bordes mientras tomaba la mano de Carla.

—Tú debes ser Carla. He oído mucho sobre ti.

Carla sonrió y puso una mano en mi brazo.

—Sabía que Bernard estaba presumiendo de mí. Tú y yo nos vamos a ver mucho más, Rachel.

—¿Por qué es eso?

—Porque Bernard y yo nos vamos a comprometer de nuevo. ¿No es genial?

La mirada de Rachel se desvió hacia la mía antes de volver a Carla. Enderezó la espalda y tomó las manos de Ron entre las suyas.

—Eso es maravilloso. Felicidades. ¿Me disculpan, por favor? Ambos hemos tenido un día largo y es hora de hacer la tarea.

De repente, Rachel estaba llevando a Ron a su apartamento.

Podía oír sus protestas a través de las finas paredes antes de que todo quedara en silencio.

Un momento después, me giré para enfrentar a Carla con el ceño fruncido.

—No deberías decirle a la gente que nos vamos a comprometer de nuevo porque no es cierto.

Carla hizo un puchero.

—Pero, Bernie...

—Por favor, vete —metí la llave en la cerradura, entré en el apartamento y le cerré la puerta en la cara. Durante el resto de la noche, seguí llamando a Rachel, pero siempre me enviaba al buzón de voz. Habiendo decidido no golpear su puerta, me fui directamente a la cama con dolor de cabeza.

Y pasé toda la noche dando vueltas en la cama.

Capítulo 20: Reavivado

Rachel

—Tenemos que hablar —dijo Bernard cuando abrí la puerta al día siguiente. Se quedó en el umbral, con un brillo decidido en los ojos hasta que di un paso atrás. Sin decir palabra, Bernard me siguió al apartamento y dejó que la puerta se cerrara tras él.

—Ron, es hora de desayunar —grité por encima del hombro—. Date prisa o llegaremos tarde.

—¿Vas a decir algo?

—¿Qué quieres que diga, Bernie? —crucé los brazos sobre el pecho y lo miré fijamente—. Porque honestamente no tengo ni idea de qué quieres que diga.

—Sabes que Carla y yo no estamos juntos, y mucho menos comprometidos de nuevo.

—¿Lo sé? Ya ni siquiera sé qué es lo que sé.

Bernard acortó la distancia entre nosotros, sin apartar los ojos de mi rostro.

—Sabes que me importa esta familia y quiero ser parte de ella.

—¿Puedo tomar helado para el desayuno, mami?

Aparté la mirada de Bernard y di un paso atrás.

—No, cariño. Ya hemos hablado de esto antes. El helado no es bueno para ti. Puedes tomar cereales, en cambio.

Ron se frotó la cara con la mano y bostezó.

—No quiero ir a la escuela hoy.

Esperé hasta que Ron estuviera sentado antes de acercarle la silla.

—Lo sé, pero piensa en todas las cosas divertidas que aprenderás en la escuela.

Ron volvió a bostezar y no dijo nada.

Abrí y cerré varios armarios antes de encontrar sus cereales. En cuanto lo hice, vertí un poco junto con la leche y le entregué la cuchara. Luego hice un gesto a Bernard. En silencio, nos dirigimos hacia el balcón, con una clara vista de la ciudad, y nos encaramos.

—¿Te avergüenzas de mí?

Bernard frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Todos en la oficina siguen pensando que soy tu ama de llaves. En realidad, todos los que conoces. Las únicas personas que saben de nosotros son Taylor y sus padres.

—Sí, pero acordamos que era lo mejor. No quiero que la prensa te acose y escriba chismes sobre ti.

Solté un suspiro y escudriñé su rostro.

—¿Estás seguro de eso? ¿Estás seguro de que esto no es por las apariencias?

Bernard parpadeó.

—¿Las apariencias?

—Carla se ve mejor en el papel que yo —respondí, haciendo una pausa para cambiar el peso de un pie al otro—. Y nunca me hablaste de ella.

—Mami, vamos a llegar tarde —Ron dejó su plato en el fregadero y se frotó las manos—. ¿No deberíamos irnos ya?

—Continuaremos esto más tarde —me dijo Bernard después de una breve pausa. Se giró para mirar a Ron y sonrió. Ron chilló cuando Bernard lo levantó en el aire y lo colocó sobre sus hombros. Con un ligero movimiento de cabeza, agarré mi bolso y las llaves de la mesa junto a la puerta. En el ascensor, evité mirar directamente a Bernard.

En el coche, Ron se sentó entre nosotros, hablando a mil por hora.

Una vez que llegamos a su escuela, nos dio un abrazo rápido a ambos antes de saltar fuera.

Bernard esperó a que yo volviera al coche antes de entrar después de mí y cruzar las manos sobre su regazo. Aparté la mirada de él y presioné mi cara contra el cristal.

¿Por qué actuaba como si yo fuera la culpable?

Yo no era quien le había ocultado secretos.

Bernard era quien había estado con otra mujer colgada de él y declarándose su prometida. Tan molesta como estaba porque ella se le acercara tanto, estaba aún más molesta porque él no había hecho nada para detenerla. Al contrario, se había quedado allí, sabiendo la verdad sobre nosotros, y no había dicho ni una palabra.

¿Qué clase de hombre permitía que trataran así a la madre de su hijo?

¿Había juzgado mal a Bernard y había estado demasiado ansiosa por ofrecerle redención?

Jonathan nos llevó de vuelta al edificio, y me apresuré a salir del coche. El viaje en ascensor hacia arriba fue tenso y silencioso. Hasta que entramos en su apartamento, y él cerró la puerta de golpe tras de sí. Tan pronto como lo hizo, me volví hacia él y lo fulminé con la mirada.

—¿Cómo pudiste quedarte ahí parado y dejar que me tratara así?

—¿Dejar que te tratara cómo? Ella no hizo nada.

—Sí lo hizo. Simplemente no te diste cuenta porque estabas demasiado ocupado sin hacer nada.

Bernard se pasó una mano por la cara y exhaló.

—Te saludó y te dio la mano. No entiendo cuál es el problema.

—¿Estás bromeando? Se presentó como tu prometida, Bernard. ¿O te perdiste esa parte?

Bernard parpadeó.

—Sí, pero tú sabes que no es cierto, así que ¿qué importa lo que ella piense?

—Ni siquiera intentaste corregirla.

—¿Por qué lo haría? Ambos sabemos que no es verdad.

Me crucé de brazos y exhalé.

—¿Ella lo sabe?

—¿Qué quieres decir con si ella lo sabe?

—¿Le contaste sobre nosotros?

—Bueno, no, pero...

—¿Pero qué? ¿Estás esperando tu momento conmigo? ¿Esperando a ver si Carla te acepta de vuelta?

La expresión de Bernard se endureció.

—Eso no es cierto. Carla y yo rompimos porque no somos compatibles. No quiero volver con ella.

—Entonces, ¿por qué no me hablaste de ella?

Las manos de Bernard se cerraron en puños.

—Porque no pensé que importara. Ella es parte de mi pasado.

—También es parte de tu presente —señalé con un movimiento de cabeza—. Incluso la contrataste para trabajar para ti. ¿Por qué?

—Necesitaba trabajo, y sabía que sería un buen activo.

—Esa no puede ser la única razón.

Bernard se pasó una mano por la cara y soltó un suspiro.

—Rachel, no sé cuántas veces más puedo decirte esto, pero Carla no es el problema aquí.

—¿Cuál es el problema?

—Ni siquiera has notado lo estresado que he estado últimamente con todo lo que está pasando en el trabajo —continuó Bernard como si no me hubiera escuchado—. Y ni siquiera has intentado mejorar las cosas. En su lugar, estás ahí parada acusándome de cosas que no hice. No entiendo

por qué estás siendo tan desconsiderada e insensible...

—¿Yo soy desconsiderada e insensible? Tú eres el que está dejando que la gente, incluida tu ex prometida, piense que soy tu ama de llaves. Porque eso es lo que realmente piensas de mí, ¿no es así?

—No sé de qué estás hablando.

Dejé caer mis manos a los costados y di un paso hacia él.

—Sí lo sabes. Estuve de acuerdo en que deberíamos mantenerlo en privado porque pensé que sería mejor, pero nunca pensé en lo que significaba para ti. Tú y yo sabemos que no estábamos destinados a suceder. Si no fuera por aquella noche que pasamos juntos, ni siquiera estaríamos en la vida del otro.

Bernard apretó los labios en una fina línea blanca.

—Es cierto, ¿no? No te importo. Solo me mantienes a tu lado porque no tienes otras opciones. Y ahora que Carla ha vuelto, vas a correr de vuelta a ella.

Bernard se puso rígido.

—No voy a dignarme a responder a eso.

—Bien. No respondas. Haz lo que quieras, Bernard —pasé junto a él hecha una furia, deteniéndome para recoger mi bolso en el camino. Con un gruñido, giré el pomo y salí apresuradamente al pasillo. Esperé escuchar los pasos de Bernard, pero no me siguió. Tan pronto como entré en el ascensor, estallé en lágrimas.

Mis hombros temblaban y mi pecho se agitaba mientras las lágrimas calientes se deslizaban por mis mejillas.

Una vez que la puerta sonó al abrirse, salí tambaleándome, apenas pudiendo ver a través de mis lágrimas. Afuera, el sol de media mañana calentaba mi nuca mientras un viento frío soplaba. Me estremecí, entrecerrando los ojos hacia las calles medio vacías y solté un suspiro. Luego me dirigí hacia la parada del autobús, caminando rápidamente.

Todo el tiempo resistí el impulso de mirar por encima de mis hombros para ver si Bernard me seguía.

Ni siquiera estaba segura de si quería que lo hiciera.

Tan pronto como subí al autobús, saqué mi teléfono del bolsillo. Después de enviarle un mensaje a Taylor, me recosté en mi asiento y miré por la ventana. Desafortunadamente, no podía sacar de mi cabeza la expresión de Bernard o la mirada en su rostro cuando lo acusé de querer volver con Carla.

¿Lo había perdido para siempre?

Cuando me bajé del autobús y me encontré parada frente al edificio de Taylor, dudé y tragué saliva. Después de una rápida mirada en el cristal, pasé mis dedos por mi cabello e hinché el pecho. Mis ojos estaban enrojecidos y mi ropa arrugada, pero había poco que pudiera hacer.

Mantuve la cabeza baja mientras entraba en el edificio y tomaba el ascensor hasta su oficina. Con la cabeza en alto, pasé junto a filas y filas de cubículos hasta llegar a la oficina de Taylor en el extremo del piso. Después de asomarme por la ventana de cristal y ver que las luces estaban apagadas, me desplomé en las sillas metálicas alineadas contra la pared.

Un nudo se formó en mi garganta mientras enterraba mi rostro entre mis manos.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

¿Bernard iba a luchar por mí?

¿Por nosotros?

—¿Rachel Booth, eres tú?

Apresuradamente, levanté la mirada y pasé una mano por mi rostro. Un hombre alto y de cabello oscuro con traje estaba parado frente a mí. Mi visión se nubló hasta que parpadeé, y mis ojos se abrieron de sorpresa. Me puse de pie de un salto, tirando mi bolso al suelo con un golpe seco. Él se agachó para recogerlo y me lo ofreció.

—Grant, ¿qué estás haciendo aquí?

—Me transfirieron de vuelta hace unas semanas —respondió Grant con una sonrisa rápida. Esperó a que tomara mi bolso antes de meter sus manos en los bolsillos—. ¿Vienes a ver a Taylor?

Aclaré mi garganta y asentí.

—Sí, pero no contesta su teléfono.

—Reunión importante —me dijo Grant, sus ojos recorriendo mi rostro—. Estoy seguro de que saldrá pronto. ¿Estás bien?

—Mal día.

Grant sacó un paquete de pañuelos del bolsillo de su chaqueta.

—Parece que podrías necesitar estos.

—Gracias.

Era surrealista ver a Grant de nuevo después de todos estos años.

Considerando cómo terminaron las cosas entre nosotros, no sabía qué esperar cuando lo reconocí. Años atrás, cuando Taylor nos presentó, saltaron chispas y me imaginé un futuro con él. Aunque nunca había olvidado a Bernard o nuestra noche juntos, sabía que necesitaba seguir adelante.

Y había esperado que Grant fuera el tipo de hombre y padre que necesitábamos.

Desafortunadamente, cuando Grant recibió la oferta de transferencia, la aceptó y se fue sin mirar atrás. Como no estaba listo para un bebé, no lo había culpado, no cuando sabía la gran responsabilidad que era.

Pero sí le guardé rencor por un tiempo.

Especialmente porque había levantado mis esperanzas antes de destrozarlas.

—Escucha, me alegro de encontrarte porque quería disculparme.

Me sequé los ojos y tosí.

—¿De qué estás hablando?

—No fui justo contigo cuando estábamos saliendo —respondió Grant con una mueca—. Sé que ayudar a criar a un bebé me asustó, pero no debí haberme ido de la manera en que lo hice. Te

merecías algo mejor.

Me enderecé y arrugué el pañuelo.

—Está bien. Sé que estabas asustado.

—Lo estaba, pero no está bien. Lo siento. Me gustaría compensarte si me lo permites.

Le di una pequeña sonrisa.

—No es necesario.

—Insisto. ¿Puedo invitarte un café o algo mientras esperamos a Taylor?

Aclaré mi garganta.

—Me gustaría eso.

Capítulo 21: Más cerca

Rachel

—Sé que ahora no lo parece, pero las cosas van a estar bien.

Me soné la nariz antes de tirar el pañuelo a la papelera.

—¿Cómo? ¿Cómo van a estar bien las cosas?

Habían pasado días desde mi discusión con Bernard, y me sentía cada vez peor al respecto con cada día que pasaba. No solo no me había hablado directamente durante nuestras interacciones, sino que también tenía cuidado de dejar un amplio espacio entre nosotros cuando interactuábamos. Sentarme frente a él durante las comidas era una forma lenta de tortura, y odiaba cada minuto de ello.

Pero no tenía idea de cómo mejorar las cosas.

Ni estaba segura de querer hacerlo.

No podía ser la única luchando por nosotros.

Cada vez más, empezaba a preguntarme si Bernard se arrepentía de haberme traído a su vida. Querer ser parte de la vida de su hijo era una cosa. Involucrarse conmigo, la madre de su hijo, era otra, y había ignorado todas las señales de advertencia y la voz en mi cabeza que me decía que iba a complicar las cosas.

¿Por qué no había escuchado simplemente mis instintos?

Estaba claro que Bernard no estaba listo para comprometerse conmigo.

Y me veía obligada a interactuar con él a diario por el bien de Ron.

Afortunadamente, Ron no había notado nada extraño o forzado en nuestras interacciones. Cada mañana, mientras seguíamos la rutina, no dejaba de mirar a mi hijo y preguntarme si estaba haciendo lo correcto por él. Aunque quería que tuviera una familia como la que yo nunca tuve mientras crecía, también sabía que necesitaba darle un buen ejemplo.

Fingir que nada había cambiado entre Bernard y yo no era la manera de hacerlo. Ya me estaba pasando factura de más de una manera, y algunas noches me encontraba caminando de un lado a otro de mi apartamento y escuchando el sonido de pasos fuera de la puerta. Y cada vez que dejábamos a Bernard en el trabajo, contenía la respiración, esperando a medias ver a Carla salir de los arbustos y dirigirse directamente hacia él.

No podía seguir viviendo así.

No quería hacerlo.

Taylor sacó una silla y se sentó a mi lado en la mesa del comedor.

—Va a estar bien porque vamos a resolver esto.

—¿Cómo?

Taylor se inclinó hacia adelante y tomó mis manos entre las suyas.

—Aún no lo sé, pero no estás sola. Estoy aquí.

—Gracias, Tay.

—¿Por qué me das las gracias? No he hecho nada. Lo siento que Bernard no se haya puesto en contacto.

Me encogí de hombros y miré hacia la mesa.

—Supongo que no ponerse en contacto es mi respuesta, ¿eh?

—A veces los hombres son simplemente tercos —respondió Taylor con un apretón—. Simplemente no entiendo por qué no le diría a su ex. No tiene ningún sentido.

Las lágrimas se me acumularon en los ojos.

—Sí, yo tampoco lo entiendo.

Taylor me rodeó los hombros con un brazo y suspiró.

—Por el lado positivo, te he visto hablando con Grant cada vez que pasabas por la oficina. ¿Supongo que ustedes dos han aclarado las cosas?

Miré a Taylor y fruncí el ceño.

—Sí, apesta que se haya ido de la manera en que lo hizo, pero supongo que entiendo no estar listo para algo.

Taylor asintió.

—Sí, yo también. Por cierto, ha estado preguntando por ti y queriendo saber si hay algo que pueda hacer para ayudar.

—¿Lo ha hecho?

Taylor me dio una pequeña sonrisa.

—Sí, definitivamente todavía se preocupa por ti.

Solté un suspiro y me puse de pie.

—Eso es dulce.

—Necesitas un hombre confiable en tu vida, Rach. Alguien que te trate bien a ti y a Ron.

Recogí los platos de la mesa y los llevé al fregadero.

—¿Estás tratando de decirme que debería darle otra oportunidad a Grant?

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo. —Taylor se levantó y se acercó a mí. Me hizo a un lado con un codazo y comenzó a lavar los platos—. Sé que las cosas no funcionaron la última vez, pero creo que esta vez será diferente.

—No creo que pueda pensar en eso ahora —respondí sin mirarla—. Creo que debería concentrarme en Ron.

Y en curar mi corazón roto.

Unos días después, cuando Ron y yo pasamos por la oficina de Taylor para llevarla a cenar, me encontré con Grant fuera de su oficina, y las palabras de Taylor me vinieron inmediatamente a la mente. Se agachó frente a Ron y sacó un paquete de chicles de sus bolsillos.

—¿Sabías que te conozco desde antes de que nacieras?

Ron tomó el chicle y lo miró fijamente.

—¿Eres amigo de mi mami?

—Lo somos. —Grant se puso de pie y me dedicó una sonrisa—. Tienes una gran mami, Ron. Espero que lo sepas.

Ron se pegó a mí y asintió.

—Lo sé.

—Taylor está retrasada en una reunión. ¿Por qué no vienen ustedes dos a esperar en mi oficina?

Antes de que pudiera protestar, Ron salió corriendo tras él, hablando rápidamente todo el tiempo. Lo seguí, pasando por filas y filas de cubículos vacíos. Al otro lado del piso, Grant se detuvo y abrió la puerta. Encendió las luces, y la luz fluorescente inundó la habitación, cegándome momentáneamente. Cuando entré, Grant dejó la puerta entreabierta antes de colocarse detrás de su escritorio.

Me dio una sonrisa brillante antes de abrir el refrigerador detrás de él.

—Tengo chocolate y tengo refresco. ¿Qué te parece?

Ron se sentó en el sofá y se metió las piernas debajo.

—¿Puedo tomar un refresco, mami, por favor?

—Medio refresco. No queremos arruinar tu cena —respondí—. Pero nada de chocolate hasta después de la cena.

—Tu mamá tiene razón. Demasiado chocolate te pudrirá los dientes. —Grant se estiró detrás de él y sacó dos latas de refresco y una barra de chocolate. Se acercó a Ron y le entregó la lata de refresco con un floreo. Luego me ofreció el chocolate, rozando nuestros dedos mientras lo hacía.

A pesar de que nos separamos de la manera en que lo hicimos, Grant seguía siendo el mismo hombre con el que Taylor había intentado emparejarme. No solo era tan atento y dulce como recordaba, sino que también había algo diferente en él. Se comportaba de manera diferente y con mucha más confianza de lo que recordaba, como si los últimos cinco años lo hubieran hecho madurar.

La madurez le sentaba bien.

—Gracias por esto. —Despegué el envoltorio y partí un trozo—. Ni siquiera sabía que lo necesitaba.

Grant señaló una de las sillas frente a su escritorio y tomó la otra.

—Es un placer. Lamento que no haya más que pueda hacer para ayudar.

Me hundí en la silla frente a él y suspiré.

—Ya estás haciendo mucho.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—Lo estás haciendo —lo miré directamente y le di una pequeña sonrisa—. Entonces, ¿cómo se siente estar de vuelta? ¿Extrañas Chicago?

Grant se recostó en su silla y cruzó los brazos sobre su regazo. —Me gustaba Chicago, pero definitivamente me gusta mucho más Los Ángeles. Tiene mucha más vida y color.

—Eso es bueno entonces. ¿No te arrepientes de haber vuelto?

—Para nada.

—Aquí están —Taylor se materializó en la puerta, con una fina capa de sudor en la frente y sus tacones en las manos—. Pensé que se habían ido sin mí.

—No iríamos a cenar sin ti —me levanté y me alisé la parte delantera de la camisa—. ¿Estás lista para irnos?

—Déjame lavarme la cara y arreglarme. Grant, ¿te importa si uso tu baño? Estoy demasiado cansada para volver a mi oficina.

—Por supuesto.

Taylor pasó junto a nosotros, lanzándome una mirada significativa al pasar. —Espero no haber interrumpido nada.

Grant se metió las manos en los bolsillos. —Para nada. Rach y yo solo estábamos poniéndonos al

día.

—Deberías unirme a nosotros para cenar, Grant. Si no tienes nada más que hacer.

—No tengo planes, y me encantaría, gracias.

La cabeza de Taylor se asomó por el baño, con gotas de agua deslizándose por su rostro y una brillante sonrisa. —Genial. Probablemente iremos a comer mexicano. ¿Alguna objeción?

—La comida mexicana suena estupenda.

Taylor salió con la camisa metida en la falda y el cabello en ondas sueltas alrededor de sus hombros. —Perfecto. Vámonos entonces.

Con eso, tomó la mano de Ron en la suya, y los dos caminaron delante de nosotros. Grant y yo íbamos detrás, haciendo charla trivial todo el tiempo. En el ascensor, Grant se paró junto a mí mientras Ron rebotaba sobre la punta de sus pies. Una vez que llegamos al garaje, Grant nos guió hacia su coche y nos abrió la puerta.

Taylor se subió atrás con Ron, dejándome en el asiento del pasajero junto a Grant. En el espejo retrovisor, ella seguía lanzándome miradas significativas mientras hablaba con Ron. Durante la cena, Taylor aprovechó cualquier excusa para empujarnos a ambos a conversar, sonriendo para sí misma todo el tiempo. Afortunadamente, Grant no se dio cuenta de nada.

Durante toda la cena, estuvo atento y amable, haciendo todo lo posible para asegurarse de que tanto Ron como yo tuviéramos todo lo que necesitábamos. No paraba de contar historias para hacer reír a Ron, e incluso logró sacarme una sonrisa o dos. Al final de la noche, el nudo en mi estómago se había deshecho, y me sentía mejor con todo.

Al menos hasta que Grant nos dejó frente al edificio de apartamentos, y vi a Bernard a través de las puertas de cristal. Tenía el teléfono pegado a la cara y una expresión agobiada. Nuestras miradas se cruzaron cuando entró al ascensor, y contuve la respiración hasta que las puertas se cerraron tras él. Tan pronto como lo hicieron, solté un suspiro de alivio y llevé a Ron adentro.

Unos momentos después, las puertas del ascensor se abrieron. Seguí mirando de reojo hacia la puerta de Bernard mientras luchaba con mi llave. Finalmente, la puerta se abrió con un clic, y Ron entró primero saltando mientras yo lo seguía de cerca. Durante el resto de la noche, seguí encontrando excusas para revisar la puerta, incluso cuando sabía que no había nadie allí.

Durante los días siguientes, hice todo lo posible por mantenerme ocupada.

Entre el trabajo y mis cenas con Taylor, no quería quedarme a solas con mis pensamientos. Taylor hacía todo lo posible por mantenerme distraída, y cada vez que la visitaba, terminaba encontrándome con Grant. Cada vez, él saludaba a Ron y a mí con una sonrisa y algún tipo de dulce.

Pero aún no podía verlo como algo más que un amigo.

No cuando todavía suspiraba por Bernard y rezaba para que volviera conmigo.

Capítulo 22: Pequeños secretos sucios

Bernard

Estar cerca de Rachel era difícil.

Especialmente cuando tenía que mantener las manos quietas y fingir que el espacio entre nosotros no me estaba matando. Durante la última semana, había hecho todo lo posible para respetar sus deseos, incluso manteniendo nuestras conversaciones estrictamente sobre Ron, pero no sabía cuánto más podría aguantar.

Y no tenía ni idea de cómo mejorar las cosas.

¿Cómo se suponía que iba a hacerlo cuando ella ni siquiera me miraba?

Por las mañanas, ya no se demoraba en el desayuno y en su lugar apresuraba a Ron a salir por la puerta tan pronto como terminaba. Por las tardes, se sentaba lo más lejos posible de mí en el coche y no decía una palabra hasta que Ron subía y rompía el silencio. Sin embargo, las cenas eran mucho peores. Se habían esfumado los cálidos abrazos y las brillantes sonrisas que me daba cuando llegaba a casa del trabajo. En su lugar, eran reemplazados por un saludo rígido y un asentimiento en mi dirección.

Realmente había estropeado las cosas.

¿Por qué no podía hacerla feliz?

Durante los últimos días, había considerado ir a su apartamento varias veces, y cada vez me detenía con un pie fuera de la puerta. Dado que aún no tenía idea de cómo mejorar las cosas o qué decirle para asegurarle mis sentimientos por ella, no creía que fuera una buena idea buscarla. No hasta que supiera exactamente cómo arreglar las cosas entre nosotros.

Desafortunadamente, no estaba más cerca de averiguarlo de lo que estaba cuando discutimos por primera vez. Una y otra vez, seguía repitiendo las palabras que me dijo, y seguía viendo su rostro retorcido de ira y dolor mientras me miraba. Por mucho que me importara Rachel y quisiera hacerla feliz, no sabía nada sobre cómo mantener una relación saludable.

Ni siquiera cuando se trataba de Rachel.

Hacer que funcionara los últimos meses había sido un golpe de suerte.

Pero con Carla de vuelta en escena, debería haber sabido que las cosas no iban a ser fáciles. Aunque me caía bien Carla y quería ayudarla, también había presenciado de primera mano lo que era estar en el extremo receptor de su antipatía. Una y otra vez, había visto a Carla derribar a cualquiera que percibiera como una amenaza, pero no le había dado mayor importancia. Como no me afectaba, no había visto razón para hacerlo.

Pero probablemente Rachel tenía razón.

Debería haber detenido a Carla y haberle aclarado las cosas.

Por mi vida, no podía entender por qué no lo había hecho.

Con un ligero movimiento de cabeza, me enderecé en la silla y tomé el teléfono de la oficina. Después de hacer una rápida llamada a Mary, acerqué la silla al escritorio y miré fijamente el portátil. Poco después, Carla apareció en la puerta de mi oficina, con ojos brillantes y evaluadores. Entró en mi oficina y la puerta se cerró tras ella con un clic. Tan pronto como se sentó, la miré y entrelacé mis dedos.

—Creo que sabes por qué estás aquí.

—Siento haberme precipitado el otro día, pero supuse que era cuestión de tiempo antes de que cambiaras de opinión de todos modos.

—No voy a cambiar de opinión, Carla. Y te agradecería que no fueras por ahí diciendo a la gente que tú y yo estamos comprometidos.

Carla se encogió de hombros y cruzó una pierna sobre la otra. —¿Cuál es el problema? No es como si se lo hubiera dicho a alguien importante.

Desenlacé mis dedos y la miré fijamente. —No quiero que se lo digas a nadie, punto. No estamos comprometidos. No vamos a comprometernos de nuevo. Esto no está sujeto a discusión.

—Tu padre dijo que no ibas a ceder de inmediato. Supongo que debería haberle escuchado.

—¿Qué acabas de decir?

Carla se aclaró la garganta y descruzó las piernas. —Nada. No es importante.

—No más visitas sorpresa en casa, no más anuncios —le dije, levantando la barbilla—. Soy tu jefe y tú eres mi empleada. Somos conocidos casuales.

—Somos más que eso. Prácticamente éramos familia en un momento dado.

—No hay necesidad de hacer esto más difícil de lo que tiene que ser. Valoro tus contribuciones a la empresa, pero necesito saber que no vas a causar problemas.

Carla se irguió. —Entendido.

—Bien. Puedes volver al trabajo ahora.

Carla me miró fijamente un rato más antes de ponerse de pie y dirigirse hacia la puerta. Abrió la puerta de un tirón, sus tacones resonando constantemente contra el suelo. Una vez que la puerta se cerró de golpe tras ella, levanté la vista y fruncí el ceño.

Carla definitivamente tramaba algo.

Y no me gustaba que estuviera en contacto con mi padre.

Lo último que quería era que los dos anduvieran a escondidas y haciendo planes a mis espaldas. Por separado, los dos ya eran bastante difíciles de manejar. Juntos, sería casi imposible. Desafortunadamente, ahora que sabía que estaban conspirando juntos, tenía que vigilarlos.

Antes de que las cosas se salieran de control.

Y necesitaba arreglar las cosas con Rachel.

Había estado tan cegado por el estrés y las complicaciones en el trabajo que no había podido ver lo que tenía justo delante. Aunque era demasiado tarde para cambiar eso, esperaba que aún hubiera una oportunidad de recuperarla y mostrarle lo en serio que iba con lo nuestro.

Empezando por Carla.

Con un suspiro, tomé mi teléfono y marqué el número de Rachel. En el último timbre, saltó el buzón de voz, y colgué después de dejarle un mensaje. Unas horas más tarde, la llamé de nuevo entre reuniones, pero seguía sin contestar. Cuando llegó el final del día y el sol se hundía bajo el horizonte, estaba ansioso y frustrado.

Rachel no podía evitarme para siempre.

No cuando teníamos un hijo juntos.

En el coche, de regreso a casa, pensé en lo que quería decir. Le di vueltas y más vueltas en mi cabeza hasta que me sentí mejor con mi discurso. Desafortunadamente, cuando salí del ascensor y me detuve frente a su apartamento, no hubo respuesta. Pegué el oído a la puerta y escuché, pero no pude oír nada.

Había salido de nuevo.

Desde nuestra pelea, Rachel alternaba entre cenar con nosotros e ir a cenar con Taylor. A veces, se llevaba a Ron con ella, pero la mayoría de las veces lo dejaba conmigo, sabiendo lo importante que era que los dos estrecháramos lazos. Aunque me preocupaba que Ron estuviera percibiendo la tensión entre nosotros, él no había mencionado nada en absoluto.

Saber que se libraba del drama me daba un pequeño consuelo.

Pero no duró mucho porque al día siguiente, cuando Jonathan y yo fuimos a recoger a Rachel al apartamento, ella estaba afuera con un hombre alto y de cabello oscuro que le prestaba mucha atención. Cuando el coche se detuvo y la vi riendo, mi estómago se hundió y se me hizo un nudo.

Su expresión se volvió inexpresiva tan pronto como posó sus ojos en mí.

Fulminé con la mirada al hombre mientras la ayudaba a entrar en el coche con una sonrisa.

Él evitó mi mirada todo el tiempo.

En el coche, me senté con las manos cruzadas en mi regazo y un extraño zumbido en la parte posterior de mi cabeza. Cuando llegamos a la escuela de Ron poco después, mi corazón latía con fuerza y el mal sabor en mi boca había empeorado. Varias veces, miré de reojo a Rachel, con una protesta en la punta de la lengua, solo para tragármela de nuevo.

¿Por qué no podía descifrar qué decirle?

¿Por qué era tan difícil acortar la distancia entre nosotros?

Ron era su habitual bola de energía cuando subió al coche y se acomodó entre nosotros. Pasó el viaje de vuelta al apartamento hablando con nosotros y compartiendo bromas con Jonathan,

quien estaba más que feliz de complacerlo. Los dejé en el apartamento con un dolor en medio del pecho y pesadez en mis pasos.

Cuando volví a la oficina, pasé a ver a Carla de camino.

Definitivamente estaba tramando algo.

Y la única forma en que sabía cómo arreglar las cosas era llegar al fondo del asunto.

Era mejor que quedarse sentado esperando que llegara la inspiración.

Durante el resto del día, encontré excusas para vigilar a Carla, y la llamé a mi oficina varias veces. En algunas ocasiones, vi un extraño brillo en sus ojos y una dureza alrededor de su boca, pero no dijo nada. Por la tarde, llamé a mi padre y escuché atentamente cualquier cosa inusual en su voz.

Pero no reveló nada.

A diferencia de Carla, mi padre sabía cómo jugar a largo plazo, y rara vez revelaba algo. Quebrarlo iba a llevar algo de tiempo, especialmente si quería llegar al fondo de lo que estaban haciendo. Durante los siguientes días, vigilé de cerca a Carla y seguí inventando excusas para hablar con ella.

Aparte de su desliz en mi oficina, no reveló nada más.

Por el contrario, hablaba de todo lo relacionado con el trabajo con una sonrisa en su rostro y evitaba cualquier mención de nosotros como pareja. Me frustraba sin fin, pero tenía que asumir que era porque mi padre la estaba asesorando. Unos días después, la escuché por teléfono con mi padre de camino a casa, y me detuve a escuchar.

Cuando colgó el teléfono, me apresuré hacia el ascensor, mi mente dando vueltas con posibilidades. En el camino a casa, seguí revisando mi teléfono mientras el mundo exterior pasaba zumbando, un borrón de color y movimiento. Jonathan me dejó en mi lugar habitual antes de alejarse. En el ascensor, no dejaba de golpear con el pie y mirar mi reloj.

Una vez que las puertas se abrieron con un tintineo, Ron se materializó de la nada y se dirigió directamente hacia mí. Lo atrapé en el último segundo antes de que los dos cayéramos al suelo. Taylor estaba de pie a unos metros detrás de él, con una mano en su bolso y la otra metida en el bolsillo de su abrigo. Me dio una sonrisa forzada cuando la miré.

—Vendremos a recogerte más tarde, ¿de acuerdo?

—Gracias, tía Tay —Ron acompasó su paso al mío mientras caminábamos hacia mi apartamento. En la entrada, saqué las llaves de mi bolsillo e hice pasar a Ron. Luego me di la vuelta para enfrentar a Taylor, con el corazón latiendo fuertemente contra mi pecho.

—¿Está todo bien?

—Sí, Rachel tenía un recado que hacer, así que me pidió que cuidara a Ron. Vamos a salir a cenar, así que volveremos a recogerlo más tarde —respondió Taylor, con la mirada vagando por todas partes menos mi cara—. Ya tomó un refrigerio, así que no tendrá mucha hambre.

—Entendido. Gracias.

Taylor se balanceó de un pie al otro. —De nada.

—Oye, Tay...

—¿Hmm?

Abrí y cerré la boca antes de sacudir la cabeza. —Olvidalo. Espero que ambas disfruten su cena.

—Gracias. Nos vemos.

—Nos vemos.

Capítulo 23: Atrapada

Bernard

—No estaré fuera mucho tiempo —le dije, deteniéndome para alborotar el cabello de Ron—. Y estoy seguro de que tendrás muchas historias que contarme cuando regrese.

Ron me miró—. ¿Tienes que irte?

—Volveré pronto —repetí con una pequeña sonrisa—. Mientras esté fuera, pórtate bien con tu madre, ¿de acuerdo? No le des problemas.

—Lo intentaré —respondió Ron. Me rodeó con sus brazos para darme un abrazo, y lo estreché contra mí, inhalando su aroma frutal. Poco después, cuando se retorció y se apartó, lo solté. Lentamente, me puse de pie y lo vi correr de vuelta al apartamento, rozando a Rachel, que estaba en la puerta.

Todavía no había podido recuperarla.

Y la distancia entre nosotros se sentía más fuerte y amplia que nunca.

Pero no me estaba dando por vencido.

No podía.

—Lamento el momento —comencé, haciendo una pausa para cambiar el peso de un pie al otro—. Ojalá esto llegara en un mejor momento. Intenté posponerlo.

Rachel se apartó el cabello de la cara y se aclaró la garganta—. Está bien. Sé que tenías toda una vida antes de nosotros.

Di un paso hacia ella, y se quedó inmóvil—. Sé que la fastidié, Rach, pero voy a arreglar las cosas entre nosotros. Solo necesito algo de tiempo, y necesito que no te rindas conmigo.

Rachel me miró fijamente y no dijo nada.

—Tenías razón, y cuando regrese, tú y yo vamos a hablar de las cosas.

Rachel escudriñó mi rostro—. Ya veremos.

Tomé ambas manos entre las mías y las llevé a mis labios para besarlas. Cuando me demoré, mi aliento caliente bailando sobre su piel, Rachel contuvo la respiración. Me miró con ojos entrecerrados. Luego retiró sus manos y las dejó caer a los costados. A regañadientes, di unos pasos atrás y le lancé una mirada significativa.

—No te rindas conmigo, Rachel. Voy a arreglar esto.

Antes de que pudiera responder, giré sobre mis talones, tomé mi bolsa y la arrastré detrás de mí. Cuando subí al ascensor, Rachel seguía de pie en la puerta, con su vestido hasta las rodillas y las manos apretadas. Desapretó las manos cuando me miró y soltó un profundo suspiro. Un momento después, la puerta se cerró tras ella, y el ascensor me llevó abajo.

Jonathan me esperaba en su lugar habitual y tomó mi bolsa tan pronto como salí. En silencio, me subí a la parte trasera y miré por la ventana, mi mente corriendo con posibilidades. En el aeropuerto, esperé hasta que Jonathan se alejó conduciendo, convirtiéndose en un punto en el horizonte, antes de hacerle señas a un taxi.

Tan pronto como entré al taxi, saqué mi teléfono y lancé la aplicación. En la pantalla, vi la puerta de mi oficina abrirse con un chirrido y apareció el rostro de Carla. Con el ceño fruncido, me incliné más cerca, y mi corazón latía con fuerza contra mi pecho.

Planear un viaje de negocios falso no había sido difícil.

No dejar que nadie supiera lo que realmente estaba haciendo había sido difícil.

Especialmente cuando quería ser sincero con Rachel y suplicar su perdón.

Desafortunadamente, sin pruebas, sabía que no iba a recuperarla. Habiendo pasado las últimas semanas observando cada movimiento de Carla, esperando a que se delatara, me sentí aliviado de que las cosas finalmente iban a terminar. No solo iba a descubrir finalmente qué era lo que realmente tramaba, sino que también iba a recuperar a Rachel, silenciando cualquier duda que tuviera de una vez por todas.

Solo necesitaba esperar un poco más.

Observé a Carla avanzar sigilosamente y mirar alrededor. Brevemente, vi su reflejo en el cristal antes de que caminara de puntillas, sus pies descalzos silenciosos sobre la alfombra. Luego

estaba detrás de mi escritorio, hurgando entre los papeles allí. Una vez que terminó, abrió y cerró varios cajones, con un pequeño surco entre sus cejas todo el tiempo. Se echó el cabello sobre los hombros y gruñó cuando el último cajón no cedió. Con el ceño fruncido, metió la mano en su chaqueta y sacó una ganzúa.

Carla sonrió triunfante y forzó la apertura del cajón.

Luego se volvió hacia la computadora portátil, sus dedos moviéndose rápidamente por el teclado.

Dado que había colocado varias cámaras en mi oficina para confirmar mis sospechas, podía verla desde todos los ángulos. Mientras el taxi se movía por las calles concurridas de la ciudad, con colores y formas pasando rápidamente en ambas direcciones, no aparté la mirada de Carla. Poco después, recibí una alerta en mi teléfono y sonreí.

Como era de esperar, Carla estaba intentando hackear la computadora.

Me alegré de haberles dado el día libre al resto de los empleados.

Considerando nuestra historia, lo último que quería era que esta historia llegara a la primera plana de los tabloides. Cuando el taxi se detuvo frente al edificio de oficinas, vi a Carla acceder a varios archivos confidenciales de la empresa y hacer copias de ellos. Trabajaba rápida y silenciosamente, mirando hacia la puerta de vez en cuando. Después de pagar al taxista, me apresuré a través del vestíbulo vacío y me dirigí al ascensor.

Tan pronto como el ascensor se abrió en mi piso, avancé sigilosamente, con el corazón galopando constantemente dentro de mi pecho. Me dirigí directamente a la oficina y no me detuve hasta que empujé la puerta con un golpe seco. Carla saltó cuando entré, y sus ojos se abrieron como platos. Dio unos pasos hacia atrás hasta que quedó presionada contra la pared, una fina capa de sudor brotando en su frente.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo soy el que va a hacer las preguntas, Carla —le dije, acortando la distancia entre nosotros y frunciendo el ceño—. Tengo cámaras de seguridad en toda mi oficina. Tenía la sensación de que ibas a intentar algo cuando me fuera, así que tomé mis precauciones.

Carla se apartó de la pared y enderezó la espalda—. ¿Me tendiste una trampa? ¿Por qué harías eso?

—Porque sabía que tramabas algo, pero no podía descubrir qué era.

Carla cruzó los brazos sobre el pecho y me lanzó una mirada pétrea.

—Puedo mostrar el video a la policía, o puedes decirme qué estás haciendo realmente aquí —continué, haciendo una pausa para girar el teléfono en su dirección—. ¿Qué va a ser, Carla?

Carla tragó saliva. —¿No vas a enviar eso realmente a la policía, verdad? No después de todo lo que hemos pasado juntos.

Me encogí de hombros. —¿De verdad quieres correr ese riesgo? Tu reputación quedará arruinada y toda tu familia se enterará de esto. No creo que quieras arriesgarte a eso.

No cuando tenía tanto en juego.

Carla palideció y dejó caer los brazos a los costados. —Tu padre me envió aquí para espiarte.

Mi estómago dio un vuelco y un zumbido bajo comenzó en mis oídos. —¿Qué?

—Supongo que debería empezar desde el principio. —Carla salió de detrás de mi escritorio y se pasó una mano por la cara—. Hace años, cuando tú y yo nos conocimos, yo ya sabía quién eras. Tu padre fue quien me llamó y me presionó para que me acercara a ti.

—¿Mi padre te dijo que me persiguieras?

Saber que mi padre no tenía reparos en controlar mi vida era una cosa.

Darme cuenta de que estaba orquestando muchas cosas entre bastidores era otra.

Quería poner mis manos a ambos lados de sus hombros y sacudirlo con fuerza.

—Sí, y me dijo que con el tiempo tú me propondrías matrimonio porque era lo correcto. Estaba bastante seguro de que podría desgastarte por su lado.

Aspiré bruscamente. —Entonces, ¿toda nuestra relación fue una mentira?

Carla negó con la cabeza. —No, tienes que entender que mis sentimientos por ti sí se desarrollaron, y hice todo esto porque te amo, Bernard. Sabía que esta era la única manera de estar contigo.

—¿De qué estás hablando?

—Sabía que si terminaba nuestro compromiso y me mudaba para estudiar, te sentirías culpable. Tu padre me dijo que tenía que hacerlo porque era la única manera de ganarte, así que me fui. Y me mantuve alejada con la esperanza de que entrarías en razón.

El zumbido en mis oídos se hizo más fuerte y la bilis subió por mi garganta.

No podía decidir qué era más repugnante, el hecho de que los dos hubieran estado trabajando juntos todo el tiempo o el hecho de que mi padre me conociera lo suficientemente bien como para saber cómo reaccionaría. Lo único que sabía era que seguía allí de pie, con las palmas sudorosas y el corazón retumbando, sin saber qué hacer a continuación.

—Empecé a impacientarme —añadió Carla con el ceño fruncido—. Pensé que nunca volverías a mí si yo no estaba aquí, así que me puse en contacto con tu padre. Él me dijo que la única manera de acercarme a ti era convencerte de que me contrataras.

—¿Por eso querías trabajar aquí? ¿Para reconquistarme?

Carla hizo una mueca y se detuvo a pocos metros. —Sí, pero tu padre también quería que le diera información.

Mi estómago se contrajo. —¿Qué tipo de información?

—Información sobre la empresa. Listas de clientes, paquetes de seguros, etc. Quería que me infiltrara en la empresa para que fracasara.

Clavé las uñas en las palmas de mis manos. —¿Y aceptaste todo esto?

—Solo está velando por ti, Bernard. Al igual que yo. Tu padre quiere que heredes la empresa familiar. Eso no es algo malo.

Di dos pasos atrás y me froté la cara con la mano. —Entonces, déjame ver si lo entiendo. Volviste aquí y me engañaste para que te diera un trabajo, para que pudieras espiarme para mi padre, quien quiere que mi empresa fracase, para que yo tuviera que hacerme cargo del negocio familiar.

—Sí, pero cuando lo pones así...

—No hay otra forma de ponerlo, Carla —interrumpí—. No hay manera de que pueda justificar lo que estabas haciendo.

Carla se abalanzó hacia mí, con los ojos muy abiertos. —Pero lo hice porque te amo. Tú y yo estamos destinados a estar juntos, Bernard. Sé que no puedes verlo ahora, pero sé que puedo hacerte ver.

—En primer lugar, tú y yo nunca vamos a estar juntos, Carla. Incluso si no te hubiera atrapado pasando información a mi padre, aun así no funcionaría. No te amo; sabes que no. Así que no entiendo por qué sigues obsesionada con esto.

Los ojos de Carla se tensaron alrededor de los bordes. —Solo crees que la amas, Bernard. Ella no es una buena pareja para ti.

Me puse rígido y mi pulso se aceleró. —No sé de qué estás hablando.

—Sé que tú y Rachel están juntos. Tu padre te vigila de cerca, y sé que Ron probablemente sea tu hijo, aunque tu padre no está seguro.

La sangre rugía en mis oídos cuando acorté la distancia entre nosotros y la fulminé con la mirada. —Más te vale estar bromeando, Carla.

Carla se aclaró la garganta. —¿Por qué lo haría? He hecho todo lo posible para interponerme entre ustedes dos desde que llegué aquí, y te sorprendería lo fácil que fue. Rachel no tiene mucha fe en sí misma, así que no fue difícil sembrar la semilla de la duda.

—Lárgate —espeté, entrecerrando los ojos hasta convertirlos en rendijas—. Vete ahora mismo antes de que cambie de opinión y le cuente a la policía lo que estabas haciendo aquí hoy.

Carla vaciló por un segundo antes de salir disparada junto a mí, con los zapatos chirriando contra el suelo. Me giré para mirarla, la vi subir al ascensor y dejé escapar un gruñido. Cuando estuve seguro de que estaba lo suficientemente lejos, tiré todo lo que había sobre mi escritorio, con la visión volviéndose roja.

Mi padre iba a responder por esto.

Me iba a asegurar de ello.

Capítulo 24: Confrontación

Bernard

—Bernard, no te esperaba...

Pasé empujándolo y entré al apartamento.

—No. Ambos sabemos por qué estoy aquí.

Mi padre se quedó en la puerta, con su bebida en la mano. Un momento después, se encogió de hombros y cerró la puerta. Luego terminó su trago y lo dejó sobre la mesa junto a la entrada. Se giró para mirarme directamente y no dijo nada.

—¿Cómo pudiste? ¿Carla, en serio? Supongo que no debería sorprenderme, considerando lo que has intentado hacer en el pasado.

—Todo lo que he hecho ha sido por tu bien —respondió sin titubear—. Sé que ahora no puedes verlo, pero tanto mi empresa como Carla son tu futuro. Todo lo demás no importa.

Entrecerré los ojos.

—Eso es lo que a ti te concierne. ¿Por qué te cuesta tanto creer que puedo forjarme una buena vida por mí mismo? ¿Por qué estás tan desesperado por que vuelva a la empresa?

Se irguió.

—Porque es donde perteneces.

—No pertenezco contigo —siseé—. Ni siquiera quiero estar cerca de ti. Ya es bastante malo que nunca te hayas preocupado por mí, pero ¿intentar destruir mi empresa desde adentro? Eso es un nuevo nivel bajo, incluso para ti.

Mi padre acortó la distancia entre nosotros y sus ojos destellaron con emoción.

—No sé qué te habrá dicho Carla...

—Me lo contó todo —lo interrumpí, haciendo una pausa para retroceder unos pasos—. ¿Acaso

quiero saber por qué?

—Porque eres mi hijo y te amo.

—No destruyes a las personas que amas. Se lo hiciste a mamá y ahora intentas hacérmelo a mí, pero no te lo permitiré.

—Yo nunca destruí a tu madre.

Me puse tenso y vi manchas rojas bailando en mi campo de visión.

—Sí lo hiciste. No me importa lo que te digas a ti mismo para dormir por las noches, pero tú eres la razón por la que ella murió. ¿Cómo puedes siquiera vivir contigo mismo?

—Yo no maté a tu madre —repitió levantando la barbilla—. Tu madre estaba enferma.

Lo señalé con el dedo, temblando.

—Nunca vas a asumir la responsabilidad de nada, ¿verdad? Por lo que a ti respecta, todos los demás cometen errores, pero el gran Michael Shaw nunca lo hace.

Un músculo se tensó en su mandíbula.

—Yo nunca dije eso.

—Podrías haberlo hecho. Ella nunca iba a ser lo suficientemente buena para ti. Y yo nunca voy a ser lo suficientemente bueno para ti, ¿verdad? No importa cuántas veces te detenga o lo bien que lo haga. Simplemente nunca va a ser suficiente.

Mi padre se enderezó y soltó un suspiro.

—Necesitas sentarte.

—No.

Señaló el sofá de cuero marrón frente a él.

—Siéntate, ahora.

Lo miré fijamente durante unos momentos antes de dirigirme furioso hacia el sofá. Me senté en

el borde y lo observé con los ojos entrecerrados. Él tomó asiento en el sillón frente a mí, manteniendo la espalda erguida.

—Sé que tú y yo no vemos las cosas de la misma manera —comenzó con voz clara—. Y tenemos ideas diferentes sobre cómo debería ser tu vida, pero necesitas saber la verdad sobre tu madre. Yo amaba a Eleanor, aún la amo, pero tu madre estaba enferma.

—Deja de decir eso.

Por lo que a mí respectaba, estaba intentando eximirse de culpa.

Y no iba a permitirselo.

Finalmente me había presionado demasiado, y por fin estaba listo para contraatacar.

Hasta que uno de los dos se quebrara.

Mi padre se aclaró la garganta y se inclinó hacia adelante.

—Es cierto. Sé que ella hizo lo mejor que pudo contigo, pero tu madre había estado luchando desde el momento en que naciste.

Apreté los labios en una fina línea blanca.

—Tenía depresión posparto —continuó en voz más baja—. No lo sabíamos en ese momento, así que estuvo sin diagnosticar durante mucho tiempo.

—Ella... ¿qué? No, mamá no estaba enferma.

No podía haberlo estado.

Todos mis recuerdos de ella eran de una mujer fuerte y amorosa que habría movido cielo y tierra por mí.

Mi padre exhaló y entrelazó los dedos.

—Nunca quise decírtelo. De hecho, ella me suplicó que no lo hiciera, pero es hora de que sepas la verdad. Yo amaba a tu madre, pero ella fue quien me alejó. Me mantuvo a distancia, así que intenté respetar sus deseos. Esperaba que con el tiempo mejorara.

—Incluso esperaba que su amor por ti la ayudara a encontrar el camino de vuelta a nosotros, pero su depresión empeoró con el tiempo. Hasta me acusó de tener aventuras, incluso una con su mejor amiga.

—Pero yo estaba allí. La vi.

Y no había visto ninguna señal de su enfermedad.

Pero no había estado buscando.

—Intenté mantenerte alejado de eso. ¿Por qué crees que te envié a un internado? No quería que vieras a tu madre así. Estaba tratando de protegerte, Bernard. Siempre he intentado protegerte.

Me puse de pie y me pasé una mano por la cara.

—No, no es posible.

Mi padre inhaló bruscamente y bajó la cabeza.

—Pasé años diciéndome lo mismo. Durante mucho tiempo, me convencí de que la Eleanor que amaba encontraría el camino de vuelta a mí, pero nunca lo hizo.

—Incluso en sus peores días, ella fue una madre mucho mejor de lo que yo fui como padre.

Apenas podía oír algo más allá del zumbido sordo en mis oídos.

En cambio, me quedé allí mirándolo mientras un fuego rugía en el fondo, proyectando largas sombras en la pared. Seguí esperando que levantara la mirada hacia mí, que la sonrisa burlona habitual lo delatara, pero permaneció encorvado, su imponente figura frágil y derrotada.

No se parecía en nada al hombre que había llegado a conocer.

De repente, vi a mi madre hablando sola en el baño. Recordé cómo se inquietaba cada vez que mi padre se acercaba demasiado y cómo siempre miraba por encima de sus hombros cuando él la abrazaba. Luego la vi en la cama, con una manta subida hasta la barbilla y una expresión vacía en el rostro.

Me había permitido olvidar en un intento desesperado de protegerme de la verdad.

Después de todos estos años, la verdad aún dolía.

Nunca debería haber confrontado a mi padre.

—¿Qué pasó el día que murió?

Lentamente, mi padre se puso de pie y se irguió en toda su estatura. Sus ojos azules estaban abiertos y llenos de emoción cuando me miró.

—Te dije que se quedó en la cama todo el día hasta que fui a despertarla, y yo... ella no despertaba.

Asentí con rigidez.

—Había una nota en su mesita de noche. ¿Recuerdas cómo me gritaba y me chillaba la noche antes de morir?

Hice una pausa. —Sí, era algo sobre ti y su amiga... Deborah.

Mi padre se pasó una mano por la cara y su expresión se tornó solemne. —Ella pensaba que Deborah y yo teníamos una aventura. Se enfureció cuando nos vio juntos, y tuve que sujetarla para que no lastimara a Deborah.

Escudriñé su rostro, sintiendo la bilis subir por mi garganta. —¿La tenías?

Negó con la cabeza. —Tu madre es la única mujer que he amado y la única que amaré jamás.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

—Porque no tenía idea de que me culpabas por su muerte y que cargabas con tanto peso —respondió frunciendo el ceño—. Sé que tú y yo no nos entendemos, Bernard. No lo hemos hecho durante mucho tiempo, y sé que es mi culpa.

—Intentaste destruir mi empresa.

Hizo una mueca. —Lo sé, y sé que no puedo cambiar lo que intenté hacer. Lo único que puedo hacer es disculparme.

—¿Esperas que crea que después de todo lo que has hecho, eso es todo? ¿Cómo sé que tu disculpa es sincera y no otro truco para que baje la guardia?

Especialmente porque nunca había mostrado indicios de lo contrario.

Una conversación no iba a hacer tambalear al indomable Michael Shaw.

No podía.

—Es justo —juntó las manos detrás de la espalda y levantó la barbilla—. Sé que he hecho todo lo posible para ganarme tu desconfianza y sospecha, pero voy a compensarlo.

Me crucé de brazos y lo miré fijamente.

—Debí haber intentado con más ahínco ayudar a tu madre, y no debí alejarte cuando ella murió. Quería protegerte, pero también me resultaba difícil estar cerca de ti. Me recuerdas tanto a ella.

Parpadeé. —Me dijiste que me parecía más a ti que a ella.

—Mentí —se encogió de hombros, sin apartar los ojos de mi rostro—. Intentaba convencerme a mí mismo de que así era.

El silencio se extendió entre nosotros.

Mi padre desenlazó las manos y acortó la distancia entre nosotros. —Sé que esto no cambia nada entre nosotros, y sé que vas a necesitar tiempo para asimilar todo lo que te he dicho.

—Sí.

Mi cabeza aún daba vueltas, sus palabras reverberando en mi mente.

No reconocía al hombre que tenía frente a mí.

Por más que lo intentaba, no podía determinar si era el villano que yo había imaginado o la persona profundamente imperfecta que se mostraba ahora.

¿O era ambas cosas?

Después de años de estar en lados opuestos de la brecha entre nosotros y años de malentendidos que llevaron a la distancia, me resultaba difícil creer que estuviera listo para seguir adelante y aún más difícil aceptar el hecho de que su trato hacia mi madre no era tan blanco y negro como yo quería creer.

Por primera vez en mi vida, lo estaba viendo de manera diferente.

Y no estaba seguro de qué creer.

Sin decir palabra, mi padre giró sobre sus talones y se apresuró hacia la cocina. Allí, abrió y cerró varios armarios antes de sacar dos vasos. Luego rebuscó en la despensa, murmurando para sí mismo mientras lo hacía. Me di la vuelta para mirar la chimenea y observé las llamas mientras danzaban y crepitaban.

Creí ver el rostro de mi madre un par de veces.

Regresó con dos vasos de whisky y me entregó uno. Cuando señaló con un gesto por encima de su hombro los sillones dispuestos a ambos lados de la chimenea, di un sorbo. Mientras el líquido me quemaba la garganta, me senté en el sillón y me quedé quieto.

Mi padre se sentó frente a mí, con una mirada de emociones bailando en su rostro, y su mano libre cerrada en un puño. —Tu madre solía decirme que necesitaba aprender a manejar mejor mis emociones.

Di un largo sorbo a mi bebida. —Tenía razón.

—Habitualmente la tenía —estuvo de acuerdo, con una pequeña sonrisa—. Tu madre era mucho más sabia y observadora de lo que le di crédito.

—Lo era.

Levantó la mirada para mirarme directamente. —Tú también lo eres.

Lo miré por encima del borde de mi vaso y no dije nada.

¿Qué se suponía que debía decirle?

Había pasado la mayor parte de mi vida adulta bailando a su alrededor, y cada vez que me acercaba demasiado, intentaba quemarme. Habiendo pasado la mayor parte de mi vida compitiendo con él o evitándolo, no tenía idea de qué se suponía que debía hacer ahora. Aunque podía verlo en sus ojos y oírlo en su voz, la verdad no iba a borrar lo que había hecho.

Ni lo mal que me había tratado.

Incluso si lo mostraba bajo una luz diferente, más suave.

Mi padre soltó un profundo y tembloroso suspiro. —Sé que no te he tratado bien, Bernard. Sé que una disculpa no cambia lo duro que fui contigo ni todo lo que he hecho para intentar cerrar tu empresa.

Di otro largo sorbo a mi bebida y me aclaré la garganta. —No lo hace.

—Con el tiempo, espero que me perdones —me observó cuidadosamente, su rostro ahora sin revelar nada—. Sé que es mucho pedir, pero quiero dejar esto atrás.

De repente, me puse de pie y terminé el resto de mi bebida. Luego dejé el vaso sobre la repisa de la chimenea, debajo de una foto de los tres, con los brazos de mi padre alrededor de mi madre, ambos sonriendo a la cámara mientras yo estaba sentado en una silla pequeña, mostrando una hilera de dientes blancos.

Me hizo preguntarme si alguna vez habíamos sido felices.

O si todo había sido una ilusión cuidadosamente construida.

Al tratar de protegerme y darme un camino diferente, mis padres me habían ocultado muchas cosas. La mayor parte de mi vida había estado envuelta en misterio y mentiras, y conocer la verdad no se sentía como pensé que lo haría.

No borraba las cicatrices que aún llevaba.

Ni la pesadez en mi corazón.

Por mucho que quisiera que lo hiciera.

En silencio, mi padre se puso de pie a mi lado, dejando unos centímetros de espacio entre nosotros. —Tu madre era una mujer increíble. Perderla me cambió, y no debería haberlo pagado contigo.

—Lo haré mejor, Bernard. Voy a arreglar las cosas. Las cosas serán diferentes a partir de ahora. Tienes mi palabra.

Lo miré, vi la emoción ardiendo en sus ojos, y asentí.

Un momento después, me dirigí hacia la puerta principal. En el umbral, me detuve y le lancé una mirada por encima del hombro. Cuando nuestros ojos se encontraron, un rápido vistazo pasó

entre nosotros antes de que yo volviera a desviar la mirada. Ya afuera, le di vueltas y más vueltas a todo en mi cabeza mientras esperaba el ascensor.

Tan pronto como entré, me sentí más ligero.

Como si un gran peso se hubiera levantado de mis hombros.

¿Era esto lo que necesitaba para finalmente dejar el pasado atrás?

Capítulo 25: Desaparecer

Rachel

—¿Por qué ya no existen los dinosaurios?

Grant se detuvo, con el dedo suspendido sobre la hoja de papel.

—Es porque todos murieron.

—Qué triste —comentó Ron sin levantar la vista—. ¿Crees que podemos traerlos de vuelta?

—Probablemente no deberíamos —respondió Grant, haciendo una pausa para revolver el cabello de Ron—. Cuando seas mayor, deberías ver la película Jurassic Park. Entenderás por qué.

Ron levantó la mirada y le dio una sonrisa brillante.

—Vale. Mami, ¿cuándo volverá Bernard?

Me aclaré la garganta.

—Todavía está en su viaje de negocios, cariño, ¿recuerdas?

—Dijo que no estaría fuera por mucho tiempo —respondió Ron, levantando la barbilla—. Me dijo que me llevaría al parque de atracciones cuando regresara.

—Estoy segura de que lo hará —entrelacé mis dedos sobre la mesa—. Te volverá a llamar más tarde esta noche.

Ron asintió y volvió a su hoja para colorear.

La conversación subía y bajaba a nuestro alrededor en el restaurante.

Miré alrededor a las filas y filas de familias reunidas, y mi estómago se hundió. De fondo, los zapatos chirriaban contra el suelo de madera, puntuado por el ocasional chillido de la risa de los niños. Ron miró hacia los niños que jugaban en el rincón lejano, y una extraña expresión se asentó en su rostro.

—¿Por qué no vas allí y juegas con los niños?

Ron me miró, con un surco apareciendo entre sus cejas.

—¿Por qué?

—Podría ser divertido. Puedes colorear más tarde.

Ron dudó.

—¿No dejarás que nadie se lleve mi dibujo?

—No lo haré. Lo prometo.

Con eso, se levantó de un salto del reservado y se dirigió directamente al fondo del restaurante.

Observé cómo se acercaba a los otros niños, con una brillante sonrisa en su rostro.

Inmediatamente, su círculo se hizo más grande mientras lo acogían. Suspiré aliviada y mis hombros se relajaron.

—Taylor está realmente retrasada.

Grant se levantó y vino a sentarse a mi lado.

—Estoy seguro de que llegará pronto. ¿Quieres que pidamos algunos aperitivos o algo hasta que llegue?

Me giré para mirarlo, con una pequeña sonrisa en el borde de mis labios.

—Solo si los compartes conmigo.

Grant sonrió.

—Trato hecho.

Después de hacer nuestros pedidos, Grant me miró directamente.

—¿Cómo van las cosas con el padre de Ron?

Me encogí de hombros y jugué con un paquete de azúcar.

—No tan bien como esperaba. Tenía la esperanza de que pudiéramos aclarar las cosas, pero no creo que vaya a suceder.

—Lo siento.

—No es tu culpa.

—Aun así lo siento.

—Al menos todavía está intentando ser parte de la vida de Ron.

Aunque la brecha entre nosotros crecía cada día que pasaba, me aliviaba que no incluyera a Ron. Desde su partida hace unos días, Bernard llamaba a Ron todas las mañanas durante el desayuno y todas las tardes antes del almuerzo. Por la noche, sostenía la cámara frente al rostro de Ron mientras Bernard lo revisaba y le contaba historias.

No habíamos hablado directamente en semanas.

No podía evitar sentir que nos acercábamos a un final lento y doloroso.

Y no había podido dormir bien en semanas.

Después de unos pocos meses juntos, era difícil creer que así era como iba a terminar entre nosotros. Aunque el tiempo y la distancia habían suavizado mi determinación, la de Bernard solo se había fortalecido, haciendo imposible para mí saber lo que estaba pensando.

O si siquiera me quería de vuelta.

Grant se aclaró la garganta y colocó un brazo sobre el respaldo del reservado.

—Me alegro de que sea parte de la vida de Ron. Ron merece conocer a su padre.

Un nudo se formó en mi garganta.

—Es cierto.

—Siento que te haya lastimado, Rach. No te lo mereces.

Me encogí de hombros y miré fijamente un punto en la mesa.

—Estaré bien.

La camarera se materializó llevando una bandeja con nachos, salsa y alitas. Los colocó con una sonrisa, junto con nuestras bebidas, antes de desaparecer. Miré hacia Ron, girando felizmente en círculos con los otros niños, y algunos de los nudos en mi estómago se deshicieron.

Él era todo lo que importaba.

Y todo en lo que necesitaba enfocarme.

Todo lo demás iba a encajar en su lugar.

Tenía que ser así.

Grant se levantó y se sentó frente a mí. Tomó unos sorbos de su refresco antes de dejarlo de nuevo. Sus ojos oscuros escanearon el restaurante antes de posarse en mí. Luego se sentó más recto y entrelazó sus dedos.

—He disfrutado mucho pasar las últimas semanas contigo.

Tomé una tortilla y la mastiqué.

—Me alegro de que nos hayamos encontrado de nuevo, Grant.

—Yo también. No pensé que te volvería a ver, mucho menos que llegaría a ser parte de tu vida de nuevo. Y de la de Ron. Es un niño tan genial, Rach.

Le di una pequeña sonrisa.

—Lo es.

—Y me alegro de haber podido estar ahí para ti —continuó Grant, sus ojos oscuros volviéndose intensos.

—Yo también me alegro.

Nunca imaginé que Grant y yo podríamos volver a hablarnos, mucho menos ser una parte tan importante de la vida del otro. Durante las últimas semanas, él y yo nos habíamos acercado mucho, y había llegado a depender de él más de lo que me atrevía a admitir.

Era exactamente el tipo de amigo que necesitaba.

Especialmente mientras luchaba por olvidar a Bernard.

¿Por qué era tan difícil superarlo?

Grant se aclaró la garganta.

—Rachel, sé que has pasado por mucho en los últimos meses, y sé que Bernard es el padre de Ron... No busco reemplazarlo.

Mis cejas se fruncieron.

—No pensé que lo estuvieras haciendo.

Grant desenlazó sus dedos y sus manos debajo de la mesa. —Quiero ser parte de tu vida, Rachel.

—Ya lo eres.

—Como algo más que un amigo.

Me eché hacia atrás y se me cortó la respiración. —Oh.

Grant se palpó los bolsillos y sacó una caja. La puso sobre la mesa entre nosotros, con una sonrisa asomando en la comisura de sus labios. —Quería algo mucho más romántico que esto, pero siento que este es el momento adecuado para preguntar.

—Grant...

—Te amo, Rachel. Sé que no he hecho las cosas bien en el pasado, pero si me das otra oportunidad, lo haré mejor. Quiero hacerlo mejor. Quiero ser tu esposo y una figura paterna para Ron. Si me lo permites, cuidaré de ambos y nunca más me iré.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza en mis oídos.

—Grant, yo... no puedo casarme contigo. Todavía estoy enamorada de Bernard.

—Sé que lo estás, pero también sé que si te lo permites, puedes enamorarte de nuevo —me dijo Grant, levantando la barbilla—. Solo necesitas tiempo, eso es todo. Y estoy dispuesto a esperar.

Taylor apareció frente a nuestra mesa, con la cara roja y sin aliento. Se arregló el cabello cuando ambos la miramos y se deslizó en el asiento junto a mí. —Hola, siento llegar tarde. ¿De qué me perdí?

Grant se enderezó y señaló la caja. —Le he propuesto matrimonio a Rachel.

Taylor juntó las manos y sonrió. —¿Lo hiciste? Oh, esas son grandes noticias.

Negué con la cabeza y me puse de pie. —No lo son. Lo he rechazado. Lo siento, Grant. Creo que eres genial y has sido un muy buen amigo para mí, pero no puedo casarme contigo.

Taylor se levantó y enlazó su brazo con el mío. —Discúlpennos un momento.

Me arrastró hacia la parte trasera del restaurante, cerca de donde jugaba Ron. —¿Qué estás haciendo? Grant es increíble. Es exactamente el tipo de hombre que necesitas. Deberías decir que sí.

—No sería justo para él.

Porque yo quería a Bernard, y Grant merecía algo mejor que ser la segunda opción.

Grant merecía ser la primera elección de alguien.

Pero no era la mía.

—Aprenderás a amarlo —añadió Taylor, sin apartar sus ojos de mi rostro—. ¿A qué le tienes tanto miedo?

—No tengo miedo. Simplemente no puedo casarme con Grant. ¿Puedo tener las llaves de la cabaña de tus padres en Seattle?

Los ojos de Taylor se abrieron de par en par. —¿Estás segura?

—Le prometí a Ron que nos iríamos unos días, y como tiene unos días libres de la escuela, ahora es un buen momento como cualquier otro.

—Rach...

—Por favor —añadí, negando con la cabeza—. Necesito alejarme de aquí... de todo esto. Solo por un tiempo.

Taylor suspiró y rebuscó en su bolso. —De acuerdo, ¿me llamarás cuando llegues allí?

Asentí y le hice señas a Ron para que se acercara. —Lo haré. Gracias, Tay.

Después de darle un rápido abrazo, guíé a Ron más allá de la mesa. Él recogió su hoja para colorear y le dio a Grant un choque de manos. Taylor y yo intercambiamos una mirada rápida antes de que ella lo llevara lejos, dejándome enfrentar a Grant.

—Siento si te di la impresión equivocada, pero no quiero que pierdas más tiempo conmigo, Grant. Te mereces algo mejor, y espero que lo encuentres.

Antes de que pudiera responder, recogí mi bolso del asiento y me dirigí hacia Taylor y Ron, que estaban de pie junto a la puerta. Taylor apretó mis manos rápidamente antes de volver a donde estaba Grant sentado, con una expresión pálida en su rostro. Acompañé a Ron hacia la cálida luz del sol de la tarde, y caminamos hasta la parada del autobús.

Ron estuvo callado durante todo el viaje a casa.

Hasta que llegamos al apartamento y saqué una maleta. Se sentó en la cama, juntó las manos y me miró fijamente. —¿Qué estás haciendo, mami?

—Nos vamos de vacaciones, cariño. Sé que te lo he estado prometiendo por un tiempo, así que me alegro de que finalmente podamos hacerlo.

Ron saltó sobre la cama y se tiró sobre el colchón. —¿A dónde vamos, mami? ¿Y puede venir Bernard?

—Vamos a la cabaña de la tía Taylor en Seattle. Fuimos algunas veces cuando eras más pequeño, pero no sé si lo recuerdas.

Ron se incorporó y todo su rostro se iluminó. —¿Es el lugar con la playa?

—Así es. —Abrí las puertas del armario de par en par y rebusqué en él, sacando ropa al azar—. Y tienes unos días libres de la escuela, así que podemos quedarnos allí por unos días. ¿Qué te parece?

Ron se bajó de la cama y levantó las manos al aire. —¿Puedo empacar mis juguetes, mami? ¿Cómo vamos a llegar allí?

—Tomaremos el autobús, cariño —respondí sin mirarlo—. No lleves demasiados juguetes, ¿de acuerdo?

Ron salió corriendo de la habitación sin responder.

Suspiré y revisé el resto de mi ropa, arrojándola toda en un bolso sin mirar. Una vez que terminé, entré en la habitación de Ron, vi el montón de ropa sobre su cama y el rastro de juguetes en el suelo, y negué con la cabeza. Cuando su cabeza se asomó por detrás de la puerta del armario, me dio una sonrisa tímida.

—Lo siento por el desorden, mami.

Me agaché para recoger un puñado de sus juguetes. —Está bien. Vamos a ordenar esto juntos, ¿de acuerdo? Queremos darnos prisa y salir antes de que haya demasiado tráfico.

Ron asintió y salió con un puñado de pantalones cortos y camisetas. —Mami, ¿va a hacer frío allí?

—Podría ser. ¿Por qué no guardas tus juguetes y yo me encargo de tu bolsa?

Ron se tiró al suelo con una expresión de feroz determinación en su rostro. Se parecía tanto a Bernard en ese momento que me hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Me aparté de él y me froté los ojos. Una vez que la sensación de ardor desapareció, aclaré mi garganta y caminé hacia su armario.

Aturdida, seleccioné algunas de sus prendas y las coloqué sobre la cama. Mientras doblaba y guardaba el resto, intenté no pensar en Bernard ni en cómo se sentiría cuando no nos encontrara. Considerando que no tenía idea de cuándo regresaría de su viaje de negocios, supuse que no importaba.

Estaba cansada de quedarme sentada esperando a que entrara en razón.

Y no quería ser el tipo de mujer que pone su vida en pausa por un hombre.

Aprendería a estar bien con que él solo fuera parte de la vida de Ron.

Terminé de empacar el resto de las cosas de Ron y extendí mis manos. Él me entregó cuatro de sus juguetes: tres figuras de acción y un osito de peluche. Le di una sonrisa mientras los guardaba y cerraba la cremallera del bolso. Una vez que terminé, le di una palmadita firme y

enderecé la espalda.

—Muy bien, cariño, ¿por qué no nos aseguramos de que todas las ventanas estén cerradas antes de irnos?

—¿Por qué?

—No querrás que entre un ladrón y se robe nuestras cosas, ¿verdad?

Ron hizo una pausa y negó con la cabeza. —No, mami. Eso sería malo.

Mantuvo una conversación constante mientras nos movíamos de un extremo del apartamento al otro, asegurándonos de que todo estuviera en orden. Tan pronto como terminamos, saqué un trozo de papel y un bolígrafo del cajón de mi mesita de noche y garabateé mi renuncia. Luego la dirigí a Bernard y doblé el papel. Con una última mirada al apartamento, dejé las maletas junto a la puerta. Entonces guié a Ron hacia el pasillo, deteniéndome para girar la llave en la cerradura.

Ron me esperó en el pasillo mientras yo entraba rápidamente al apartamento de Bernard.

Se veía igual que cuando lo dejé más temprano ese día, limpio e impecable.

Exactamente igual a como estaba cuando entré por primera vez hace todos esos meses.

Como si nunca hubiéramos estado aquí.

Algo duro se asentó en la boca de mi estómago mientras pegaba mi nota en la parte posterior de la puerta. Las lágrimas ardían en mis ojos mientras miraba alrededor e ignoraba los latidos de mi corazón. Luego enderecé la espalda y cerré la puerta con llave. Sorbí por la nariz mientras colocaba mi llave en un sobre y la deslizaba por debajo de su puerta.

Ron apretó mi mano con fuerza mientras bajábamos en el ascensor.

Afuera, el sol de la tarde tardía calentaba nuestras espaldas mientras nos dirigíamos hacia la parada del autobús. En el autobús, Ron se sentó cerca de mí y abrazó su figura de acción contra su pecho. En la estación de autobuses, compré dos boletos a Seattle antes de llevar a Ron a una fila de bancos.

Mientras nos sentábamos a esperar, lloré en mi taza de café.

Capítulo 26: Lejos

Rachel

La puerta chirrió al empujarla.

Hizo un fuerte ruido sordo cuando golpeó la pared del otro lado. Me aclaré la garganta y agité una mano frente a mi cara. Pequeñas partículas de polvo bailaban sobre el suelo de madera. Entré en la habitación y abrí las cortinas de un tirón.

La luz brillante del sol se derramó a través de las ventanas, dando a la habitación un cálido resplandor etéreo. Luego giré sobre mis talones y coloqué ambas manos en mis caderas. Habiendo llegado a la cabaña de los Bolton hace una hora, había pasado la última hora asegurándome de que todo funcionara correctamente. Como la electricidad y el agua estaban en funcionamiento, solo quedaba el resto de la casa.

Me arremangué y salí al pasillo color crema con fotos familiares colgadas a ambos lados. Con una sonrisa, tracé las fotos y las seguí hasta el final del pasillo, que se abría a una cocina por un lado y una sala de estar por el otro.

Ron estaba sentado en medio de la sala, con las piernas dobladas debajo de él y un libro para colorear abierto en su regazo. Levantó la mirada hacia mí cuando entré y tosió.

—Mami, ¿puedo ir a jugar a la playa?

—Iremos juntos —respondí con una pequeña sonrisa—. Primero necesito limpiar la casa.

Los ojos de Ron se abrieron como platos.

—¿Toda? Es tan grande, mami.

—Solo haré la planta baja, ya que es donde nos quedaremos —respondí después de una breve pausa—. Oye, ¿por qué no te pongo una película para que veas mientras limpio?

Ron asintió y volvió a mirar su libro para colorear.

Con un gruñido y un resoplido, logré que funcionara el televisor sobre la chimenea. Tan pronto

como lo hice, Ron aplaudió emocionado. Antes de que pudiera saltar al sofá, levanté una mano y negué con la cabeza. Rápidamente, saqué los cojines afuera y les quité el polvo. Una espesa nube de polvo se elevó por el aire, haciendo que me lagrimaran los ojos. Cuando los traje de vuelta adentro, Ron había vuelto a su libro para colorear, con un surco entre las cejas. Mientras barría la sala, él se mordió el labio inferior.

Un rato después, cuando terminé de arreglar la sala, Ron saltó al sofá y dobló las piernas debajo de él.

—¿Puedo elegir qué película ver?

—Claro, cariño. Lo que quieras.

Ron se acomodó en el sofá y colocó sus juguetes junto a él. Una vez que el televisor estuvo configurado y le eché una manta encima, me dirigí a la cocina. Debajo del fregadero, encontré los artículos de limpieza y los coloqué sobre la encimera. Luego me arremangué y los puse todos en un cubo.

Empecé con el dormitorio principal al final del pasillo. En el baño, me arrodillé en el suelo de baldosas y froté y lavé, haciendo mi mejor esfuerzo por evitar todos los pensamientos sobre Bernard todo el tiempo. Cuando me levanté para lavar el espejo, casi me caí hacia atrás porque pensé que vi a Bernard en la puerta.

Cuando terminé con el baño, me dolían los brazos y los músculos me gritaban. Saqué un par de sábanas limpias del armario de la ropa de cama y las desdoble. Después de esponjar las almohadas en la cama grande, alisé las arrugas y asentí para mí misma. Con un suave tarareo, me dirigí a la habitación más pequeña al otro lado del pasillo.

En la puerta, me detuve y miré alrededor, sonriendo para mí misma ante los recuerdos allí. Como los Bolton fueron lo suficientemente amables para tenernos aquí, Ron y yo habíamos venido cada cuatro de julio durante los primeros tres años de su vida. Él y yo nos habíamos acurrucado juntos en la pequeña cama, y yo había pasado muchas horas contando historias y escuchando el sonido de la respiración de Ron.

La habitación tenía muchos recuerdos.

Los vi todos mientras la volteaba del revés, empujando la cama lejos de la pared mientras lo hacía. Mientras barría, vi todas las horas que Ron pasó en el suelo, jugando y hablando consigo

mismo. Cuando me subí a la cama para arreglarla, recordé su pequeña cara redonda vuelta hacia mí mientras hacía pucheros. Finalmente, cuando cambié las sábanas, aún podía escuchar el sonido de su risa mientras le hacía cosquillas.

Tan pronto como terminé, me di la vuelta y mi mano voló a mi pecho al ver la figura en la puerta. Ron inclinó la cabeza hacia un lado y apretó el juguete contra su pecho.

—¿Qué pasa, mami?

—Solo me asustaste, cariño. No sabía que estabas ahí.

—Tengo hambre, mami —me dijo Ron, sus ojos azules abriéndose de par en par—. ¿Tenemos algo de comida?

—Compré algo de comida cuando paramos en el supermercado —le aseguré con una sonrisa. Después de dejar el cubo de limpieza, tomé su mano y lo llevé a la cocina. Se sentó en la mesa redonda con vista a la cocina y balanceó las piernas de un lado a otro. Le entregué su libro para colorear y una caja de crayones antes de darle un beso en la cabeza. Luego alcancé la bolsa de plástico en la encimera.

Con una sonrisa, puse un plato con un sándwich de atún, un paquete de papas fritas y una caja de jugo. Ron me dio una dulce sonrisa antes de coger el sándwich. Lo observé comer, con mis dedos entrelazados en su cabello y una pesadez en el centro de mi pecho. Cuando sonó mi teléfono y el nombre de Taylor apareció en la pantalla, me sentí aliviada.

—Hola, ¿cómo va todo?

—Igual que cuando llamaste hace una hora. ¿Qué pasa?

—Solo me pregunto si lo has pensado bien. ¿Estás segura de que quieres estar en la cabaña ahora mismo?

Me alejé de Ron y me dirigí al balcón, con vistas a kilómetros de playa de arena y aguas cristalinas.

—Estoy segura. ¿A dónde más se supone que debo ir?

—Puedes volver a casa —sugirió Taylor después de una breve pausa—. Mira, sé que Grant presionó demasiado, demasiado pronto, pero eso no significa que tengas que irte. Aún puedes

volver.

Me pasé una mano por la cara.

—Ni siquiera sé dónde está mi casa ya, Tay. No puedo volver al apartamento.

—¿Por qué no?

—Bernard es quien lo alquiló para nosotros —le recordé con una rápida mirada por encima del hombro—. Como él y yo no estamos en buenos términos ahora mismo, se siente raro quedarme allí.

Y no tenía idea de si esperaba que me mudara o no.

Ciertamente, sabía que quería estar más cerca de Ron, y no era justo desarraigarlo de nuevo, pero no quería que las cosas fueran aún más incómodas entre nosotros. Mudarnos al apartamento cuando teníamos una relación saludable tenía sentido. Ahora, cuando él estaba en un viaje de negocios sin fecha clara de regreso, no tenía sentido que yo volviera allí.

No con Bernard en cada esquina.

Estaba en cada rincón y en cada recuerdo que teníamos allí.

Quedarnos allí era demasiado difícil, especialmente cuando salía del apartamento cada mañana, con la mitad de la esperanza de verlo y la otra mitad temiéndolo. En lo que a mí respectaba, un poco de tiempo y distancia era exactamente lo que necesitábamos.

Lo que yo necesitaba para poder recoger los pedazos de mi vida.

—Siempre puedes volver a vivir conmigo —ofreció Taylor después de una larga pausa—. Sabes que me encantaría tenerlos de vuelta.

—Por fin recuperaste tu vida, Tay. No voy a hacerte eso.

—Cariño, es lo que hacen las amigas —argumentó Taylor—. No quiero que sientas que no tienes a dónde ir.

—Tengo toda una semana para resolver las cosas —presioné mi cara contra el cristal y miré el mundo exterior, bañado en tonos púrpura y rosa mientras el sol se hundía bajo el horizonte—.

Estar aquí es lo que necesito ahora mismo.

—Si estás segura...

—¿Qué es lo que no me estás diciendo?

—¿Qué pasará cuando Bernard regrese?

Me enderecé y aclaré mi garganta. —¿Te ha llamado?

—No, pero sabes que lo hará cuando no pueda encontrarte a ti o a Ron.

—Probablemente no habrá regresado para entonces.

—¿Estás segura de eso? —La voz de Taylor se apagó antes de volver, más clara que antes—. Mira, sé que te hizo daño y que la cagó, pero se va a preocupar por Ron.

—Le diré que estamos de vacaciones. No puede impedirnos irnos.

Ni tenía voz ni voto en el asunto.

No cuando había dejado claro que tenía cosas más importantes en mente.

—No puede. Lo sé, pero ¿qué quieres que le diga si llama?

—Nada. Solo dile que nos fuimos de vacaciones y que volveremos pronto.

—¿No quieres que sepa dónde estás?

Negué con la cabeza y me alejé de la puerta del balcón. —No, creo que no quiero que esté aquí.

Tenerlo aquí solo iba a hacer las cosas más difíciles para mí.

Y más confusas.

Sabía que si tenía alguna esperanza de dejar a Bernard atrás para siempre, necesitaba estar muy, muy lejos de él. Una semana en una cabaña con vista a la playa no era una cura mágica, pero era un comienzo. Al menos mientras estuviera aquí, tenía mucho tiempo para pensar en lo que quería hacer después, incluyendo encontrar otro trabajo. Dado que Bernard me había pagado generosamente por limpiar su casa, logré ahorrar suficiente dinero. Tenía toda la intención de

usar ese dinero para mantenernos hasta que surgiera la próxima oportunidad.

—Mami —Ron se materializó frente a mí e inclinó la cabeza hacia atrás para mirarme—. ¿Con quién estás hablando?

—Estoy hablando con tu tía Tay. ¿Quieres saludarla?

Ron frunció el ceño y negó con la cabeza. —Esperaba que dijeras que estabas hablando con Bernard. Lo extraño.

—Estoy segura de que nos llamará más tarde, cariño —me arrodillé frente a él y lo atraje para abrazarlo—. Y volverá pronto.

—¿Va a venir aquí?

—No, son nuestras vacaciones, ¿recuerdas?

Ron asintió y se apartó. —Vale, ¿puedo seguir viendo la tele?

Me levanté y aclaré mi garganta. —Por supuesto que puedes.

Una vez que se acomodó en el sofá, le revolví el pelo y volví adentro. Me detuve en la entrada de la habitación principal y me apoyé contra la pared. —No sé qué se supone que debo hacer con Ron, Tay.

—¿A qué te refieres? Creí que dijiste que lo estaba manejando bien.

—Parecía que sí, pero no estoy segura. No ha visto a Bernard en una semana, y creo que está empezando a ponerse ansioso.

—Deberías mantenerlo distraído. Tienes la playa y el mercado, así que debería ayudar.

Suspiré y entré en la habitación. —Ojalá estuvieras aquí con nosotros.

—Siento no poder tomarme tiempo libre del trabajo. Yo también desearía estar allí. ¿Estás segura de que todo está bien allá arriba?

—Estoy segura —respondí, haciendo una pausa para abrir las cortinas—. Ha pasado un tiempo desde que tus padres estuvieron aquí, ¿eh?

—Puedo llamar al equipo de limpieza por la mañana. Sé cuánto disfrutas limpiando, pero estás allí para relajarte.

—Gracias, Tay, pero necesito la distracción. Limpiar la casa me da algo que hacer.

Considerando que había pasado los últimos cinco años esperando una segunda oportunidad, no esperaba que terminara tan rápido. Durante años, había imaginado cómo sería tener a Bernard en mi vida y en la de Ron. Ahora que finalmente sabía cómo era tenerlo allí, a través de mis días y noches, no tenía idea de cómo dejarlo ir.

Me había acostumbrado a los desayunos donde reíamos medio dormidos.

Extrañaba las cenas donde escuchábamos a Ron contar historias y nos tomábamos de la mano bajo la mesa.

Y extrañaba nuestros pocos momentos robados donde Bernard me hacía sentir como si fuera la única mujer en el mundo; superarlo después de una noche ya había sido lo suficientemente difícil. Olvidar los últimos meses parecía imposible, y no tenía la menor idea de por dónde empezar.

Ni estaba segura de querer hacerlo.

Tenía medio pensado dar la vuelta y volver a la ciudad y esperar fuera del apartamento de Bernard hasta que regresara. Desafortunadamente, con Ron en la mezcla, sabía que no era la mejor idea. Como ya estaba apegado a Bernard, lo último que quería era que Ron empezara a imaginarnos a los dos como pareja.

Porque obviamente no lo éramos.

Bernard y yo no teníamos futuro, por mucho que deseara lo contrario.

Ron apareció a mi lado y tiró de mi brazo. —Mami, quiero ver las estrellas por la noche.

Acerqué a Ron a mi costado y le di un beso en la cabeza. —Y esa es mi señal para irme. Hablaré contigo mañana.

—Por supuesto. Dale un abrazo a Ron de mi parte, ¿quieres? Los veré a ambos pronto.

Después de que colgó, aparté el teléfono de mi oreja y lo metí en mi bolsillo. Luego dirigí a Ron

hacia nuestra habitación. Recogimos nuestros abrigos antes de que abriera la puerta del balcón y tomáramos las escaleras que llevaban directamente a la playa. Allí, extendí una manta sobre la arena y abracé a Ron.

No podía dejar de desear que Bernard estuviera allí con nosotros.

Capítulo 27: Regreso

Bernard

—¿Hola? —Empujé la puerta para abrirla y dejé caer mi bolsa con un golpe sordo—. ¿Rach? ¿Ron? Ya estoy en casa.

El silencio fue la única respuesta a mi declaración.

Fruncí el ceño, entré al apartamento y cerré la puerta de una patada con la parte trasera de mi pierna. Luego eché un vistazo alrededor de la casa, que parecía prístina e intacta, como si nadie hubiera estado allí en días. Cuando di otro paso adelante, escuché un suave sonido de crujido. Con el ceño fruncido, miré hacia mis pies y vi el sobre. Mi corazón latió con fuerza contra mi pecho mientras lo abría de un tirón, dejando caer dos llaves.

Mi estómago dio un vuelco mientras me agachaba para recogerlas.

Por el rabillo del ojo, vi un revoloteo y noté la nota pegada en la parte trasera de la puerta. Rápidamente, la arranqué, pero apenas podía oír algo más allá del latido en mis oídos. Releí la carta varias veces antes de poder entender algo.

Rachel se había ido.

No podía creerlo.

Dejé caer mi mano a un lado y registré todo el apartamento, de arriba a abajo. Cuando terminé, mi respiración era pesada y una fina capa de sudor había aparecido en mi frente. Con un ligero movimiento de cabeza, dejé una llave y sostuve la otra en la palma de mi mano. Abrí la puerta principal de un tirón y me dirigí directamente al otro apartamento.

Lucía exactamente igual que el mío.

Intacto y deshabitado.

Como si Rachel y Ron nunca hubieran estado allí.

—¿Rachel? ¿Ron? ¿Están aquí? —Dejé la puerta principal completamente abierta mientras

rebuscaba en las habitaciones y me detenía en los cajones. Solo quedaban algunas de sus ropas y juguetes, pero aparte de eso, no pude encontrar ninguna pista sobre adónde habían ido. En el baño, vislumbré mi tenso reflejo en el espejo y fruncí el ceño.

¿Los había perdido para siempre?

Rachel no había dicho ni una palabra durante nuestra llamada telefónica en la mañana.

Mi mano tembló mientras sacaba el teléfono de mi bolsillo y revisaba los números. Me detuve en el de Rachel, marqué y me lo llevé al oído. Ella contestó al cuarto timbre, sonando sin aliento y nerviosa.

—Hola, puedo pasarte a Ron. Está en el baño...

—No me mientas, Rachel. Sé que ustedes dos no están en casa.

Rachel exhaló. —¿Ya volviste? ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué no me dijiste que te ibas?

—Estamos de vacaciones —La voz de Rachel sonó amortiguada antes de volverse más clara—. No hay nada de malo en tomar unas vacaciones.

—¿Dónde estás?

—No puedo decírtelo. Necesito superarte, Bernard, y la única manera en que voy a hacer eso es poniendo tanta distancia entre nosotros como sea posible. Al menos por ahora.

—¿De qué estás hablando? ¿Estás diciendo que nunca volveré a ver a ninguno de ustedes?

—No, aún puedes ver a Ron. Volveré en unos días —respondió Rachel en voz más baja—. Sigues siendo su padre y mereces ser parte de su vida.

—Rachel, por favor. Dime dónde estás para que pueda ir contigo y podamos hablar de esto.

—Has dejado muy claro que no hay lugar para mí en tu vida —argumentó Rachel, haciendo una pausa para hablar con alguien en el fondo—. No quiero quedarme sentada esperando a que cambies de opinión.

—Rach, yo...

—Es más fácil así —interrumpió Rachel—. No quiero interponerme entre tú y Carla. Espero que sean muy felices juntos.

—Dime dónde estás —repetí, haciendo una pausa para pasarme una mano por la cara—. Puedo ir a buscarte.

—Es mejor que no lo hagas. Por favor, no hagas esto más difícil de lo que tiene que ser, por el bien de Ron.

Un nudo se formó en mi garganta. —No puedes simplemente irte.

—Puedo pasarte el teléfono a Ron si quieres, o puedes hablar con él durante la cena.

—Hablaré con él más tarde...

—Tengo que irme. Hablaré contigo luego, Bernard.

Antes de que pudiera decir algo más, la línea se cortó. Aparté el teléfono de mi oreja y lo miré por unos segundos antes de volver a guardarlo en mi bolsillo. Luego me quedé allí, apretando y aflojando los puños a mis costados. Unos momentos después, cerré las manos en puños y dejé escapar un grito.

Reverberó dentro de mi cabeza.

Riachuelos de sudor se deslizaron por mi rostro y se formaron en la parte posterior de mi cuello.

Volví furioso a la habitación de Rachel, me puse de rodillas y miré debajo del escritorio y la cama. Cuando terminé, revisé los armarios, abriendo los cajones de un tirón e intentando ignorar el pánico que crecía en el centro de mi pecho.

El plomo se asentó en mi estómago cuando intenté llamar a Rachel.

No contestó.

La opresión en mi pecho empeoró.

Este no podía ser el final para nosotros.

Abruptamente, me dirigí de vuelta al pasillo y fui a la habitación de Ron, desesperado por encontrar una pista que me llevara de vuelta a ellos. A mitad de mi búsqueda, me encontré

parado en medio de la sala de estar, mirando la puerta abierta que daba al pasillo vacío.

¿Por qué había esperado tanto para arreglar las cosas?

No saber cómo estar en una relación saludable había lastimado a Rachel, pero no quería perderla para siempre. Aunque no sabía nada sobre cómo arreglar las cosas, sabía que quería hacerlo. Tener a Rachel y Ron en mi vida durante los últimos meses había puesto mi mundo de cabeza.

No quería que las cosas volvieran a ser como antes.

Me había acostumbrado a volver a casa con ellos después de un largo día de trabajo.

Echaba de menos a Ron contando historias en la mesa mientras yo lanzaba miradas furtivas a Rachel y le cogía la mano. No podía imaginar sentarme en una mesa de desayuno vacía sin ellos dos frente a mí, intentando frotarse el sueño de los ojos. Y seguía viendo a Rachel acurrucada contra mí, sus brillantes ojos azules llenos de emoción.

Rachel y Ron pertenecían aquí, conmigo.

Y tenía toda la intención de traerlos de vuelta.

Me enderecé y regresé a mi propio apartamento. Pasé todo el trayecto en el ascensor pasándome los dedos por el pelo. Cuando las puertas se abrieron con un tintineo, sentía como si fuera a vomitar. Encontré a Jonathan esperando junto a la acera, con la cabeza inclinada hacia atrás para disfrutar del sol.

Enderezó la espalda cuando me vio y me abrió la puerta.

Una vez en el coche, dejé el teléfono en mi regazo y miré por la ventana. El mundo exterior pasaba rápidamente. Me presioné dos dedos en la frente y los froté en movimientos circulares y lentos.

Poco después, Jonathan se detuvo frente a un grupo de edificios de metal reluciente. Salí tambaleándome del coche, levanté la cabeza y entrecerré los ojos. Por el rabillo del ojo, vi un destello de movimiento, y ella apareció, con un traje oscuro y el pelo en ondas sueltas alrededor de los hombros.

Se detuvo en seco cuando me vio.

—¿Qué haces aquí?

—Sé que sabes dónde está Rachel —comencé, haciendo una pausa para acortar la distancia entre nosotros—. Taylor, sé que la he cagado, pero quiero arreglar las cosas.

Taylor escudriñó mi rostro, con un ceño fruncido en sus labios.

—¿Qué te hace pensar que puedo ayudarte?

—Porque sé que sabes dónde está Rachel. No es solo tu amiga. Tú y Rachel sois como familia.

Taylor se aclaró la garganta.

—Me dijo que no te lo dijera si preguntabas.

—Lo sé, pero tengo que encontrarla. Necesito arreglar las cosas y traerlos a los dos de vuelta a casa. Por favor.

Taylorladeó la cabeza y me miró fijamente.

—Ella realmente te ama, Bernard. Si no vas a tratarla bien, entonces deberías dejarla ir.

—Esta vez lo haré mejor —insistí, con el pulso acelerado—. Dame una oportunidad. Déjame demostrarte que estás equivocada.

Taylor hizo un gesto para que se alejara el grupo de personas vestidas de manera similar que estaban a unos metros de distancia. Tras una breve pausa, se movieron y continuaron por la acera. Taylor se enderezó y se pasó una mano por la cara.

—Rachel me va a matar por esto, pero... te creo.

—¿De verdad?

—Ha estado miserable sin ti. He visto lo feliz que la haces, Bernard. Y he visto lo bueno que eres con Ron. Te diré dónde está, pero que Dios me ayude, si le haces daño...

—No lo haré —Mantuve su mirada sin apartarla—. Esta vez no.

—Mi familia tiene una cabaña en Seattle, cerca del Pike Place Market —Taylor metió la mano en sus pantalones y sacó una libreta. Después de sacar un bolígrafo de su blazer, garabateó algo y

me lo entregó—. Esta es la dirección. La cabaña tiene vistas a la playa.

—Gracias.

—No me hagas arrepentirme de esto, Bernie.

—No lo haré.

Con eso, volví corriendo a donde Jonathan estaba, apoyado contra el coche. Abrí la puerta del coche de un tirón y me acomodé en la parte trasera.

Unas cuantas llamadas telefónicas más tarde, durante las cuales Jonathan hizo una serie de giros y vueltas por calles laterales y callejones estrechos, nos detuvimos frente al aeropuerto. Mary estaba afuera con su falda habitual y una blusa metida dentro. Tenía una maleta a su lado y un archivo apretado contra su pecho. Su expresión se volvió aliviada cuando me vio.

Mary me encontró a mitad de camino, con un brillo de complicidad en sus ojos.

—Tengo su pasaporte, señor. Y he empacado algunas cosas en la maleta.

—Recuérdame darte un aumento, Mary —Tomé el archivo y lo puse bajo mi brazo. Luego alcancé la maleta y la arrastré a mi lado—. Gracias.

Mary resplandeció de placer.

—De nada, señor. Llamé con anticipación para asegurarme de que todo estuviera arreglado. Su vuelo debería salir pronto.

Asentí y le di otra sonrisa.

—Te veré pronto, Mary.

Mary dio un paso a un lado y enderezó la espalda.

—Lo veré pronto, señor.

Una vez que puse un pie dentro del aeropuerto, me encontré apretujado entre multitudes de personas. Me abrí paso entre ellas, vi a un hombre bien vestido sosteniendo un cartel con mi nombre y le hice señas para que se acercara. Me llevó más allá de la seguridad del aeropuerto y me dejó en una habitación tranquila y bien iluminada con sillas acolchadas y una mesa llena de

bebidas y aperitivos.

Marqué el número de Rachel y contuve la respiración.

Después de colgar, le dejé un mensaje y esperé.

Durante todo el vuelo, seguí mirando fotos de Rachel y Ron en mi teléfono e intenté ignorar las mariposas en mi estómago.

Tres horas más tarde, aterrizamos en el aeropuerto y fui recibido por otro hombre bien vestido. Mientras esperaba en otra sala, hice algunas llamadas telefónicas. Poco después, el hombre regresó y me condujo fuera del aeropuerto hacia un coche negro estacionado junto a la acera. La puerta delantera estaba abierta y escuché el maletero cerrarse de golpe.

En silencio, el conductor me llevó a la dirección.

Le di una sonrisa cuando descargó el maletero y lo dejó al pie del porche delantero. Una vez que se alejó conduciendo, subí los escalones de dos en dos y toqué el timbre. Me balanceé de un pie a otro y miré a través de las ventanas, pero todo estaba oscuro y silencioso. Con un suspiro, llevé mi bolsa detrás de mí y miré alrededor, viendo los puestos instalados a ambos lados de la playa.

Mi pulso se aceleró mientras me apresuraba en esa dirección, levantando arena y tierra a mi paso. A mitad de camino, vi un destello familiar de cabello rubio y escuché su risa. Me enderecé y escaneé la multitud, viendo a Ron saltando sobre las puntas de sus pies, con una pelota bajo el brazo. Se iluminó cuando me vio y se abrió paso entre la gente reunida.

Dejé caer mi bolsa y abrí los brazos.

Ron me rodeó con sus brazos y me apretó con fuerza.

—Sabía que vendrías por nosotros.

Inhalé profundamente y sentí que las lágrimas me picaban en los ojos.

—¿Dónde está tu mamá?

Ron se apartó y tomó mi mano entre las suyas. Recogí mi bolsa del suelo y dejé que me guiara de vuelta por donde había venido, hacia el otro lado de la playa donde una figura solitaria estaba sentada, lejos de la multitud que se reunía. Tenía las rodillas recogidas contra el pecho y la

cabeza inclinada hacia atrás. El sol de la tarde tardía brillaba sobre ella, bañándola en un cálido halo de luz.

Ron soltó mi mano cuando estábamos a unos pasos de distancia.

—Mami, mira lo que encontré.

Rachel abrió los ojos y se giró para mirarlo.

—Ron, qué...

Cubrí la distancia entre nosotros y la miré a los ojos.

—Hola.

Rachel se puso de pie de un salto y se sacudió la arena del vestido.

—Hola, ¿cómo llegaste aquí?

—Tomé un avión.

Rachel parpadeó.

—Me refiero a cómo nos encontraste.

—No te enojas con Taylor —comencé, metiendo una mano en mi bolsillo y usando la otra para tomar su mano—. No la dejé en paz hasta que me lo dijo.

Rachel se aclaró la garganta.

—Bernie, yo...

—Sé que crees que no perteneces a mi vida, pero sí lo haces. Lo he sabido desde el momento en que te conocí. Sé que me ha tomado tiempo llegar hasta aquí, pero no me voy a ir a ninguna parte, Rachel.

Rachel me miró fijamente.

—¿Qué hay de Carla?

—Carla es mi pasado. Tú eres mi futuro, Rachel. Tú y Ron. No quiero dejarlos ir nunca.

A Rachel se le cortó la respiración y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué hay de tu reputación y la empresa?

—No me importa nada de eso. Iba a hacer un anuncio cuando regresara. Ya se lo dije a mi padre.

—¿Tú... qué?

—Él sabe lo nuestro —le dije con una sonrisa—. Y le he dejado claro que tú eres con quien quiero estar, no Carla. Lo siento por haber metido la pata, Rachel. Estaba tratando de protegerte a ti y a Ron, pero no me di cuenta de cuánto los iba a lastimar.

Rachel soltó un suspiro.

Me acerqué más y tomé ambas manos entre las mías.

—Te amo, Rachel Booth. Siempre te he amado. Quiero que seamos una verdadera familia, los tres. Si tengo que pasar el resto de mi vida compensándotelo, lo haré.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Rachel.

—Yo también te amo, Bernard Shaw.

Solté sus manos, me arrodillé y metí la mano en mi bolsillo. Cuando saqué la caja del bolsillo de mi abrigo y la abrí, Rachel se llevó las manos a la boca y jadeó.

—Quiero pasar el resto de mi vida haciéndote feliz. No hay nadie más con quien preferiría estar, Rachel. ¿Te casarías conmigo?

Ron le dio un codazo a Rachel y me sonrió radiante.

—Se supone que tienes que decir que sí, mami.

Rachel hizo un sonido ahogado y cayó de rodillas.

—Sí, sí, me casaré contigo.

Se lanzó a mis brazos y la estreché contra mí. Un momento después, extendí un brazo y atraje a

Ron hacia nosotros. Durante un rato, los tres nos quedamos allí, abrazados, mientras las olas rompían contra la orilla. Cuando mis rodillas comenzaron a entumecerse, me aparté y ayudé a Rachel a ponerse de pie. Con una sonrisa, deslicé el anillo en su dedo y besé el interior de su muñeca.

—Gracias por venir por nosotros.

—Siempre vendré por ustedes. No puedo esperar para empezar una vida contigo.

Rachel hundió su rostro en mi pecho y sorbió por la nariz.

—Yo tampoco.

Capítulo 28: Todo está bien

Bernard

Un año después

—Más despacio, Ron —le grité, sacudiendo la cabeza—. O te vas a tropezar y caer.

Ron miró por encima del hombro y me dio una sonrisa tímida. —Lo siento, papá.

—Ven aquí. —Le hice un gesto para que se acercara. Miró a los otros niños antes de caminar hacia mí, con la cabeza gacha. Una vez que estuvo a mi alcance, lo atraje hacia mí y le pasé un brazo por los hombros—. Te ves muy guapo hoy. ¿Ya te ha visto tu mamá?

Ron inclinó la cabeza hacia atrás para mirarme. —Sí, y se puso a llorar.

Me reí y le alisé el cabello. —Porque está feliz.

Ronladeó la cabeza y frunció el ceño. —¿No debería mamá sonreír si está feliz?

Me agaché para quedar a la altura de sus ojos. —A veces, cuando las personas están muy felices, la única forma en que pueden expresarlo es llorando.

Ron asintió.

—De verdad te ves muy guapo —añadí, deteniéndome para ajustar la pajarita alrededor de su cuello—. ¿Recuerdas lo que se supone que debes hacer hoy?

—Soy el niño de las flores, así que debo caminar delante de mamá y lanzar pétalos.

Sonreí y le di unas palmaditas en las manos. —Exactamente. La tía Taylor te dará los pétalos cuando sea el momento.

Ron se movió de un pie a otro y arrugó la nariz. —¿Por qué mamá está tardando tanto? Ya llevamos horas aquí.

—Porque quiere verse bonita.

Ron frunció el ceño. —Mamá siempre se ve bonita, papá.

—Lo sé, pero quiere verse extra bonita.

—¿Puedo ir a jugar con los otros niños ahora?

—No ensucies tu traje. —Me puse de pie y le revolví el pelo—. Y no te alejes demasiado.

Ron me dio una sonrisa brillante antes de salir corriendo en dirección a los niños reunidos en el otro extremo del jardín. Se detuvo donde estaban en círculo y miró algo en el suelo. Me enderecé y me sacudí la pelusa del cuello. A mi lado, mi padre estaba de pie con un traje blanco y negro, su cabello sal y pimienta peinado hacia atrás.

—No vamos con retraso, ¿verdad?

—Todo el mundo espera que la novia llegue un poco tarde —me aseguró con una sonrisa—. Aunque el jardín se ve genial.

—Realmente se ve bien, pero no puedo llevarme el crédito. Rachel eligió el hotel.

Miré las sillas blancas, colocadas a ambos lados de un camino, con una alfombra roja que conducía al altar, y sonreí. Detrás de mí, un sacerdote vestido de rojo y dorado estaba de pie bajo un arco lleno de flores. Se movía de un pie a otro y hablaba con un joven vestido de blanco y rojo que estaba a unos pasos detrás de él. Los invitados en trajes y vestidos llenaban cada parte del jardín, sus conversaciones subiendo y bajando a mi alrededor.

De vez en cuando, oía el tintineo de las copas chocando entre sí.

A unos metros de distancia, una banda vestida de negro y blanco se estaba preparando en un pequeño escenario improvisado. Me enderecé cuando las suaves cuerdas de un violín empezaron a sonar, y todos se apresuraron a ocupar sus asientos. Examiné la zona y suspiré aliviado cuando vi a Taylor con un vestido lila, con la mano de Ron en la suya. Me hizo un pequeño gesto con la cabeza y empujó a Ron delante de ella.

Él lanzaba pétalos de flores con una sonrisa radiante mientras caminaba por el pasillo.

Taylor lo seguía de cerca, con una miríada de emociones bailando en su rostro.

Todos se pusieron de pie cuando Rachel apareció con un vestido blanco de cuello en V y una

larga cola que se movía detrás de ella. Su cabello dorado caía en ondas sueltas alrededor de sus hombros, el velo artísticamente colocado con una tiara en la parte superior de su cabeza. Sostenía un ramo contra su pecho, y sus labios se estiraron en una sonrisa cuando me vio.

Dejé de respirar hasta que llegó a mí y metió su brazo en el hueco de mi codo. Mi corazón volvió a latir cuando todos se sentaron y el sacerdote empezó a hablar. No podía dejar de mirar a Rachel de reojo y sonreír para mis adentros.

Para cuando el sacerdote me dijo que podía besarla, mi estómago estaba lleno de mariposas.

Incliné a Rachel hacia atrás y presioné mis labios contra los suyos.

El color subió por su cuello y tiñó sus mejillas cuando se enderezó y me dio una tímida sonrisa. Los invitados reunidos estallaron en aplausos. Llevé a Rachel a una mesa apartada a un lado, bañada por la suave luz de la tarde. En cuanto se sentó, empujé su silla y tomé asiento a su lado. Debajo de la mesa, tomé su mano entre las mías y la apreté.

—¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que podamos hacer que se vayan?

Rachel se rió y me dio una patada por debajo de la mesa. —No ha pasado tanto tiempo. Tenemos que esperar un poco.

Pasé un brazo por el respaldo de su silla y acerqué mis labios a su oído. —No puedo esperar para tenerte solo para mí.

Rachel se sonrojó. —¿Y Ron?

—Él y mi padre van a pasar tiempo juntos —susurré antes de besar sus labios—. Taylor y sus padres también se quedan a dormir, así que estarán cerca si Ron necesita algo.

Rachel me miró a través de sus párpados entrecerrados. —Lo has pensado todo, ¿verdad?

Horas después, tras una constante letanía de baile, conversación y fotos, Rachel y yo abrazamos a Ron para desearle buenas noches. En la puerta de la habitación de mi padre, Rachel se demoró, con un brazo sobre su estómago. Cuando la rodeé con mis brazos por la cintura, se recostó sobre mí y suspiró. Le besé la coronilla y saludé con la mano a Ron, que se había sentado en el suelo alfombrado, con sus juguetes esparcidos a ambos lados y los primeros botones de su camisa desabrochados.

Mi padre nos despidió con un gesto antes de cerrar la puerta.

Rachel soltó una risita cuando le tomé la mano y la guié por el pasillo. Me detuve en el umbral y la miré. Ella gritó cuando me agaché y la levanté en mis brazos. Rachel apoyó su cabeza contra mi pecho y se rio cuando la llevé a la habitación, deteniéndome para cerrar la puerta de una patada.

No me detuve hasta llegar a la cama, donde la deposité con cuidado.

Entonces me incliné para besarla, y las mariposas en mi estómago estallaron.

Rachel enlazó sus brazos alrededor de mi cuello y suspiró.

—No puedo creer que estemos casados.

—Pues créelo, señora Shaw —me aparté y la puse de pie. La sangre rugía en mis oídos mientras le bajaba la cremallera del vestido y la ayudaba a quitárselo. Quedó en un conjunto a juego de ropa interior blanca, su cuerpo tonificado y suave brillando bajo la luz fluorescente.

Tan pronto como se dio la vuelta, su boca encontró la mía.

La besé de vuelta, vertiendo cada gota de emoción que pude en el beso.

Sonrió, y sus manos fueron al cinturón de mis pantalones.

—Llevas demasiada ropa, señor Shaw. Creo que deberías perder algo de ella.

Sonreí y la ayudé con el cinturón.

—Tus deseos son órdenes.

Mi estómago se hundió y se contrajo una vez que me quité los pantalones y los aparté de una patada. Rachel tiró de mi camisa, sus dedos luchando con los botones hasta que se soltaron. Luego me la quitó por los hombros y observó cómo caía al suelo con un revoloteo. En cuanto lo hizo, la atraje hacia mí y froté mis manos arriba y abajo por sus brazos.

No podía esperar para perderme en ella.

Quería pasar toda la noche explorando cada centímetro de su cuerpo.

La quería retorciéndose debajo de mí y gritando mi nombre hasta que saliera el sol y las paredes temblaran.

Con una sonrisa, me agaché y la levanté para que enrollara sus piernas alrededor de mí. Rachel pasó sus dedos por mi espalda, dejando un rastro de calor a su paso. Hacía suaves gemidos que hacían que la sangre en mis venas se volviera incandescente. La volví a dejar sobre el colchón y me tendí sobre ella.

Estaba en todas partes.

Y aun así no era suficiente.

Froté mis manos arriba y abajo por sus brazos desnudos. Ella separó las piernas y se arqueó contra mí. Toda la sangre se precipitó a mi entrepierna mientras luchaba con el broche de su sujetador. Tan pronto como se soltó, aparté mis labios y bajé la cabeza. Tomé un pezón entre mis dientes y lo chupé y tiré de él. Rachel empezó a jadear y enredó sus dedos en mi pelo.

Una oleada de emoción se alzó en mi pecho.

Me moví al otro pezón, dejándolos a ambos tan duros como guijarros. Sabía a loción de coco y jabón de limón, y no podía tener suficiente. El sonido de su respiración pesada reverberaba dentro de mi cabeza, alejando toda duda, toda inseguridad, como si nada más en el mundo importara.

Rachel levantó sus caderas del colchón, y le quité las bragas.

Ya estaba empapada y jadeando por mí.

Lentamente, me arrodillé en el colchón y presioné besos calientes y abiertos a lo largo del interior de sus muslos. Me detuve cuando llegué a su centro y la miré. Las manos de Rachel cayeron a sus costados, y se aferró al colchón. Cuando me miró, sus ojos azules llenos de emoción y hambre, mi corazón empezó a latir en mis oídos. Le di una sonrisa lenta y perezosa antes de presionar un beso en su centro.

Se arqueó y cerró los ojos con fuerza.

—Oh, Bernie. Se siente tan bien.

—Tenemos toda la noche, cariño —hundí mis dedos en su cintura y presioné otro beso en su

centro. Luego mi lengua salió disparada, entre sus pliegues húmedos, y comencé a lamer. Ella se retorció y se mecía contra mí, tirando de mi pelo todo el tiempo.

Pequeños pinchazos de dolor y placer recorrieron mi columna.

Mantuve mi agarre en su cintura y hundí mi lengua más profundo.

—Sabes tan bien, Rach.

Ella gimió.

—Oh, Bernie. Oh, sí.

Su cuerpo se retorció y tembló mientras gritaba, la fuerza de su orgasmo atravesándola. Cerré los ojos y la lamí, absorbiendo sus jugos hasta que dejó de temblar. Tan pronto como lo hizo, usé una mano para quitarme los boxers y la otra para introducir dos dedos en ella. La acaricié, haciéndola gemir y sollozar de nuevo.

En un movimiento rápido, me posicioné en su entrada y embestí.

Ella enlazó sus dedos sobre mi cintura, y sus ojos se abrieron de golpe.

—Siempre se siente tan bien.

—Estás tan apretada y húmeda —gruñí y me adentré más—. Te amo, Rach.

Su expresión se suavizó.

—Yo también te amo, Bernie.

Enterró su rostro en el hueco de mi cuello, y yo salí lentamente para volver a entrar con fuerza. Una y otra vez, embestí dentro y fuera de ella hasta que comenzó a imitar mis movimientos, con sus piernas cerradas sobre mi torso y sus uñas clavadas en mi espalda. Ola tras ola de placer se alzaba dentro de mí mientras me movía en su interior.

Hasta que fuimos uno solo.

Cuando Rachel echó la cabeza hacia atrás y gritó mi nombre, mi pulso se aceleró. Apoyé mi cabeza contra el cabecero y cerré los ojos con fuerza. Una y otra vez, la embestí con un abandono salvaje y animal hasta que ambos quedamos cubiertos de sudor. El cuerpo de Rachel

se estremeció y se deshizo debajo de mí con un grito. Con un escalofrío, me vacié dentro de ella, la sangre cantando en mis oídos.

Una vez que mi visión se aclaró y pude respirar, me bajé de ella y me dejé caer sobre el colchón. Ella se acurrucó a mi lado y yo pasé un brazo sobre sus hombros.

—No puedo esperar para pasar el resto de mi vida contigo, Bernie —susurró antes de presionar un beso en mi cuello—. Soy muy afortunada y agradecida de tener esta familia.

Le apreté los hombros y besé su frente. —Yo tampoco puedo esperar.

Por primera vez en mucho tiempo, miraba hacia el futuro con ilusión y a la familia que Rachel y yo teníamos juntos. Cuando pensaba en el futuro, lo veía lleno de posibilidades, amor y esperanza.

Y nunca más iba a permitir que nada se interpusiera en el camino de eso.